

Cuestiones

sobre epistemología, teoría y metodología
del campo de la comunicación



Editores
Carlos Giordano, María Silvana Souza
Verónica Vidarte Asorey
Compiladores
Verónica Vidarte Asorey, Laura Otrrocki

**CUESTIONES SOBRE EPISTEMOLOGÍA,
TEORÍA Y METODOLOGÍA DEL CAMPO DE LA COMUNICACIÓN**

**CUESTIONES SOBRE EPISTEMOLOGÍA,
TEORÍA Y METODOLOGÍA DEL CAMPO DE LA COMUNICACIÓN**

Editores

Carlos Giordano, María Silvina Souza, Verónica Vidarte Asorey

Compiladoras

Verónica Vidarte Asorey y Laura Otrocki

Questión


Ediciones **EPC**
de Periodismo y Comunicación

Cuestiones sobre epistemología, teoría y metodología del campo de la comunicación / Verónica Vidarte Asorey ... [et.al.] ; compilado por Verónica Vidarte Asorey y Laura Otrocki ; edición a cargo de Carlos Giordano ; María Silvina Souza ; Verónica Vidarte Azorey. - 1a ed. - La Plata : Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Periodismo y Comunicación Social , 2011.
E-Book.

ISBN 978-950-34-0790-5

1. Epistemología. 2. Comunicación. 3. Enseñanza Superior. I. Vidarte Asorey, Verónica II. Vidarte Asorey, Verónica , comp. III. Otrocki, Laura , comp. IV. Giordano, Carlos, ed. V. Souza, María Silvina , ed. VI. Vidarte Asorey, Verónica , ed.

CDD 121.071 1

Fecha de catalogación: 10/11/2011

Ilustración de tapa: Fernando Palazzolo

Arte de tapa y diseño: Jorgelina Arrien

Questión

**Ediciones EPC**
de Periodismo y Comunicación

Derechos Reservados
Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723
Queda prohibida la reproducción total o parcial, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopia, digitalización u otros métodos sin el permiso del editor. Su infracción está penada por las Leyes 11.723 y 25.446.

La Plata, Provincia de Buenos Aires, Argentina.
Noviembre 2011.
ISBN 978-950-34-0790-5

ÍNDICE

Prólogo

Por *Carlos Giordano*

Introducción

Por *Verónica Vidarte Asorey*

Capítulo I

Navegar 30 años

Por *Verónica Vidarte Asorey*

Capítulo II

Hacia una epistemología de la comunicación social. Una genealogía de la vinculación entre cultura y comunicación desde el enfoque dialéctico

Por *Verónica Vidarte Asorey*

Introducción, claves de lectura

El conocimiento, la creencia y los criterios de verdad

Modernidad y Crisis, la mirada histórica

La crisis, su traducción epistemológica: ciencia restringida y ciencia plenaria

La comunicación y la construcción de la ciencia plenaria, coordinadas políticas

Cultura y comunicación: camino a la construcción del objeto de estudio

Conclusión o claves de fichaje. La propuesta comunicación/culturas

Capítulo III

Intelectuales, posmodernidad, y... ¿Después? Beatriz Sarlo y Néstor García Canclini ante la reconfiguración cultural

Por *Verónica Tobeña*

Introducción

Consideraciones preliminares

Hipótesis en torno a la posmodernidad. ¿degradación cultural o hibridación de la cultura?

Palabras finales

Capítulo IV

Escritura, autoría e interpretación cultural en ciencias sociales. A propósito de *Tras los hechos* de Clifford Geertz

Por *Ramiro Segura*

Introducción – o acerca de las precauciones

Tras los hechos

Conexiones intertextuales

Capítulo V

Comunicación, cultura, estudios culturales... La (in)definición del objeto de estudio de la comunicación y de su estatuto (in/inter/multi/trans/post) disciplinario

Por *Nicolás Sarale*

El problema del objeto

Comunicación y cultura, el desplazamiento de las fronteras y la disolución de lo político

La transdisciplina como idea dominante en el campo de estudios de la comunicación

Las críticas

Capítulo VI

Apuntes de historia del proyecto *Hacia una Comunicología Posible*.

Por *Luis Jesús Galindo Cáceres*

Una visión de la propuesta. Una exposición sintética del campo problemático y sus primeras tramas

Hacia una Comunicología posible. Presentación sintética de las primeras fases del programa de trabajo

Comunicología en construcción. Hacia una ciencia general de la comunicación.

Capítulo VII

Socioanálisis, acción colectiva e intervención social estratégica.

Por *Andrés Eduardo Vizer y Helenice Carvalho*

Política y acción colectiva en América Latina

Consideraciones históricas y teóricas para el análisis de los movimientos sociales

Propuesta para una metodología de análisis e intervención estratégica en comunidades e instituciones de acción colectiva

Dispositivo de análisis: investigación-acción, diagnóstico e intervención social

Conclusiones inconclusas

Capítulo VIII

Balance crítico y nuevas perspectivas de la investigación sobre recepción de medios en Cuba

Por *María Margarita Alonso*

Introducción

Desarrollo

Principales tendencias

Los años 90: Nuevas orientaciones

Conclusiones

Capítulo IX

Algunos problemas del campo comunicacional: revisión de sus posibilidades como ciencia

Por *Cristian Bessone*

Introducción

Sentido del debate sobre la cientificidad de la comunicación

Problemas del campo comunicacional

Reflexionar sobre las posibilidades científicas de la comunicación

Capítulo X

El signo de la “Sociedad de la información”. De cómo la cibernética y el estructuralismo reinventaron la comunicación

Por *Pablo Rodríguez*

Cibernética

La cibernética y el estructuralismo

Cognitivismo

“La nueva comunicación”

La convergencia

Conclusión

PRÓLOGO

...una historia

Les cuento una pequeña historia... el 27 de julio de 1999, hace ya 4353 días (casi 12 años enteros) –con los infaltables mates de por medio- le propuse a Walter Miceli una idea que había surgido de un intercambio creativo con Luis Pennisi –auxiliar docente en el Taller de Producción Audiovisual I, marplatense-... organizar una publicación electrónica que nos pusiera en diálogo productivo con las diferentes escrituras que muchos integrantes de la comunidad de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social hacíamos respecto de nuestras prácticas en investigación... pronto la idea pasó a ser una revista electrónica, de publicación periódica, de periodicidad estacional, con objetivos de divulgación-producción-discusión-debate-circulación, que necesitaba un nombre y unas formas...

No sé si por alguna consulta efectiva o por nuestro propio imaginario la cosa discurrió con el límite de 8 letras... y atendiendo a la centralidad hegemónica del inglés como lengua de la red de redes...

Una tarde entera de intentos, dos termos más tarde y la certeza de que seríamos criticados por algunos “guardianes” de la propiedad de las lenguas, fueron suficientes para aquella idea: Cuestión/Question...

No más de 8 caracteres... indicaciones precisas pero también liberadoras de sentido... diálogo con la red de redes... con sus hegemonías formales... intento de síntesis entre sus múltiples sonoridades significantes: interrogante, cuestionamiento, asunto, crítica, lo que creíamos que simbolizaba el espíritu que se ha desarrollado en el campo, o por lo menos lo que debiera hegemonizarlo... además la ambigüedad manifiesta en el idioma base, acercaba, acertaba, a la zona de atracción de un campo muy hegemonizado por los centros, investigadores e investigaciones de los países nucleares, tanto en los procesos científicos como en su actitud integral, como un potente instrumento de vinculación, de comunicación (lo que podría constituirse en una incipiente democratización en la circulación informativa de las actividades y

corolarios científicos en comunicación). Los complementos Periodismo y Comunicación. Estudios, papeles e informes de investigación fueron las bajadas aclaratorias, las palabras clave que servirían para las búsquedas navegatorias de quienes surcaran las redes.

...

10 años después y treinta números publicados, la historia tomó forma y creció en el sentido pensado... hoy Cuestión/Question es una obra que contiene, late y vibra con los debates del Periodismo y la Comunicación en particular pero también con algunos de las Ciencias Sociales y Humanísticas en general.

...

Toda cifra redonda, 10 y 30 lo son, siempre convoca a los que somos entusiastas de balances periódicos de la vida de los procesos... como oportunidades para reencaminarnos, para autoevaluarnos, para mejorarnos, para transformarnos y para festejar, también... que son todas acciones en donde se hace evidencia que la vida no es un camino con un único sentido prefijado, sino que nos necesita para fluir y crecer.

Por eso es que hoy estamos aquí, presentando estas excusas para el disfrute. Hemos sintetizado, con las debilidades de toda elección pero con la fortaleza vital de la originalidad de cada texto, en 10 ejes la historia conceptual de Cuestión/Question. Como “cuestiones sobre”, aquí presentamos una serie de escritos acerca de

...epistemología, teoría y metodología del campo de la comunicación;

...medios masivos e industrias culturales;

...perfiles y prácticas profesionales del comunicador social;

...comunicación, arte y estética;

...comunicación y educación;

...jóvenes y juventudes;

...identidad y memoria;

...comunicación y resistencia;

...comunicación, globalización y territorios; y

...viejas y nuevas tecnologías.

Por supuesto que renunciamos de inicio a cualquier pretensión de exhaustividad, pero sí confiamos en la potencia polémica, en el aporte de complejidad, en el discurrir ameno y creativo, en la argumentación fundada, en el trato cordial de los objetos estudiados, en la implacabilidad teórico-conceptual, en la armonía sonora de los ecos epistemológicos que se ponen en circulación a partir de estas voces que, individuales, cobran y dan sentido colectivo a aquella idea germinal de hace más de una vida... para los que recordamos con inmenso afecto, calidez, respeto y dolor a Walter, esto no es una metáfora...

Por todo esto, estas “**Cuestiones sobre...**” son más que la suma de sus varias partes, son más que la representación de los innumerables textos que quedaron afuera de las selecciones, son más que un mojón en un camino fértil de producción y distribución de conocimientos... son la concreción de un sueño que tomó la materialidad de muchas fuerzas históricas y las puso operativas para un proyecto político-académico que vive, supervive y se transforma en el conjunto humano, militante, popular y Sociocultural de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. Todo esto a caballo de un cambio de siglo que no espera por nosotros para dar y merecer noticias sobre cambios, justicias e injusticias, independencias y dependencias, esclavitudes y soberanías... pero que nos tiene como protagonistas por decisión propia, original, consciente de los riesgos y de la responsabilidad con que la Historia toca una vez más a nuestra puerta latinoamericana. Quizás sea ésta... la segunda... aquella de García Márquez... la que construyamos... la del sueño de los patriotas... la de todos.

Cuestiones, como preguntas sí... pero como asuntos cuestionadores y críticos mucho más.

Carlos Giordano
julio de 2011

Introducción

Los distintos artículos reunidos en este volumen, se pusieron en diálogo a partir del tópico “Epistemología, Teoría y Metodología en la Comunicación y las Ciencias Sociales”. Así estas voces, estas narrativas, forman un entramado de conceptos y argumentaciones al que subyacen preguntas propias de debates epistemológicos, ricos y complejos. Preguntas que atraviesan el campo de los estudios de comunicación y cultura, pero también los meta-discursos sobre el estatuto de las Ciencias Sociales, la Epistemología de las Ciencia, y el histórico y diverso campo de estudios sobre los modos de conocimiento humano. Así, el debate epistemológico de la comunicación se aloja en el debate de la epistemología del conocimiento y lo interpela desde su seno.

Hasta principios siglo pasado, la humanidad estaba fascinada con las posibilidades, descripciones y postulados del Método Científico. Éste se asociaba directamente al paradigma de la Eficacia o método hipotético deductivo (también llamado falsacionismo), enunciado por Popper,¹ en el que no se puede determinar la verdad de una premisa sino que sometiéndola a comprobación empírica se determina su falsedad o su eficacia; es decir la validez de una premisa –hipótesis, creencia, teoría o regla- está dada por su eficacia y esta se comprueba sólo a partir de someterla al golpe falsador. Pero con el correr del siglo XX y la evidencia de nuevos problemas científicos, sociales, políticos, económicos y culturales, las restricciones del método hipotético-deductivo se volvieron más evidentes, especialmente en las ciencias sociales.

Edgar Morin explica estas restricciones: “los métodos y estructuras de nuestro conocimiento nos impiden percibir y concebir la complejidad de lo real, es decir, también la complejidad de nuestra época y la complejidad del problema del conocimiento.” Morin afirma: “A un paradigma de pensamiento, a un modo de conocer la realidad, le corresponde un paradigma ético, un paradigma estético, un paradigma de la vida”, podemos resumir el concepto si decimos que a un paradigma de pensamiento le corresponde un método de conocimiento (Morin, 1997).

¹ Popper, K. Filósofo (Austria 1902- Inglaterra 1994).

El método de conocer de la ciencia positivista se perfeccionó durante la Modernidad y tuvo como rasgo distintivo la hiperespecialización del conocimiento en campos disciplinares reducidos. Así (en sintonía con la organización cultural de la que emerge, la Modernidad) llegó a su momento de maduración plena con la globalización y como en todo proceso dialéctico ese momento de auge coincide con la puesta en evidencia de la crisis. Pensamos a la globalización como proceso que podríamos identificar con el fin de la Guerra Fría, la crisis del petróleo del '79 o la caída del Muro de Berlín en el 89; pero que comprenderemos más acabadamente si pensamos en ese período en el que, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XX, se ponen en crisis los criterios de verdad que sostenían la organización social moderna.

Esta crisis de los modos de conocer se encabalga directamente en la crisis propia del campo científico en torno al debate disciplina-interdisciplina-transdisciplina. En ese marco, Morín postula la necesidad de adoptar el pensamiento complejo para resolver problemas complejos. Según este autor, el pensamiento simplificante ha generado los mayores hallazgos de la historia del progreso científico y tecnológico pero esos avances transformaron el escenario y permitieron la emergencia de males – que pueden considerarse específicamente modernos- como la contaminación mundial, la degradación ecológica, el aumento de la desigualdad riqueza-pobreza, la amenaza termonuclear, las corrientes migratorias intercontinentales de excluidos, la incapacidad de los poderes políticos locales para gobernar y las crisis de identidad cultural, entre otros.

Es decir, a mediados del siglo pasado, comienza a haber voces que postulan que los nuevos problemas de conocimiento entraron en un nivel de complejidad, interactividad y globalidad tal que no pueden ser resueltos según los métodos hiperespecializados y parcelados de siglos anteriores. Según esta mirada, ya no son las disciplinas las que definen sus objetos, sino que la dinámica social genera nuevas prácticas que pugnan por ser construidas como objetos de conocimiento posibles de ser analizados según la naturaleza de su configuración social e histórica.

A mediados de la década del 60, como consecuencia de la crisis de la Ciencia positiva y en el marco de las duras críticas al concepto de racionalidad moderna, se plantea desde las ciencias sociales un nuevo modo de entender la sociedad a partir de su carácter simbólico. Así, con el giro lingüístico o giro semiótico se asume que los

seres humanos no podemos dejar de conferir sentidos. A partir de ello cambian los modos de concebir y analizar la escritura y la lectura. En términos comunicacionales cambian las claves por medio de las que se estudian los textos y mensajes en las instancias de producción y recepción; deja de pensarse a la primera instancia como productiva y a la segunda como reproductiva, y ambas son entendidas como determinadas y determinantes del orden simbólico social. Esto trae aparejado un giro ontológico que transforma los procedimientos de las ciencias sociales: la actividad de interpretar pasa a ser entendida como constitutiva de todo sujeto y a la vez constituyente del mundo social. De ahí el denominado giro hermenéutico, en el que los científicos sociales reconocen el carácter performativo de la teoría: la comprensión de un fenómeno -y especialmente su interpretación y la escritura interpretativa- son, por un lado, un acto productivo, de creatividad, y, por otro, reproductivo e histórico (Barthes, 1976; Geertz, 1989; Guiddens, 1987 y Schuster, 2002).

Este marco conflictivo es el contexto del proceso de institucionalización del campo de la Comunicación en América Latina. Así, el debate disciplina / interdisciplina / transdisciplina es desde el principio un eje en disputa, constitutivo y constituyente de la identidad del campo. Todo esto, sumado a la amplia gama de aportes epistemológicos, teóricos y metodológicos de los culturalismos y las teorías críticas (siempre periféricos de las Ciencias Sociales, desde los *cultural studies* hasta los Estudios de Recepción, desde los estudios Poscoloniales hasta la investigación / acción) son motivos de las dificultades que encuentra el campo de la Comunicación Social para pensarse a sí mismo, y a la vez son huellas ineludibles de un autoconocimiento necesario.

La comunicación social tiene la ventaja de definirse, por la naturaleza de su objeto de estudio. Es decir, los estudios científicos sobre comunicación surgieron a partir de la irrupción de problemas asociados al auge de la comunicación mediada. Los medios, su producción, circulación y uso siguen siendo problemas gravitantes dentro del campo de la Comunicación; sobre esto nos interpela el artículo de Margarita Alonso, publicado en su versión original hace poco más de una década en el primer número de la Revista *Question*.

Pero los estudios de comunicación y cultura fueron ampliando su campo, también por necesidad, a todas las situaciones comunicacionales humanas desde la conversación o la comunicación gestual hasta el espacio semiótico global y

globalizado de la cultura. Así el campo se valió de préstamos, asociaciones y apropiaciones de otras disciplinas. A la vez, la fuerte impronta histórica de la práctica en el campo de la Comunicación, tanto desde las dinámicas productivas de periodistas y comunicadores sociales como desde la investigación para la resolución de problemas concretos de la comunicación y la cultura, en la interacción con otros campos científicos, ha servido muchas veces para deslegitimar a la Comunicación por su falta de tradición epistemológica disciplinar.

Así, aunque en la literatura actual sobre comunicación social se aborda muy escasamente el tópico que convoca estas páginas “Epistemología, Teoría y Metodología en la Comunicación y las Ciencias Sociales” y al interior del campo institucionalizado de la Comunicación intentemos pasar a nuevas preguntas, en los congresos, jornadas y simposios, en las aulas, el debate puja por reaparecer. Comunicólogos y comunicadores seguimos pensando las respuestas a preguntas a la vez clásicas y urgentes: ¿consolidarnos como ciencia/s y ordenarnos como disciplina, o pensarnos como nuevo campo de conocimiento postdisciplinar para discutir desde allí las formas de producción de conocimiento de lo social?, ¿existe una respuesta posible o se trata de asumir la contradicción para poder superarla? Estas son algunas de las preguntas más gruesas, entre muchas otras, a las que nos propone este libro.

Los textos reunidos en este volumen nos invitan a pensar nuevas preguntas, a participar y actualizar este diálogo desde distintos enfoques y posturas como el constructivismo, el estructuralismo, el pensamiento sistémico, el socioanálisis, los estudios políticos y culturales de lo popular... Pablo E. Rodríguez, Jesús Galindo Cáceres, y Cristian Bessone presentan claves para repensar el espacio conceptual de la comunicación más allá de los medios, interrogan desde la Historia de la Ciencia, de la/s Ciencia/s de la Comunicación, y de sus relaciones con otras ciencias sociales y áreas de conocimiento como la Lingüística, la Semiótica, la Cibernética, la Kinésica y la Proxémica. Eduardo Vizer y Helenice Carvalho plantean la producción teórica desde la comunicación popular, se sitúan en la práctica participativa del mediador comunicacional para arribar a conceptos y propuestas metodológicas específicas, y Vidarte Asorey presenta la experiencia reflexiva de “Las Clases” de Aníbal Ford en las Cátedras Nacionales de 1973, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA.

BIBLIOGRAFÍA

BARTHES, R. (1976), *El grado cero de la escritura*. Buenos Aires. Siglo XXI.

GEERTZ, C. (1989), *El Antropólogo como autor*. Barcelona. Paidós.

GIDDENS, A. (1987), *Las Nuevas reglas del método sociológico: crítica positiva de las sociologías interpretativas*. Buenos Aires. Amorrortu Editores.

MORIN, E. (1997), *¿La ciencia pierde la razón?* Revista Universidad del Valle, N° 17, agosto.

SHUSTER, F. (2002), *Filosofía y Métodos de las Ciencias Sociales*. Buenos Aires. Manantial.

Capítulo I

Navegar 30 años

*Verónica Vidarte Asorey
Universidad Nacional de La Plata (Argentina)*

Recientemente se presentó el último libro de Aníbal Ford, *30 AÑOS DESPUÉS, 1973: las clases de Introducción a la literatura y otros textos de la época*, editado en diciembre de 2004 por Ediciones de Periodismo y Comunicación bajo la clasificación editorial “Política, Comunicación y Cultura”.

La obra propone desde el título los recorridos clave que desarrolla: la época, el metadiscurso intelectual y cultural que el autor nos ofrece para lograr situar el texto en una perspectiva histórica e interpretarlo en diacronía; y la transcripción de las clases dadas por Ford en 1973 en el marco de la materia Introducción a la Literatura de la facultad de Filosofía y Letras de la UBA.

Por la huella

Estos recorridos de lectura se estructuran a través de cinco capítulos, una “Presentación” a cargo de los Coordinadores editoriales, Alfredo Alfonso y Florencia Saintout, las “Palabras Preliminares” constituidas por una entrevista a Aníbal Ford realizada por los Coordinadores citados y una “Introducción” denominada por su autora, Graciana Vázquez Villanueva, “Ayudamemoria: 30 AÑOS DESPUÉS”.

Éstos últimos tres fragmentos sumados a los capítulos II, “De la época”, III, “Textos y entrevistas posteriores sobre el Centro Editor y Crisis”, IV, “Relatos y crónicas de esos años” y V, “Bibliografía” dialogan con el capítulo I: “Las clases” para aportar esa visión histórica, y otorgar herramientas conceptuales para la lectura crítica de los Teóricos.

Así, antes de tomar parte de esas clases, podemos recorrer la huella de las trayectorias de pensamiento: establecer un panorama teórico general de la época, conocer la Universidad en la que fueron gestados y acercarnos al lugar de los estudiantes que participaron del proceso pedagógico en el que ese conocimiento fue producido.

Ya en estas primeras páginas cabe la acertada metáfora del viaje frecuentemente aludida por Ford a lo largo vasta de su producción intelectual.

Este recorrido, el primero que aflora de la estructura de la obra, continúa a partir de las clases con los diversos textos de la época que el autor cita y analiza en el Capítulo I y textos del mismo Aníbal Ford que apoyan o desarrollan cuestiones planteadas en el los Teóricos, también a partir de las entrevistas se retoman los principales temas permitiéndonos actualizar las problemáticas y debatir con el autor acerca de ellas.

Podemos establecer la analogía del viaje, la navegación en la que se conoce a partir de diversos sentidos, la lectura se vuelve por momentos escucha, conversación, y hasta imagen del paisaje histórico.

Si bien la estructura del libro tiene un destino claro: situar las clases en 1973 y entenderlas en relación con su contexto político, económico y social; el dinamismo y las distintas posibilidades de organización del proceso de lectura no nos proponen una navegación lineal, digamos cronológica en el devenir temporal de las páginas, sino una obra abierta.

30 AÑOS DEPUÉS tiene el estilo informal que le da la transcripción del discurso oral y la mixtura de géneros escriturales (ensayo, entrevista, crítica, opinión, etc.), esto lo convierte en un libro entretenido y de lectura ágil. Debe entenderse el calificativo como algo positivo dentro del todo de la bibliografía académica que muchas veces confunde densidad conceptual con barroquismos discursivos.

Pero no deja de ser un texto teórico y conceptual sobre cómo pensar la literatura en tanto objeto de la investigación en ciencias sociales y por eso incita a la lectura crítica. Todo pensamiento crítico requiere entender la complejidad, es decir, pensar los discursos en su relación con el complejo mapa cultural del que son emergentes. Aquí reside el valor fundamental de este primer recorrido de lectura posible, lectura a partir del nivel estructural.

Otros mapas, los mismos puertos

Pero existe, desde un lugar más propio del análisis de contenido, otro camino que posibilita la obra sobre todo desde la mirada comunicológica, el de la reactualización de la problemática planteada en “Las clases”: la literatura y sus vínculos con otros textos de la historia cultural.

A lo largo de los Teóricos, se asume una postura sociológica y antropológica del concepto de cultura, como espacio de circulación discursiva atravesado por distintas características y asimetrías sociopolíticas, económicas e históricas. Esto permite entender a las distintas reflexiones como los primeros interrogantes derivados de la inserción de la literatura como objeto de la comunicación social.

Como afirma Vázquez Villanueva (a partir de los dichos de Ford en el Teórico 6), *30 AÑOS DESPUÉS* explica un “nuevo modo de hacer teoría que incluye a la literatura en la cultura y la política”. Las clases dictadas en 1973 emergen del caldo de cultivo generado por ese momento de crisis estructural de las ciencias sociales y sus discursos de verdad, consagrado en la década del ´60. Crisis que se tradujo en duda, en revisión, en crítica constructiva, en aluvión de producción intelectual, política e ideológica.

Gran parte de esos interrogantes y cuestionamientos no han sido saldados, las problemáticas que hoy tiene el pensamiento científico en este campo se orientan aún hoy, en gran medida, a partir de los mapas propuestos por los intelectuales de los ´60 y ´70.

En esta dirección sugiero establecer ese posible recorrido alternativo de lectura de la obra.

En el Teórico 16, refiriéndose a la literatura, Ford propone “ampliar el campo de estudio, en cierta manera redefinir el objeto (y, a la vez) ampliar el método de trabajo, sea cual fuere el mensaje que analicemos”. Ubicados en ese lugar germinal de los objetos y los modos científicos de conocer desde el campo de la comunicación, advertimos que se plantean para la literatura preguntas y debates que aún tienen vigencia. Ante todo, la reflexión acerca del vínculo concreto que tiene el texto literario con otros textos culturales en el marco de la realidad material e histórica.

En este punto, el autor se diferencia del materialismo histórico ortodoxo -que me permito denominar pregramsciano-, que supone una determinación directa de la estructura en la superestructura.

Para el Profesor, no es solo la realidad la que determina el lenguaje sino que se establece una relación dialéctica: “(el lenguaje) es influido en sus formas de organización por los demás sistemas mencionados (económicos, sociales, políticos, de ideas, de conductas) y a su vez, influye nuestra manera de interpretar la realidad”.² En el mismo sentido, recomienda a sus alumnos estudiantes de historia que tomen en cuenta que “trabajar sobre un texto literario (implica entender) no sólo la pluralidad significativa de un texto cualquiera sino también su incidencia sobre la historia” (Pág. 137).

Pero también toma distancia de las teorías que, ya sea por desestimar la pregunta acerca del vínculo de la obra con la política y la economía o por considerarlo imposible de conocer, postulan al texto como estructura formal aislada de la cultura.

“Una cosa es que en cierto momento nosotros debamos atacar una zona cultural como un todo orgánico y autónomo, como lo señalamos con respecto a la obra literaria, y otra cosa es quedarnos ahí y no seguir adelante” (Pág. 143) dice Aníbal Ford, y sostiene que “Es lícito observar el lenguaje sobre sí mismo en la medida en que no es solamente algo vacío que se perfecciona sino que es algo cargado ideológicamente” (Pág. 127).

Estas reflexiones se relacionan fuertemente con los debates propios del concepto de cultura y, en definitiva, con la discusión filosófica y epistemológica acerca de las posibilidades cognitivas de la realidad y su devenir histórico.

En el teórico 16°, Ford refiere a estas tendencias opuestas para pensar la cultura y sus objetos. Así al analizar la obra del sociólogo Edgard Morín “Del análisis cultural a la política cultural” (1969) señala: “Para unos la cultura es una estructura, para otros un proceso tal cual se vive. En cierta medida, hay una acentuación de la teoría, por un lado, y de la práctica, por el otro (...) Morín busca unificar este concepto (...) conectar la oscuridad existencial con la forma estructurante.”

Por supuesto que hoy, 30 años después, los unos y los otros a los que se refiere el autor, aparecen entrecruzados, con nuevos actores, referentes, escuelas e

² Ford, A. *30 AÑOS DESPUÉS*. “Teóricos 11 y 12”: Ediciones de Periodismo y Comunicación. La Plata, 2004.

intersecciones metodológicas y teóricas; pero lo cierto es que la pregunta acerca de la relación texto / realidad cultural sigue vigente, así como la dicotomía a la hora de ensayar respuestas.

Tal vez por la tradición que tiene la literatura como objeto de otras disciplinas, o por la identidad histórica del campo de la comunicación -que se mueve entre lo transdisciplinario y lo indisciplinado-³ para abordar otros objetos distintos a los derivados de los medios masivos; pero la literatura analizada específicamente desde la mirada comunicacional no ha sido explorada lo suficiente. Por eso 30 AÑOS DESPUÉS evidencia reflexiones no sólo actuales sino también legítimas para avanzar en un sistema cartográfico que nos permita descifrar la compleja amalgama planteada en la tapa del libro: “Política, Comunicación y Cultura”.

³ Aquí cito el término utilizado por Inmaccolatta Vasallo de López en su exposición de cierre del Congreso de la Asociación Latinoamericana de Investigadores en Comunicación, ALAIC. La Plata, 2004.

Capítulo II

Hacia una epistemología de la comunicación social. Una genealogía de la vinculación entre cultura y comunicación desde el enfoque dialéctico⁴

Verónica Vidarte Asorey

Universidad Nacional de La Plata (Argentina)

Introducción, claves de lectura

En el trabajo se desarrolla el enfoque dialéctico para analizar a los estudios de comunicación social en el marco de la crisis de la Modernidad y de la ciencia positivista. Luego, se presenta un recorrido por la vinculación epistemológica entre comunicación y cultura, y se relaciona esta línea de investigación con los nuevos métodos del conocimiento en el marco de la transdisciplinariedad, entendiendo esta última como respuesta emergente de la citada crisis.

Por último, se intenta situar lo analizado en América Latina a partir de reposicionar al culturalismo latinoamericano como fundante de la nueva configuración y de la proyección futura de la investigación científica en el campo de los estudios de comunicación.

El conocimiento, la creencia y los criterios de verdad

Comencemos por definir el conocimiento desde una perspectiva dialéctica. Como lo señala Charles S. Peirce (desde el pragmatismo) el conocimiento es una función de la vida. Esa función es denominada por Piaget como función de autorregulación. Es decir, el conocimiento es una función que le sirve al viviente para anoticiarse de lo

⁴ Publicado en Revista Question Nº 12 - 2006

externo y autorregularse para poder continuar su proyecto vital; por esto, a diferencia de lo que muchas veces se cree, el conocimiento no tiene relación directa con la realidad o la verdad sino con el equilibrio de los sistemas organizados de los vivientes.

De entre todos los vivientes, los humanos son quienes desarrollan los sistemas de organización más complejos, ya que a falta de otras aptitudes individuales que regulen su supervivencia, la especie humana posee la capacidad de construir sistemas simbólicos en el marco de la socialización (comunidad organizada) para relacionarse con el ambiente.

Entonces estos sistemas son cambiantes en tanto cambian las necesidades de adaptación. Los cambios en la organización, responden al proceso de autorregulación del proyecto vital de la especie humana. Sus movimientos ocurren dialécticamente; es decir, no se pierde una organización sino que el nivel anterior se suprime en su autonomía, pero se conserva como la base de un nivel superior que le permite volver a regularse. Este movimiento de *supresión/conservación/superación/regulación* se define por el concepto de recaída en la inmediatez,⁵ que señala que cuando la transición se cumple se produce un borramiento de la génesis, se olvida el proceso y el resultado se instala como “ingénito” o no mediado, se deshistoriza o naturaliza. Pero la génesis siempre pugna por reaparecer y genera otra vez el conflicto, así vuelve a actuar el proceso de autorregulación, que cuando llega al equilibrio recae nuevamente en la inmediatez.

Hacemos esta introducción para contextualizar el enfoque desde el que se analizará a la comunicación social como emergente de la crisis de la modernidad y de la ciencia positivista.

Modernidad y Crisis, la mirada histórica

Para no abundar en descripciones que ya han sido bastante trabajadas, acordemos –por medio de este pequeño resumen- las líneas generales de la dialéctica histórica que caracterizan a la Modernidad como período diferencial de la cultura humana.

⁵ Samaja, J. Semiótica de la ciencia. “Los métodos; las inferencias y los datos a la luz de la semiótica como lógica ampliada”: Texto inédito en proceso de elaboración.

En el mundo premoderno, digamos por poner hitos (siempre algo caprichosos para describir procesos) desde las primeras organizaciones estatales en la Mesopotamia (aprox. 3700 AD); el Estado lograba ser quien regulaba el intercambio económico proveniente del excedente generado en principio por la agricultura y la ganadería, y luego por el comercio. Es decir, las sociedades asumían (fueran o no privilegiadas por este tipo de organización) a los Estados como entes poseedores del poder supremo. La organización se definía por la estructura estatal tanto cuando la legitimidad la daban los griegos embriones democráticos de las Ciudades-Estado, tanto cuando la daba el poder divino por intermedio de sus monárquicos representantes.⁶

Pero a partir de la complejización del sistema de comercio, el creciente desarrollo de los métodos para producir manufacturas y los consecuentes cambios en la división trabajo –proceso asociado al siglo XXVIII (aunque su gestación dura aproximadamente 300 años) que llamaremos en general revolución industrial-, esas relaciones económicas se vuelven interestatales y la organización hasta entonces autorregulada vuelve a entrar en crisis.

En el seno de esta crisis emerge la burguesía, clase esencialmente urbana, que adquiere el poder suficiente para financiar guerras entre Estados hasta que llega a dirigir los aparatos estatales.

Esta toma del poder no es exclusivamente económica sino que se lleva adelante a partir de procesos revolucionarios -por ejemplo la Revolución francesa- que les permiten generalizar ciertos valores culturales fundantes de la nueva organización como la importancia de la sociedad civil, la necesidad de regular el poder estatal, y luego el capitalismo –entendido como sistema económico que se desprende del Estado y se internacionaliza-.

A la nueva forma de organización que constituyó la Modernidad le correspondió un nuevo método para fijar creencias asociado a la ciencia, que Juan Samaja denomina de la “Eficacia” o “ciencia restringida”; a partir de aquí los criterios de

⁶ Insisto aquí en la categoría de resumen que tiene este apartado ya que en este punto podría incluirse una disquisición respecto de la organización de América (tanto antes como después del choque cultural provocado por la invasión europea). Es decir, se sintetiza el proceso desde las determinaciones hegemónicas, aunque se asume la deuda de una descripción de los procesos subalternos, entre los que se encuentra el latinoamericano.

validación de la verdad dejaron de regularse por principios metafísicos y/o de autoridad y comenzaron a legitimarse por medio del método científico.

La crisis, su traducción epistemológica: ciencia restringida y ciencia plenaria

El método científico de la Eficacia recaído en la inmediatez se asocia al método hipotético deductivo (también llamado falsacionismo) enunciado por Popper,⁷ en el que no se puede determinar la verdad de una premisa, sino que sometiéndola a comprobación empírica se determina su falsedad o su eficacia; es decir la validez de una premisa –hipótesis, creencia, teoría o regla- está dada por su eficacia y esta se comprueba sólo a partir de someterla al golpe falsador.

Que denominemos a este método como restringido tiene que ver con que si lo analizamos lógicamente, a la luz del enfoque que venimos trabajando en estas líneas, vemos que hay una negación del proceso dialéctico; porque se excluyen de las formas de validación del conocimiento a otros métodos que son históricamente constitutivos de la praxis social -a través de la cual se autorregula la organización humana- y aún hoy tienen vigencia en esa organización (como el sentido común derivado de la experiencia individual o colectiva, o los principios de autoridad comunitaria, social o religiosa). Es decir, un método que asuma su constitución dialéctica e histórica no puede oponerse a sus antecesores sino que debiera retomarlos y superarlos. La restricción del método hipotético-deductivo se vuelve más evidente al tratar de implementarlo en las ciencias sociales.

Así este método de la ciencia es restringido en tanto, al tener una visión sesgada de los procesos propios de la función autorregulativa que constituye el conocimiento (o fijación de creencias), pone en crisis esa función ya que no cumple acabadamente su razón de ser: proporcionar criterios de verdad a través de los cuales la humanidad pueda generar representaciones y dar explicaciones a sus problemas. Dicho de otra manera, falla como método para determinar lo indeterminado.

⁷ Popper, K. Filósofo (Austria 1902- Inglaterra 1994).

Esta falla o restricción de la forma todavía hegemónica de conocer la señala también el sociólogo Edgar Morín:⁸ “los métodos y estructuras de nuestro conocimiento nos impiden percibir y concebir la complejidad de lo real, es decir, también la complejidad de nuestra época y la complejidad del problema del conocimiento”. Morín afirma: “A un paradigma de pensamiento, a un modo de conocer la realidad, le corresponde un paradigma ético, un paradigma estético, un paradigma de la vida”, podemos resumir el concepto si decimos que a un paradigma de pensamiento le corresponde un método para fijar creencias.

Este método de conocer de la ciencia restringida se perfeccionó durante la Modernidad y tuvo como rasgo distintivo la hiperespecialización del conocimiento en campos disciplinares reducidos. Así (en sintonía con la organización cultural de la que emerge, la Modernidad) llegó a su momento de maduración plena con la globalización y como en todo proceso dialéctico ese momento de auge coincide con la puesta en evidencia de la crisis.

Otra vez tratemos de pensar a la globalización como proceso que podríamos identificar con el fin de la Guerra Fría, la crisis del petróleo del '79 o la caída del Muro de Berlín en el 89; pero que comprenderemos más acabadamente si pensamos en ese período en el que, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XX, se ponen en crisis los criterios de verdad que sostenían la organización social moderna.

La crisis evidencia que esa organización ya no cumple la función de autorregulación de la vida, por lo que estamos presenciando el proceso de *supresión/conservación/superación/regulación* que dará lugar a un nuevo equilibrio entre la forma de fijar nuestras creencias y los problemas de conocimiento que nos presenta el afuera (lo ambiental, al decir de los genetistas); llamaremos a esta nueva forma de fijar creencias ciencia plenaria (Samaja) o transdisciplina (Morín).

Esta crisis de los modos de conocer se encabalga directamente en la crisis propia del campo científico en torno al debate disciplina-interdisciplina-transdisciplina. Sobre esta base, Morín postula la necesidad de adoptar el pensamiento complejo, no mutilante, para resolver problemas complejos.

Según este autor, el “pensamiento simplificante” ha generado los mayores hallazgos de la historia del progreso científico y tecnológico, pero esos avances

⁸ Morín, E. (1997), ¿La ciencia pierde la razón?: Revista Universidad del Valle, N° 17, agosto.

transformaron el escenario y permitieron la emergencia de males –que pueden considerarse específicamente modernos- como la contaminación mundial, la degradación ecológica, el aumento de la desigualdad riqueza-pobreza, la amenaza termonuclear, las corrientes migratorias intercontinentales de excluidos, la incapacidad de los poderes políticos locales para gobernar y las crisis de identidad cultural, entre otros.

Es decir, estos nuevos problemas de conocimiento (en términos científicos) han entrado en un nivel de complejidad, interactividad y globalidad tal que no pueden ser resueltos según los métodos hiperespecializados y parcelados de siglos anteriores. Ya no son las disciplinas las que definen sus objetos, sino que la dinámica social generó nuevas prácticas que pugnan por ser construidas como objetos de conocimiento posibles de ser analizados según la naturaleza de su configuración social e histórica.

La comunicación y la construcción de la ciencia plenaria, coordinadas políticas

En este marco conflictivo, el campo científico que estudia la comunicación social tiene características especiales. De cara a la construcción de teorías y métodos transdisciplinarios propios de la ciencia plenaria, la comunicación social tiene la ventaja de definirse, por la naturaleza de su objeto de estudio. Es decir, los estudios científicos de comunicación surgieron a partir de la irrupción de problemas asociados al auge de la comunicación mediada; aunque luego ampliaron su campo, también por necesidad, a todas las situaciones comunicacionales humanas desde la conversación o la comunicación gestual hasta el espacio semiótico global y globalizado de la cultura. Así debe valerse de préstamos, asociaciones y apropiaciones de otras disciplinas.

Pero esta ventaja, se volvió desventaja al interior del campo académico, ya que por el mismo motivo está deslegitimada por su falta de tradición epistemológica disciplinar -propia de la ciencia restringida aún hegemónica dentro del campo científico-.

Por eso, el pasaje o evolución (señalado más arriba) de los estudios de comunicación no fue gratuito, ni para el campo (que estuvo largas décadas excluido de la Academia) ni para sus principales referentes, que sufrieron la

negación, indiferencia y relativización teórica con la consiguiente imposibilidad de legitimar la tradición propia en esa área de conocimiento. Éste problema se acentúa en América Latina.

La transición a la transdisciplina, en sintonía con la transición a la ciencia plenaria, no supone el abandono del método anterior sino su conservación como base de un método superador.

Pero en esta tensión que genera la crisis hay, y creo que es sincero asumirlo ya que todos podemos caer en esa tentación, investigadores que no comprenden la complejidad del movimiento *supresión/conservación/superación/regulación* y se amparan en la transdisciplinariedad como en un permiso para abandonar la rigurosidad de la ciencia y confundirla con la argumentación filosófica. Esto desestima lo avanzado en el campo y lo presenta como deshistorizado: un conjunto de investigaciones y teorías inconexas que pueden asociarse a gusto según sirvan a los intereses de nuevos descubrimientos.

Esta postura frente a la construcción de nuevos métodos para validar creencias es igualmente restringida y más aun peligrosa porque interpela destructivamente la crisis del campo y contribuye a la deslegitimación de los estudios de comunicación social.

Es por tanto menester postular y asumir que el conocimiento no es una sumatoria de descubrimientos individuales o de grupos de iluminados,⁹ sino una construcción social e histórica; y en estos términos debemos revisar, rescatar y resignificar el vasto legado de nuestros antecesores, pues no hay construcción sin cimientos.

En este sentido, este trabajo pretende profundizar algunos aspectos relevantes de la línea de los estudios comunicacionales que entienden el objeto comunicación indisociado de la cultura, para reposicionar esta línea como fundante no sólo de la actualidad del campo latinoamericano sino también de su proyección futura.

⁹ Souza, M. S. (2004) "El problema de investigación": Apunte de cátedra, Seminario Permanente de Tesis, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP.

Cultura y comunicación: camino a la construcción del objeto de estudio¹⁰

Existen históricamente varias acepciones de cultura, una de las primeras definiciones surgió de la Antropología clásica, que plantea una concepción de cultura como lo opuesto a la naturaleza, todo aquello producido por el hombre, modos de vida que instituyen relaciones y diferencian la acción de lo natural de la acción humana. Otra postura la plantea la Sociología de la Cultura, que la define como un conjunto de bienes o productos con valor estético o académico. Esta última es la que más se asemeja a la visión popular del concepto: la cultura asimilada al conocimiento y/o la producción de los elementos constituyentes de la *cultura de élite*.

La comunicación retomó de maneras desiguales estas dos nociones de cultura en diversas teorías como el paradigma de los Efectos, la Teoría Hipodérmica y la de Usos y gratificaciones.

Pero a medida que los estudios de comunicación se fueron complejizando y comprendiendo a su vez que la linealidad del esquema informático de Shannon emisor-mensaje-receptor no bastaba para dar respuesta a los fenómenos analizados, comenzó a atenderse el papel de lo contextual para tratar de comprender cómo se complejizan los efectos. Este es el enfoque de la Mass Communication Research. Pero no podemos decir hasta este punto que la cultura constituyera el objeto de estudio de la investigación en comunicación.

Seguiré, en este punto, el desarrollo que hace María Cristina Mata en sus clases teóricas¹¹ sobre la línea de investigación que constituyó en nuestro campo de estudio la vinculación entre comunicación y cultura. Así, al hacer un sintético repaso de las

¹⁰ Si bien se reconoce que la primera aparición de la línea Comunicación/Cultura, en esos términos de enunciación, surge de la publicación de la revista Comunicación y Cultura (1973-1985). En este trabajo me refiero a Comunicación/Cultura como la vinculación epistemológica de estas dos nociones y utilizo la barra (/) entre ambas para dar cuenta de que esa vinculación es dialéctica y no una sumatoria de conjuntos diferenciales; siguiendo lo señalado por Schmukler en el número 4 de la misma revista.

¹¹ Mata, M. C. Cátedra de Comunicación, Modelos y Paradigmas, Maestría en Planificación y (8) Gramsci, A. Italia 1841 - 1917. Pensador, político de extracción marxista, se centró en el estudio de la cultura. El autor parte de un escenario histórico particular, en Italia estaban dadas las que, para el marxismo ortodoxo, eran las condiciones objetivas propicias para la revolución y la posterior instalación de la dictadura del proletariado. Pero en vez de eso, emerge desde las clases populares el fascismo y se alza con el poder. A partir de allí, Gramsci se replantea la importancia decisiva de la cultura, más allá de la estructura material y revisa el carácter superestructural de ésta y su relación con la propiedad de los medios de producción. En *Cuadernos de la cárcel*. (Edición crítica del Instituto

teorías de la comunicación y sus puntos de encuentro con la cultura, el primer momento en que surge la cultura como objeto de análisis es con los Estudios Culturales ingleses, corriente crítica de extracción marxista que nace en la década del '60.

Los Estudios Culturales ingleses pusieron el énfasis en lo político –la intención era desentrañar los procesos de construcción de la hegemonía- y entendieron a la cultura del momento como el modo de vivir dentro de la sociedad industrial que engloba todos los sentidos de esta experiencia social. Partían de que la concepción y construcción de los sentidos sociales, está ligada a la estructura social y sólo puede ser explicada en función de ella y de su historia.

Así, desde el inicio de esta corriente se estudió a la cultura como un objeto complejo, que era necesario analizar fuera de los primeros principios de verdad que marcan las tradiciones disciplinares.

Cuando se habla de estudios culturales, surge necesariamente la referencia a la producción de Escuela de Birmingham. Sus exponentes pioneros más destacados fueron Richard Hoggart, William Thomson y Raymond Williams. A diferencia de la tendencia funcionalista dominante en la época, estos intelectuales incorporan la clave antropológica para pensar la cultura y la comunicación.

También afloró en esta escuela una segunda generación de pensadores -la *new left*- más cercana al posmarxismo europeo de Antonio Gramsci¹² y los intelectuales de la Escuela de Frankfurt, Louis Althusser, Theodor W. Adorno y Herbert Marcuse. Entre los representantes de este grupo podemos citar como significativos Stuart Hall, Perry Anderson y Rafael Samuel, continúan con los estudios comunicacionales bajo la perspectiva crítica, incluso hacia la generación anterior de birminghianos. Y aún hoy siguen siendo investigadores clave para la construcción de conocimiento científico en torno a la cultura.

De hecho, algunas definiciones de Williams sobre cultura fueron retomadas (aunque no siempre citadas) por distintos teóricos de la comunicación. Repasemos esas nociones fundamentales: Williams¹³ define la cultura como las prácticas y modos

¹² Gramsci. A cargo de Valentino Gerratana, 6 Tomos. Ediciones Era / Universidad Autónoma de Puebla, México DF, 1999) a partir de la división clasista de la sociedad y la cuestión de las relaciones de poder, destaca la importancia de nociones como "ideología" "hegemonía", "contrahegemonía" en la configuración cultural y la dinámica histórica de ésta.

¹³ Williams, R. (1958) *Cultura y Sociedad: Nueva Visión*. Buenos Aires, 2001.

con que las sociedades confieren sentido a sus experiencias comunes y reflexionan sobre ellas creando convenciones. La explica como el proceso social, mediante el cual las comunidades de distinto tipo otorgan valor a ciertos significados que se convierten en principios activos u operantes con capacidad de ordenar lo social. Por ejemplo la familia o la educación son prácticas cuyo significado varía en distintas sociedades y en distintos momentos. Las diversas comunidades otorgan a las prácticas un valor específico con características propias.

Pero la cultura no es una práctica en sí misma, un sistema de hábitos ni un conjunto de ideas acerca de experiencias y relaciones sociales. Está imbricada con todas las prácticas que los hombres realizan en sociedad, como su dimensión significativa. Los significados compartidos son inseparables en cuanto dimensiones significantes de las prácticas sociales. Se trata de un conjunto de sentidos valorados a partir del que un orden social se comunica, se reproduce, se experimenta y se transforma.

Cultura es entonces, para Williams, un conjunto de patrones, matriz y molde de organización del sentido que puede revelarse en inesperadas identidades y correspondencias, como también en discontinuidades y rupturas.

Diferencia dentro de la cultura entre elementos residuales del pasado que funcionan en el presente; elementos dominantes, hegemónicos, y elementos emergentes que comienzan a despuntar. De todas las prácticas existen algunas que no responden a necesidades concretas (como la vivienda o la alimentación) como por ejemplo el arte, a éstas las denomina específicamente significantes. Podemos asociar estas prácticas a las comunicacionales y es notable la sintonía teórica que existe entre la noción de prácticas significantes de Williams y la de mediaciones en Martín-Barbero (1987).

La línea que siguieron en general los estudios culturales en América Latina desde los años setenta también está en consonancia con la línea de investigación en comunicación y cultura.

En ese marco surgen las Teorías de la Recepción -que constituyen un conjunto heterogéneo y, a veces, desornado- que, en el marco del espíritu de época y a partir de retomar la teoría crítica de la comunicación tratan de dar cuenta del efecto de modelación cultural que se produce en nuestras sociedades desde del desarrollo de tecnología y medios industriales de producción de cultura. Se preguntan cómo la

cultura de un país se transforma de cultura popular a cultura de masas a partir de productos y/o influencias de la industria cultural.

Estudian los usos, lecturas, apropiaciones diferenciadas de medios y mensajes por parte de distintos receptores. Estas Investigaciones también se inscribieron bajo el paraguas teórico de los estudios culturales.

Dentro de las teorías de la recepción se destacaron gran cantidad de investigadores que aportaron innumerables perspectivas de análisis, en ellas pueden distinguirse, a grandes rasgos, las influencias de Michel de Certeau, Pierre Bourdieu, y los mencionados Antonio Gramsci y Raymond Williams.

Entre los modos de vincular comunicación y la cultura en América Latina, podemos citar diferentes autores que tratan el tema en diversos textos: Antonio Pasquali (1963) señala que las sociedades pueden caracterizarse por los modos de producción de consaber; Marshall McLuhan,¹⁴ afirma que la naturaleza del medio constituye el verdadero contenido de la cultura. No hay posibilidad de producir a través de un medio que no lleve la marca de un medio. La técnica con la que producimos transforma los modos de pensar. Pero en estas posiciones persiste la idea de difusión cultural; es decir, la comunicación como práctica transmisora y la cultura como un producto.

Pero es desde este mismo punto que se retoma el análisis y se amplía la mirada para pensar la cultura.

De la propuesta epistemológica de los Estudios de recepción latinoamericanos surgieron varias vertientes, algunas de ellas -significativas para el campo- son la “educación para la recepción” de Guillermo Orozco Gómez (1991) y Valerio Fuenzalida (2000), el “consumo cultural” de Néstor García Canclini (1984), los “frentes culturales” de Jorge González (1994) y los “usos sociales de los medios” de María Cristina Mata (2000) y el ya mencionado estudio de las mediaciones de Jesús Martín Barbero.

¹⁴ Marshall McLuhan, Canadá 1911-1980.

Conclusión o claves de fichaje. La propuesta comunicación/culturas

Lo que se intentó describir en estas líneas es una mirada epistemológica, histórica y política de pensar el campo latinoamericano de la comunicación social en el marco de la emergencia del nuevo paradigma.

La mirada epistemológica permite identificar los principales anclajes, que desde el enfoque dialéctico, funcionan como primeros principios o núcleo duro de la teoría científica. La ciencia, organizada o no a partir de tradiciones disciplinares, tiene siempre, como lo afirmó Lakatos (18), un núcleo duro que no puede someterse a contrastación empírica.

Ese núcleo, esos principios, que son entonces metafísicos (para el autor griego) y filosóficos (para Samaja), los asumiremos aquí como políticos en tanto no hay otra verdad superior ordenadora que nuestra posición en el tablero -asumida o no-, nuestra práctica social e histórica y los sentidos de verdad (normas para la organización común/comunicable) que desde allí construimos.

Si seguimos históricamente el recorrido de la vinculación entre cultura y comunicación, comprobaremos que reivindicar esta perspectiva y contribuir a enriquecerla -propongo aquí la noción de comunicación/culturas- es también reivindicar la interpelación que la crisis le hace al sistema neoconservador; que también resiste desde las confortables trincheras científico académicas.

Eso debiera determinar nuestra posición en el tablero como postura de lucha por la reivindicación de la diferencia, la alteridad y la abolición del esquema centro-periferia. Como investigadores del campo negado, como constructores de nuevas prácticas teóricas y teorías prácticas y sobre todo como latinoamericanos, no podemos sino asumir la posición política que la crisis nos impone: construir nuevos criterios de verdad contrahegemónicos que nos permitan abordar los actuales y reales problemas de investigación, no para aportar descripciones que se traducen sólo en anacrónicas páginas estériles, sino para intervenir activamente en la transformación de nuestras culturas.

BIBLIOGRAFÍA

FUENZALIDA FERNANDEZ, V (2000), *La televisión pública en América Latina*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.

GARCÍA CANCLINI, N. (1984), *Cultura y sociedad: una introducción. Cursos y Conferencias*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Buenos Aires. Buenos Aires.

GONZALES J. (1994), *Estudios sobre culturas contemporáneas*. Universidad Colima, Colima.

MARTIN BARBERO, J. (1987), *De los medios a las mediaciones*. Gustavo Gili, Barcelona, 1991.

MATA, M. C. (2000), *La radio: una relación comunicacional*. Rev. Diálogos de la Comunicación, N° 35. Buenos Aires.

MORIN, E. (1997), *¿La ciencia pierde la razón?*. Revista Universidad del Valle, N° 17, agosto.

OROZCO GOMEZ, G. (1991), *Recepción Televisiva*. Universidad Iberoamericana. México.

PASQUALI, A. (1963/70), *Comunicación y cultura de masas*. Monte Ávila, Caracas.

SOUZA, M. S. (2004), *El problema de investigación*. Apunte de cátedra, Seminario Permanente de Tesis, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP.

WILLIAMS, R. (1958), *Cultura y Sociedad*. Nueva Visión. Buenos Aires, 2001.

Capítulo III

Intelectuales, posmodernidad, y... ¿Después? Beatriz Sarlo y Néstor García Canclini ante la reconfiguración cultural¹⁵

Verónica Tobeña

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO – Argentina)

Introducción

El giro posmoderno ha transformado profundamente la atmósfera cultural y la dinámica de la sociedad. La reconfiguración cultural a la que asisten nuestras sociedades encuentra en el protagonismo de la cultura de masas y el auge de las nuevas tecnologías de información y comunicación su característica más saliente. En países periféricos como los latinoamericanos la mutación cultural se da en un contexto de fragmentación sociocultural y de pobreza material que pone a la posmodernidad en el centro de los debates de los intelectuales preocupados por el devenir del arte y la cultura “cultura” y el lugar del pensamiento crítico, pero también de aquellos pensadores de la cultura que centran su reflexión en los alcances democratizadores e integradores que tiene la hegemonía conseguida por el mercado en la esfera cultural. Dos exponentes de estas miradas en tensión frente al fenómeno posmoderno son Beatriz Sarlo y Néstor García Canclini; posturas que están muy bien condensadas en el libro *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina* en el primer caso y en *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad* en el segundo.

Si bien la modalidad de escritura que adoptan estos intelectuales es la misma que la que elegían en los años cincuenta los pensadores latinoamericanos que se preguntaban por la identidad nacional, en el caso que nos ocupa la reflexión ya no se

¹⁵ Publicado originalmente en Revista Question N° 19 - 2008

produce en clave nacional ni está centrada en la identidad, sino que se concentra en ensayar consideraciones en torno a la cultura latinoamericana. Otra diferencia con los ensayistas de la etapa anterior es que aquellos escribían de intelectual a intelectual mientras que los autores de los libros que aquí analizaremos le hablan a los intelectuales pero también a los científicos sociales, no sólo porque la autonomización y la consolidación de estas ciencias las vuelve ineludibles sino porque ellos mismos se formaron en esos espacios y encuentran allí la fuente de sus argumentos o la expresión de sus antítesis. La elección del ensayo tiene que ver con cómo buscan posicionarse estos pensadores. Ellos no buscan presentarse como expertos pero tampoco se presentan como simples científicos sociales en tanto apuntan a trascender la mirada propiamente académica colocándose como intelectuales, como aquellos pensadores de la cultura que están por encima de las miradas específicas, que se posan en lo micro y lo macrosocial. Este fuerte centramiento en la figura del intelectual y en la utilización del ensayo como medio de expresión obedece a la resistencia con la que estas figuras enfrentan las transformaciones del contexto sociocultural en el que se enmarca su tarea. Frente a un campo cultural que está en permanente movimiento y reconfiguración estos intelectuales eligen posicionarse desde el lugar tradicional de intelectual aunque, como veremos, las opiniones que desde allí se exponen no se esgrimen en ambos casos en pos de la conservación de una posición ganada.

En las páginas que siguen se enfrentarán los argumentos y las principales tesis defendidas en los dos textos citados, y se intentará establecer qué lugar del intelectual reivindican Sarlo y García Canclini sobre la base del posicionamiento que adoptan ante la cuestión.

Consideraciones preliminares

La manera en que escribe su ensayo Beatriz Sarlo (1994), en principio, puede confundir porque construye el fenómeno posmoderno desde dos tipos de acercamientos: uno, el que aparece al inicio, se aproxima utilizando una mirada cercana a la que utiliza la antropología, se expresa en primera persona y describe y explica la economía cultural de la posmodernidad desde un lugar externo produciendo un efecto de neutralidad; el otro, que aparece fundamentalmente en los

últimos tres capítulos, muestra un registro más personal y autoreferido, adopta un tono más prescriptivo y normativo y pone en escena una intelectual que se posiciona definitivamente como legisladora y se separa de la mirada más cercana a la intérprete adoptada al principio. La confusión que la lectura de este texto puede suscitar se ve animada por la estrategia argumentativa que su autora emplea al inicio. Esta estrategia consiste en pintar su fresco de la posmodernidad al estilo de los antropólogos cuando se sumergen en culturas extrañas y apuestan a la empatía para comprender aquello que les es ajeno, al mismo tiempo que presenta los posicionamientos más típicos de los intelectuales ante los mismos fenómenos que ella describe. Un abordaje distante tanto de la posmodernidad, como de las posturas que ésta despierta en los intelectuales, hace suponer que lo que se tiene para decir es superior a aquellas posturas que se citan. La autora manifiesta no comulgar con ninguna de las reacciones más comunes ante la mutación cultural, ni con la reacción neoliberal ni con la neopopulista. Esto es, ni con aquellos que renuncian a buscar los caminos para democratizar y expandir los frutos de la cultura elevada con el convencimiento de que será la mano invisible del mercado quien cumplirá con la democratización de la cultura de elite, ni con quienes sobrevalúan las capacidades del público para resignificar y aprovechar la pobre oferta simbólica que les propone la cultura de masas. Sarlo también se distancia de la visión del problema que se revela más apocalíptica en tanto no logra descentrarse del valor superior asignado a la cultura erudita, y rechaza los cambios introducidos por la revolución cultural en tanto no están timoneados por el paradigma letrado. A los ojos de la autora esta actitud se resume en el *cliché* “todo tiempo pasado fue mejor” y se limita al lamento ante los cambios sufridos. Esta última explicitación habilita a esperar de parte de la autora una mirada superadora o cuanto menos distinta ante la organización audiovisual de la cultura que las que ella enuncia. No obstante, y a pesar de manifestar su insatisfacción con esta solución, la propuesta ofrecida es muy cercana a la que promueven los aquí llamados apocalípticos y que en términos de la autora son los *viejos legitimistas*. A lo largo de este trabajo intentaremos demostrar que los supuestos que guían sus valoraciones y sus preceptos se identifican completamente con la mirada elitista que dice rechazar.

Por su parte, Néstor García Canclini (1989) recurre a una intervención menos autoreferencial y más cercana al estilo de enunciación académica. Aquí hay una

explicitación mucho mayor de las citas y las referencias textuales que se retoman o con las que se discuten. El discurso es muy recursivo y está organizado a modo de capas: en cada capítulo incorpora nuevas dimensiones al análisis y de ese modo va completando el rompecabezas que representa la comprensión del fenómeno posmoderno. En su libro también alude a las distintas respuestas que despierta la mutación cultural en el mundo intelectual pero aborda esta cuestión desde un lugar más descriptivo que normativo, aunque, sin arrojar a la incorrección política los posicionamientos que desdeña, también manifiesta el tipo de reacción intelectual con la que se siente comprometido. Este texto ofrece la cristalización de una propuesta, de un programa, de una suerte de receta para la construcción y el abordaje de los problemas que genera la reconfiguración cultural, que surge de la reflexión que el autor produce en torno al fenómeno de la posmodernidad.

Hipótesis en torno a la posmodernidad: ¿degradación cultural o hibridación de la cultura?¹⁶

En principio hay que decir que para Sarlo el *descentramiento cultural*¹⁷ al que asiste nuestra época es sinónimo de decadencia, de una perjudicial subversión jerárquica de los formatos culturales para el semblante de nuestra cultura. La hegemonía de la imagen, propia de nuestro tiempo, representa desde su perspectiva una amenaza para el desarrollo intelectual del público. Desde esta óptica, las experiencias e intercambios que surgen de la relación con las nuevas tecnologías de la información, con Internet, la televisión y/o la literatura masiva, no conducen a un incremento del conocimiento y el saber ni a una capitalización de cultura. Dichos artefactos culturales antes de ser valorados como medios que nos ponen en contacto con mundos desconocidos, capaces de articular elementos y materialidades

¹⁶ Cabe aclarar que el fenómeno posmoderno ha introducido cambios en todas las esferas de la vida, pero en este trabajo sólo nos referiremos a él en su dimensión cultural y teniendo principalmente en cuenta los aspectos de él que sobresalen más en los planteos que aquí se analizan.

¹⁷ Retomamos esta expresión de Jesús Martín Barbero (2002) con la que intenta dar cuenta del desplazamiento del libro del lugar central que solía ocupar en la cultura y de su reemplazo por la imagen visual.

heterogéneas (imagen, sonoridad, textualidad) que abren nuevas posibilidades de aprehender y experimentar y de conjugar los sentidos y el intelecto, o como portadores de una *nueva episteme*, son juzgados como *obstáculo epistemológico* (Martín Barbero, 2002). Desde esta mirada el conocimiento sólo puede ser transmitido por la palabra escrita porque sólo allí descansa algún saber.

Sarlo explica por la decadencia cultural el lugar subalterno que ocupan los productos pertenecientes a la cultura letrada o la alta cultura en la escena cultural actual, arrastrando en su desgracia a la escuela que, moldeada a partir de los valores de la ilustración y afiliada y consustanciada con la matriz humanista surgida de la tradición francesa, no encuentra asidero en una sociedad fagocitada por la fascinación que generan los medios.

Esta creencia en la fascinación o el deslumbramiento que despiertan los distintos productos y artefactos que componen el menú de la industria cultural ha sido desmentida e impugnada por otros críticos culturales que se preguntan qué fascinación puede producir por ejemplo en los jóvenes, un medio como la televisión, que constituye el medio ambiente natural de esta generación (Martín Barbero, *op. cit.*).

Jesús Martín Barbero (1987) impugnó hace tiempo la lectura determinista de los medios y acentuó la importancia de la pertenencia cultural como mediación clave para la recepción/interpretación del mundo y consecuentemente contribuyó a potenciar una nueva manera de mirar a los medios y con ello, una estrategia para mantener ligado el estudio de la comunicación en su intersección con la cultura. En su libro *De los medios a las mediaciones*, el autor rescata la importancia del estudio de la cultura, la historia de la configuración de los estados nacionales, las identidades, la cultura popular y la cultura de masas, por que constituyen todas aquellas mediaciones que asisten en el proceso de cristalización de sentidos. El caso de Menocchio que nos acerca Carlo Guinzburg (1981) es un ejemplo bien ilustrativo de las afirmaciones de Martín Barbero.

En la misma dirección van los trabajos de muchos de los teóricos que se ocuparon de observar lo que ocurre en la recepción, que lejos de afirmar la alienación y la pasividad del público, destacan sus habilidades para subvertir lo que los bienes simbólicos de la industria cultural mandan, al mismo tiempo que subrayan la capacidad que demuestra el público para utilizar de forma desviada los productos que

proviene de la economía cultural (De Certeau, 1996). Roger Chartier (1999) abona estas ideas pero las formula de otro modo. Él piensa los textos como contingencia material en tanto su unión con el lector será la que active sus sentidos. Para este autor los lectores de un texto son creadores porque se inventan nuevas representaciones a partir de él. Desde su perspectiva los productos culturales en su encuentro con el lector producen cultura porque provocan prácticas culturales. García Canclini, por su parte, destaca el carácter asimétrico que tiene la recepción respecto de la producción de cualquier texto (ya sea escrito, visual, u otro), pero esto no conlleva necesariamente un control desde la instancia de producción de los sentidos que se adjudicaran a los textos al producirse su lectura. Para él vale la pena estudiar cómo los receptores elaboran “su relación asimétrica con la visualidad hegemónica” bajo la sospecha de que hay allí una “*apropiación heterodoxa*” de los textos (García Canclini, *ídem*: 136).

El registro elitista desde el que Beatriz Sarlo procesa la reorganización cultural se vuelve evidente al intentar despejar su lugar de enunciación. El lugar de enunciación desde el que se profiere la sentencia de la degradación cultural habla más de sí mismo que de aquello en lo que se posa la mirada. En este caso el territorio desde el que se disparan diagnósticos, sentencias, exhortaciones, se corresponde con el de la alta cultura. La cultura legada por la ilustración y la tradición humanista es la principal matriz desde la que se juzga la reconfiguración del universo simbólico que se está dando en las sociedades posmodernas. Desde allí, la materialidad de los nuevos artefactos culturales, en tanto no se apoyan exclusivamente en la palabra escrita o no se ajustan a las reglas de legitimación que reinan en el campo académico o a las disciplinas artísticas tradicionales, carecen de legitimidad y de valor cultural y se expulsan al desprestigiado lugar del mercado o la no cultura. El *dominocentrismo*¹⁸ que guía estas intervenciones se presenta sin velos, los artefactos y productos culturales que no provienen de la cultura erudita son juzgados como chatarra.

Para algunos autores esta postura es típica de una generación que creció en un universo regido por la lógica del libro y que tramita la brecha tecnológica que crece entre ellos y las nuevas generaciones desde la crítica impugnadora de lo nuevo; actitud defensiva de un orden que, por la incapacidad de entender la reconfiguración cultural

¹⁸ Entendemos con Grignon y Passeron (1991) al *dominocentrismo* como el estudio o la indagación de fenómenos culturales o sustratos culturales centrados en la cultura dominante o consagrada como legítima y juzgados a partir de allí.

y el nuevo orden simbólico que se articula con ella, objeto desde el argumento del caos y el deterioro cultural una batería de artefactos culturales que se miran con extrañamiento (Martín Barbero, 2002). Mirada que muchas veces es acompañada de reflexiones más profundas en tanto condensan diatribas dirigidas hacia el firmamento ideológico en el que se cree se sostiene esta nueva economía cultural. En este sentido, la incapacidad de las generaciones que se criaron en lo que McLuhan bautizó como la *Galaxia Gutenberg* para adaptarse a las nuevas tecnologías de información y comunicación, así como sus dificultades para incorporarlas como herramientas para el conocimiento, explica, según subrayan algunos teóricos, su apelación a *argumentos gerontocráticos* (Dussel y Caruso, 1998: 48) ya que allí se condensa una crítica a los cambios de valores que evidencia un *narcisismo generacional* (Puiggrós, 1993, citado en Dussel y Caruso, 1998), una “compulsión tribal y narcisista de poner extremo énfasis en la agencia del logos (la palabra) y aniquilar como rival lo imaginario” (Stafford, citado por Guasch, 2005:63).

Este *narcisismo generacional* se cristaliza en el modo particular con que Sarlo asume su rol intelectual. Para esclarecer esta cuestión es necesario hacer referencia a un artículo titulado “Retomar el debate” que Sarlo (2001) escribe polemizando con otros intelectuales, que la tildan de “nostálgica” en virtud de sus posturas críticas intransigentes e irreconciliables con la condición cultural contemporánea. Este texto es complementario y coincidente al libro de la autora hasta aquí analizado, pero resulta interesante añadirlo como parte de nuestro corpus ya que es mucho más explícito y contiene algunas afirmaciones con las que me gustaría discutir. Allí Sarlo declara suscribir al rol legislador típico de los intelectuales de la modernidad, con filiaciones ideológicas y valores bien definidos y sólidos, tal como los describe Bauman (1997). También en ese artículo ataca el concepto de intelectual intérprete que acuña el mismo autor para dar cuenta del tipo de intervención intelectual que propicia la condición posmoderna. El rol del intelectual en la posmodernidad de acuerdo con lo que surge del trabajo de Bauman tal como lo entiende Sarlo puede simplificarse así: “Desde una perspectiva ‘posmoderna’, lo que pueden hacer hoy los intelectuales es convertirse en intérpretes, es decir escuchar la multiplicidad de voces de la sociedad y tejer la red de intersección de estos discursos: intelectuales carteros”. Aquí estriba la principal confusión que arrastra Sarlo respecto de lo que es el

intelectual intérprete y que la lleva a defender tan ferozmente una postura normativa como intelectual.

En este punto es importante aclarar que Bauman señala como intelectual paradigmático de la posmodernidad a Clifford Geertz porque se distancia de los discursos universales y etnocentristas y se comporta como un intelectual interpretador. Desde la perspectiva de Bauman, Geertz instala un modo de pensar la sociedad y la cultura dejando de lado el proyecto de arribar a un gran relato o a una vasta teoría explicativa de la totalidad. Este modo de abordar la sociedad y la cultura no se reduce a una acción traductora o de cartero como simplifica la autora. La posmodernidad conduce a una intervención intelectual ligada a la figura del intérprete en tanto las sociedades son más centrífugas que centrípetas, es decir, en tanto las formaciones sociales se presentan fragmentadas, discontinuas, hibridadas y no puede identificarse un proyecto común que las comunique subterráneamente. Ese proyecto común tenía que ver con la utopía moderna y con el trabajo que en pos de ese sueño encaraban los intelectuales legisladores. La posmodernidad, signada por los efectos de la globalización, hace estallar el suelo común a partir del cual construir o perseguir un horizonte que contemple a todos. La fragmentación sociocultural de las sociedades contemporáneas interpela a los pensadores sociales y de la cultura como observadores del tipo de cultura que opera en los distintos grupos en tanto mediación simbólica, atento a las instituciones y las experiencias que articulan lo imaginario y lo real. No como simple mediador y traductor entre diferentes culturas o realidades como espeta Sarlo. Sino como un intérprete del universo cultural en el que esos distintos grupos están inmersos y a partir del cual procesan su relación con el mundo y con los otros. El intelectual posmoderno apunta a dar cuenta del medio cultural en el que se mueven los individuos y esto no implica necesariamente una renuncia a sus valores ni un abandono del compromiso político, sino que supone un compromiso político atento a la atmósfera cultural de la época; supone una acción más realista que moralista. Para Bauman, el intelectual intérprete es aquél en el que cede la adhesión tan comprometida con un programa político justamente porque la utopía moderna fracasó y no llevó a buen puerto. Desde esta óptica, en la posmodernidad, más que perseguir ciertos ideales y defender un conjunto de valores, el intelectual debe poder describir y retratar el espíritu de su época, extraer de su entorno la dinámica de su funcionamiento, debe ser capaz de identificar qué artefactos e instituciones actúan

como operadores simbólicos para con este elemento conocer de qué modo, apuntando a qué sitios, se puede transformar o encarar lo que no nos conforma.

Sarlo dice que el libro de Bauman tiene dos conclusiones: las del estilo “moderno” y las del estilo “posmoderno”, lo que la lleva a sospechar que en realidad el autor suscribe al primer estilo y no al segundo. El error está en suponer que la intención de Bauman es contrastar en términos valorativos dos modos distintos de asumir la práctica intelectual para luego determinar a cuál de las dos suscribir. En cambio, el esfuerzo de Bauman se orienta a mostrar cómo las exigencias de la época y las condiciones del contexto moldean los atributos del intelectual, los móviles para su acción y el horizonte con el que se trabaja. En tal sentido, en la modernidad, el intelectual representa una pieza clave en el engranaje de dispositivos a los que apelaba el poder estatal para gobernar y regular a una sociedad de hombres libres que debía enmarcarse en cierto orden y sujetarse a ciertos límites, a partir de la extradición de los valores propios del orden feudal que se regulaba por relaciones locales y patriarcales. En la posmodernidad los rasgos característicos que asumen los intelectuales se alejan del mandato legislador, de acuerdo con como lo denomina el autor, y se alinean mayoritariamente con la intención interpretativa, esto es, asumen un rol que puede vincularse más al perfil del analista, del observador cultural, el etnógrafo, aunque como bien afirma Bauman, y esto parece ser lo que confunde a Sarlo, conviven con este tipo de intervenciones otras todavía regidas por el estilo anterior, el moderno, en tanto aún se confiesan comprometidas con ese proyecto utópico. Su crítica se basa en la ausencia de compromiso político que tendría a sus ojos el intelectual intérprete.

El apego de Sarlo al proyecto moderno la lleva a producir una operación similar a la que García Canclini identifica en Habermas y que tiene que ver con encumbrar un ideal de la modernidad desprovisto de sus aspectos más autoritarios, antilibertarios y nihilistas. Resulta muy operativa la definición de la modernidad como un proyecto emancipador, expansivo, renovador y democratizador que ofrece García Canclini, ya que esta diferenciación de los distintos ideales que este movimiento persigue permite identificar más fácilmente las contradicciones que arraigan en su interior y los divorcios que se producen entre los distintos proyectos a medida que se avanza en la secularización. Estas contradicciones que permite vislumbrar la definición cancliana son precisamente las que escamotea Sarlo al identificar modernidad con una visión

libertaria de la escuela, con una mirada purificada de la Ilustración y con una concepción emancipadora del paradigma pedagógico. Al igual que Habermas, Sarlo se rehúsa a abandonar el compromiso intelectual con una sociedad más democrática e igualitaria en la que el arte pueda ser disfrutado por todos por igual, en la que no existan propuestas simbólicas con distintas valencias en función de los públicos a los que van dirigidas sino una cultura culta que, gracias a la acción pedagógica de la modernidad, consiga ser deleite estético para la mayoría. Y desde esta perspectiva, es la fórmula moderna, principalmente a través del dispositivo escolar, la única eficaz para concretar este ideal.

Ante esta vocación pedagógica que caracteriza a los defensores del proyecto moderno, García Canclini formula una pregunta que en principio suena políticamente incorrecta pero que, al ponerla en relación con todo aquello que la modernidad censuró y anuló para instalarse, cobra un valor nuevo. El interrogante que abre este autor es si “es deseable que todos asistan a las exposiciones de arte”; se pregunta “para qué sirve una política que trata de abolir la heterogeneidad cultural” (García Canclini, 1989: 146). Lo que lleva a cuestionarse la utilidad de políticas culturales que apunten a integrar a las masas a la cultura elevada es la preocupación, al igual que en Sarlo, por el carácter democrático de estas intervenciones. Si para Sarlo este tipo de políticas representan los medios a partir de los cuales hacer efectiva la democratización de la alta cultura, para García Canclini arbitrajes de este tipo constituyen mecanismos autoritarios porque llevan a suprimir la diferencia y a imponer un sustrato cultural arbitrario y extraño a las identificaciones de sus principales destinatarios. Por eso, dice García Canclini, este público no vuelve a los museos ni encuentra en los bienes que la elite eleva a la cima del ordenamiento simbólico un valor supremo o digno de su admiración. Desde esta perspectiva el costado más antidemocrático de la modernidad está en su vocación expansiva de una cultura que siempre se concibe en singular y que no encierra la heterogeneidad y la sensibilidad que caracteriza al conjunto de la sociedad. La cultura que la modernidad intenta democratizar no es plural y es por eso que sus buenas intenciones no le alcanzan para evitar caer en un gesto de dominación. *“Porque la divulgación masiva del arte ‘selecto’, al mismo tiempo que una acción socializadora, es un procedimiento para afianzar la distinción de quienes lo conocen (...) Los mecanismos de reforzamiento de la distinción suelen ser recursos para reproducir la*

hegemonía” (pp. 146-147). Esta afirmación tiene resonancias bourdianas porque supone poner en cuestión, al igual que lo hace este autor en *La distinción* (1991), la idea del buen gusto.

Es en este sentido que el autor de *Culturas Híbridas* está más cercano al posicionamiento intelectual posmoderno que al moderno si lo analizamos en los términos de Bauman. Su preocupación está centrada más en entender el nuevo ordenamiento simbólico que introduce el mercado con el nacimiento de las industrias culturales y el auge de los medios masivos de comunicación, que en convertirse en el defensor de un tesoro cultural que por la acción de una lógica extraestética se ve devaluado. Los cambios acaecidos son para este autor todo un símbolo de la época y como intelectual cree que su función es ser capaz de descifrar cómo se hilvanan estas transformaciones con la vida cotidiana de las gentes, cómo se yuxtaponen con sus tradiciones y el modo en que se conjugan con sus prácticas sociales; debe ser sensible a la densidad que adquiere la cultura de modo de recuperar la pluralidad y la mezcla que esa síntesis contiene, no para eliminar lo que no se corresponda con un ideal sino para reivindicarlo ante los intentos homogeneizadores. Esto es la posmodernidad para este autor, ni un estilo, ni una etapa, ni una tendencia, sino “una manera de problematizar los vínculos equívocos que éste (el mundo moderno) armó con las tradiciones que quiso excluir o superar para constituirse” (p. 23). La posmodernidad es aquella que se hace cargo de las herencias del pasado y sus hibridaciones con el presente; que pone de relieve lo moderno, lo culto y lo hegemónico en sus cruces con lo tradicional, lo popular y lo subalterno.

Para este autor el carácter híbrido de las culturas latinoamericanas se debe a una apropiación de la modernización socioeconómica y el modernismo cultural importado de occidente, en diálogo con las tradiciones nacionales. La síntesis que estos ingredientes producen da cuenta de una cultura moldeada al calor de conflictos y encuentros, ímpetus incluyentes y excluyentes, de oscilaciones entre la letra y la imagen, de influencias culturales en sentidos descendentes y ascendentes, de una dialéctica entre la lógica estética y la extraestética. Esta sinuosidad en la conformación del conglomerado cultural latinoamericano permite a las reflexiones en torno al ordenamiento simbólico pensar dicha síntesis como resultado de “*poderes oblicuos*” (p. 323), es decir, como efecto de una dinámica descentrada y multideterminada de las relaciones sociopolíticas que imprimen intenciones en los signos y materializaciones

culturales. Esta visión tiene la ventaja de advertir las distintas expresiones del poder que cristalizan en los bienes y expresiones culturales, y en las dinámicas y usos sociales de los signos a partir de los cuales se construye la identidad. Desde esta perspectiva las intenciones del mercado, de los artistas y de los públicos compiten por instituir sentidos en armonía con sus propios intereses y si bien ninguno lo logra completamente, los sentidos de ninguno de ellos resultan impotentes.

En cambio, el poder del mercado se sobredimensiona y se vuelve unívoco en visiones como las de Beatriz Sarlo, para quien la lógica del mercado ha corroído y contaminado por completo la lógica estética y con ella la independencia del artista; y el vacío simbólico en el que ha caído la escuela ha socavado la sensibilidad estética del público. Esta mirada la lleva a identificar a la industria cultural como una aliada maléfica de los poderes capitalistas y de este modo sólo puede ver en sus bienes simbólicos productos concebidos para engrosar los bolsillos de los magnates de la producción cultural y beberse las neuronas de sus públicos. Una visión maniquea de los medios y una concepción libertaria de la escuela se conjugan: los primeros embotan y estupidizan el pensamiento, mientras que la segunda confiere instrumentos para activar el intelecto. Este silogismo sobre el que trabaja Sarlo cercena *a priori* la pregunta por el porqué del nuevo paisaje cultural, no pondera las ventajas y desventajas de la densidad que adquiere la cultura a partir de la reconfiguración simbólica a la que contribuyen los bienes que provienen de la industria cultural, no hipotetiza sobre los potenciales frutos que resultarían de la fusión o interacción entre estas lógicas culturales, en definitiva, no concede estatus de cultura a lo que circula en los productos que rechaza.

Lo que interesa destacar aquí es cómo, a pesar de esta conciencia del lugar marginal que tienen en la vida de las gentes y en sus experiencias las expresiones culturales producidas al calor de la influencia letrada, no aparece la articulación con alguna reflexión de índole epocal o con una pregunta más profunda en relación con un cambio en las *estructuras de sentimiento* (Williams, 1980) imperantes. Es en este sentido que entendemos que prima la mirada legisladora: la autora se muestra incapaz de asir la atmósfera cultural y de aportar consideraciones de los fenómenos que tiene por objeto que se ahorren las prescripciones y las descripciones pivoteadas por los valores de la cultura erudita, ubicándolos en un plano más amplio, más explicativo, que se proponga desandar los caminos que condujeron a esa reconfiguración cultural.

Una hipótesis del porqué de esta mirada centrada en el valor de la cultura letrada surge al analizar los resortes que parecen existir detrás del posicionamiento de la autora de *Escenas de la vida posmoderna* a la luz de la teoría de los campos de Pierre Bourdieu (2005).¹⁹ Si enmarcamos dentro de la lógica del campo cultural la elección de descalificar y recusar valor estético a todos los productos y artefactos que se producen al calor de la industria cultural, y al mismo tiempo relacionamos esto con la historia de este campo, con su configuración hasta el arribo de las mutaciones de las que venimos hablando y con las propiedades de posición que sus agentes detentan allí, la postura de Sarlo se vuelve muy elocuente. Su estrategia tiene que ver con la necesidad de reproducir el lugar hegemónico que hasta entonces detentó la cultura ilustrada con la que se identifica y con el peso que figuras como la suya tienen al interior del campo, para lo cual no encuentra otra alternativa que estigmatizar como no-cultura a aquello que amenaza su propia posición. En virtud de las transformaciones que introducen los procesos tecnológicos, económicos y simbólicos dentro del campo cultural, el *statu quo* hasta entonces allí reinante se ve, cuanto menos, inevitablemente desafiado y discutido. De esa discusión participan no solo los intelectuales tildados de neopopulistas de mercado, neoliberales convencidos o viejos legitimistas, sino también los artistas, los artesanos, los científicos sociales, los periodistas, los creadores de los productos de la industria cultural y por supuesto, ella misma, entre otros. Todas estas figuras representan agentes dentro del campo y a través de sus intervenciones y sus creaciones buscan, de acuerdo con la posición dominante, dominada o de *outsider* que ocupen, reproducir, impugnar, replantear o desafiar el sistema de valores y de jerarquías que éste constituye. La revolución cultural que introducen los fenómenos y las prácticas vinculadas a la globalización, como la televisión o Internet, ponen en entredicho el lugar hegemónico que ciertas figuras vinculadas a la alta cultura solían ocupar al interior del campo; lo mismo produce la injerencia que ha cobrado la lógica del mercado dentro del campo. El poder, el peso específico del capital simbólico que poseen intelectuales del linaje de Sarlo, depende de la posición que ocupan al interior del campo. Su autoridad se ve

¹⁹ Como se verá en el análisis que se presenta a continuación se parte de una concepción del campo cultural que integra en su interior al campo intelectual. Si bien para Bourdieu cada campo es autónomo de los demás porque cada uno reproduce lógicas y reglas de juegos que le son específicas, para el caso latinoamericano esta independencia de los campos entre sí no es tan clara por lo que proponemos un uso flexible y amplio del concepto de campo cultural.

socavada si sus propiedades de posición -que no se reducen a sus características intrínsecas sino al modo en que participa del campo cultural- se resienten ante la competencia que le presentan una serie de figuras, artefactos y productos que median la relación de las personas con el mundo y entre sí, y que adquieren una centralidad inédita en la dinámica de la vida cotidiana. Esta mutación cultural no deja demasiados caminos: conduce a la ira y la descalificación de los nuevos centros de legitimación (el público, el mercado) en que basan su poder los nuevos creadores, los “intelectuales celebratorios”, los “intelectuales electrónicos”, etc.; o bien impele a los intelectuales de viejo cuño a abandonar el cómodo lugar de la legitimidad heredada del pasado para comenzar a asumir un papel menos confortable aunque más prolífico para la comprensión de las nuevas coordenadas culturales que estructuran y median las relaciones humanas y con el medio social.

Por supuesto que Sarlo discute fuertemente con esta matriz interpretativa porque a sus ojos reduce la toma de partido estética, el posicionamiento político y el peso de la ideología, a una lucha por el prestigio o la legitimidad. Desde su perspectiva esta definición institucional de lo que es la cultura que propone la lógica de los campos es insuficiente en tanto no pondera para su análisis las características intrínsecas de cada uno de los agentes, esto es, sus propiedades inherentes y el modo en que éstas contribuyen a configurar de un modo u otro al campo. Oponer la cultura culta a la cultura de masas, el arte a las artesanías, la cultura escrita a la cultura popular, el pensamiento crítico al pensamiento experto, no es, desde el prisma que propone utilizar Sarlo para zanjar la cuestión, una simple estrategia para conservar un prestigio ya ganado o conseguir la legitimidad deseada. El planteo es que el mantenimiento de las dicotomías y de distinciones al interior del menú que propone la economía cultural tiene resortes políticos, estéticos e ideológicos y no meramente utilitarios como propone el razonamiento sociológico. “El pluralismo y la neutralidad valorativa no significan lo mismo en la esfera del arte que en la perspectiva desde la que se juzgan las diferencias entre los pueblos”, alerta Sarlo (pp. 170-171). Pero a esta reivindicación Bourdieu respondería que es gracias a la autonomía relativa del campo cultural que esa postura puede ser defendida, es decir, que es gracias a la emancipación de la religión y de la política que la producción cultural ha conquistado a partir de su entrada en el mercado, el hecho de que *todos* los posicionamientos estéticos, políticos e ideológicos ingresen a competir por su lugar en el campo. Esto

significa que ya no es exclusivamente un monarca o un miembro de la cúspide eclesiástica interesado en figurar en la historia de las bellas artes quien decide sobre las expresiones artísticas que representan a la humanidad, sino que es el mercado, esto es, el público, el único que incide sobre la consagración de los artistas y sus obras. Esto implica comprender que las diferenciaciones en las valencias estéticas siguen presentes, pero que es el mercado el que consolida la posición que a cada una le toca ocupar al interior del campo cultural y no el capricho político, la voluntad religiosa o el buen juicio de los representantes del saber erudito. Esto no significa que la lógica de los campos culturales se restrinja a cumplir con los mandatos del mercado o del público “pero sí se subordina a ellos con lazos inéditos” (García Canclini, *op. cit.*: 60); el éxito de los artistas no depende exclusivamente del capital simbólico acumulado y el prestigio capitalizado sino que también responde a la producción artística realizada con arreglo a las exigencias del mercado y la industria cultural (p. 62). ¿Qué hubiera sido de la música de Beethoven o de Mozart si hubiesen vivido en la época de la industria cultural? Nada, se responde García Canclini, a menos que su producción musical se hubiera ajustado a las leyes del mercado.

Si para García Canclini el desacato a las leyes globales del capitalismo por parte de un artista puede significar su fracaso, para Sarlo la valoración de este hecho es distinta ya que pone el acento en el valor estético de las obras y no en su éxito o fracaso. Para ella es la aceptación de la lógica del mercado, que no se basa en la calidad sino en la cantidad, lo que determina la devaluación del trabajo del artista, que no es lo mismo, y esto lo tiene bien claro la autora, que su fracaso ante el público. Por eso su indignación ante la masificación de experiencias estéticas consagradas por su valor cultural. Sarlo repudia que los criterios para la divulgación del arte o la cultura de elite sean los que impone el mercado en vez de los que establecen las leyes del campo cultural. Las consideraciones que despierta en esta autora la realización de un concierto al aire libre de Pavarotti (p. 196) muestran a las claras cuál es el objeto de su irritación: no es particularmente que a la lógica del mercado suele no importar la democratización de la alta cultura, sino que sea justamente ella la que defina, en virtud de criterios cuantitativos, aquello que se divulga y lo que no de las expresiones artísticas consagradas. El problema parece ser entonces no *qué* es aquello a lo que se debe dar difusión por su valor estético sino *quién* tiene la autoridad para decidir sobre su divulgación.

Palabras finales

Para cerrar este trabajo me gustaría reflexionar sobre los supuestos que a mis ojos sostienen los posicionamientos adoptados por Sarlo y García Canclini y que tornan más claro el deber ser del intelectual con el que cada uno se identifica.

El punto al que me quiero referir es el de la cultura popular. En el texto de Sarlo la cultura popular se piensa en singular y por oposición a la cultura legítima. Se trata de un acervo simbólico que se juzga como sentido común y apego a los valores tradicionales, y se define de forma negativa, por la carencia de todo aquello que ofrece la cultura oficial. El pensamiento dicotómico es muy marcado en esta autora y la influencia de los medios masivos de comunicación y de los productos de la industria cultural a los que son expuestos estos sectores no es interpretada como una posibilidad de hibridación o de capitalización de nuevos mundos por parte de estos grupos, sino como una experiencia que refuerza la chatura de su cultura y sus rasgos más reaccionarios e indeseables. Desde esta mirada sólo la cultura letrada y oficial, la que provee la escuela, puede otorgar a las clases populares elementos productivos que les permitan liberarse de los prejuicios a los que sus creencias y costumbres los atan. La hibridación no parece ser para esta intelectual un mecanismo que practiquen las clases populares, tampoco constituye una operación que considere deseable ya que su preocupación está puesta en la transmisión de un conjunto de valores basados en la alfabetización y el paradigma pedagógico. Para decirlo en términos de Piglia, desde la óptica de Sarlo la miseria es antes que nada miseria simbólica, lo popular se expresa como pobreza simbólica antes que económica.

En las antípodas de esta concepción de lo popular se encuentra García Canclini, ofreciendo un pensamiento que renuncia a la lógica dicotómica para adoptar una más dinámica. En este caso, entonces, la cultura popular se escribe en plural y no se presenta en oposición a la cultura letrada u oficial, sino que se concibe como un conglomerado cultural y simbólico en el que conviven elementos, representaciones, prácticas, usos y costumbres que se nutren de distintas fuentes: los bienes de la industria cultural y de la cultura de masas, el arbitrario cultural que confiere la escuela, las herencias de la tradición, las costumbres de la vida rural o del mundo urbano, los legados políticos, etc. Los movimientos se producen en ambas direcciones y esto vuelve las fronteras más difusas e imprecisas. Las culturas ya no son

exclusivamente populares, masivas o letradas, son híbridas, porque sus formantes provienen de distintas zonas de la cultura. Desde la óptica de García Canclini el hecho de que las dicotomías se hayan desmembrado es parte de las transformaciones que introduce la posmodernidad.

¿Qué implican estas representaciones del mundo popular en lo que al análisis de la reconfiguración cultural respecta? ¿De qué tipo de intelectuales nos hablan las consideraciones de las que parten Sarlo y García Canclini? En tiempos de crisis de los grandes relatos y de desprestigio intelectual ¿qué lectura hacer de estas intervenciones?, ¿cuál es su cometido y cómo intentan conseguirlo?

Una concepción de la cultura popular como cúmulo de saberes y costumbres ligados a la tradición, al atraso y al iletrismo, incapaz de hacer jugar positivamente elementos, experiencias o bienes ajenos a su constitución más primaria, conduce a conclusiones muy distintas de las que propicia una noción del mundo popular que parte, como fundamento inicial, de desnaturalizar a la cultura legítima al presentarla como el producto de una construcción social e histórica, resultado de luchas sociales por la imposición del sentido de lo que es cultura elevada y lo que es cultura popular. Estos supuestos deben enmarcarse en el contexto de la reconfiguración cultural y de una de las transformaciones que mejor ha captado Beatriz Sarlo y que tiene que ver con el desprestigio simbólico en el que ha caído la escuela y el protagonismo que en su lugar tienen los medios masivos de comunicación y las nuevas tecnologías de la información en la construcción de las *ficciones*²⁰ identitarias y en el cumplimiento de la función de mediadores simbólicos y de *máquina cultural*.²¹ La crisis de la escuela implica, desde la concepción de la cultura popular de Beatriz Sarlo, la crisis de “la cultura”, la imposibilidad de hacer jugar en las nuevas generaciones y en los sectores populares el patrimonio ilustrado. En tanto el sistema de enseñanza escolar tiene como principal función la “conservación cultural, (...) y está constreñido a fundamentar y delimitar de manera sistemática la esfera de la cultura ortodoxa y la esfera de la cultura herética” (Bourdieu, 2002:38) la interpelación a la escuela a la que

²⁰ Retomamos esta noción de Nicolás Shumway (2002). Este autor habla de “ficciones orientadoras” como esos relatos que una nación se inventa para instituir los rasgos de la comunidad y de esta manera proveer de narrativas que interpelen a los individuos como ciudadanos de una nación. El término fue acuñado para dar cuenta del período en el que está desarrollándose e instituyéndose el Estado nacional y la idea de Nación en la Argentina.

²¹ Beatriz Sarlo (1999) bautizó con este sintagma a la escuela de las primeras décadas del siglo XX por su eficacia simbólica y su capacidad de producir identidades a partir de la narrativa nacional.

apela esta autora parece conveniente a sus intereses. La crisis escolar a la que refiere Sarlo es su propia crisis como figura central de la cultura, tiene que ver con la puesta en jaque del lugar destacado de su discurso dentro del campo de la cultura. Su intervención apunta a defender el lugar que la cultura erudita le tiene reservado y que la escuela se encargó de legitimar con la transmisión de su arbitrario cultural, a partir del gesto de violencia simbólica que implica la imposición de un sistema de valores.

Desde la concepción cancliana de la cultura popular no hay tanto que temer ante un proceso de reconfiguración cultural porque la pérdida de influencia de la escuela no representa para él el vacío simbólico. Los conglomerados culturales son de carácter híbrido y cuanto mucho podrán integrar menos elementos de los que lega la transmisión escolar pero esto no es desde esta perspectiva sinónimo de incultura, sino sencillamente de una cultura otra de la oficial o la legítima. No es que García Canclini desdeñe la importancia de los valores de la Ilustración y de los ideales que persiguió el proyecto moderno, simplemente que su intervención apunta a subrayar los aspectos más autoritarios de la modernidad debido a la oportunidad que presenta esta reconfiguración cultural para replantear y redefinir todas estas cuestiones. Este autor no se detiene particularmente en la situación de la escuela ni en el papel que ésta puede desempeñar en la problematización de la modernidad pero si le aplicamos sus ideas seguramente él estaría de acuerdo en promover para la escuela la necesidad de redefinir su arbitrario cultural para que éste sea más representativo de la heterogeneidad de la población que recibe, que legue un paquete cultural que dé posibilidades de expresión a identidades multiculturales. Aquí se hace presente una intervención intelectual comprometida con un análisis del universo simbólico de los considerados “otros” basado en la interpretación y no en la reglamentación y la fijación de sus límites.

El planteo de García Canclini parece condensar un mensaje muy claro para todos los intelectuales pero especialmente para los legisladores. Su mensaje les dice que si lo que los inquieta como intelectuales es la posibilidad de una transformación cultural que arrase con los valores en los que se apoya la escuela y la cultura legítima, tendrán que empezar por aceptar y asumir los cambios acontecidos y plantearse la necesidad de colocar a la cultura que los identifica en el banquillo de los acusados, para responderse qué tan responsable es su rigidez en los modelos “abyectos” que caracteriza el sustrato cultural posmoderno.

El libro de Beatriz Sarlo parece ser una reacción negativa ante interpelaciones de este tipo. Para ella la aceptación de los cambios da cuenta de una falta de compromiso con los ideales que es incompatible con el rol que debe cumplir el intelectual. Desde su postura es precisamente la defensa de la propia ideología y el sostenimiento de las convicciones políticas lo que define al intelectual. Pero esta postura se revela normativa cuando se constata que no basta con que las intervenciones intelectuales estén guiadas por convicciones políticas e ideológicas, sino que es imprescindible que esos valores sean los correctos, esto es, que sean los valores de la Ilustración.

En suma, lo que el planteo de estos autores nos permite es acceder a posicionamientos paradigmáticos al interior de la comunidad que reflexiona sobre la cultura y que dividen sus aguas. Por un lado, está representada la postura que llama a superar la identificación cultural por una búsqueda de empatía cultural que permita desandar los caminos más sinuosos que anduvo la modernidad, y por otro aparece la defensa a la conservación de un conjunto de valores y de estrategias vinculados con el proyecto moderno clásico para resistir los cambios. La primera reacción ante la posmodernidad apunta a una aceptación de las transformaciones mientras que la segunda trabaja para su impugnación.

La transformación está en marcha, depende de las actitudes de toda la comunidad que reflexiona y trabaja para la cultura que los elementos que consideramos valiosos e imprescindibles en lo que resulte de la nueva síntesis simbólica no brillen por su ausencia. Pero sólo una intervención que esté a la altura de los tiempos que corren y que se plantee sobre la base de las mutaciones acaecidas en el plano sociocultural tendrá posibilidades de trascender a los ordenamientos que la posmodernidad está estructurando.

BIBLIOGRAFÍA

- BAUMAN, Z. (1997), *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*. Buenos Aires, UNQ.
- BOURDIEU, P. (1991), *La distinción*. Madrid, Taurus.
- BOURDIEU, P. (2002), *Campo del poder, campo intelectual, y habitus de clase*, en *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires, Montessor.
- CHARTEIR, R. (1999), Capítulo 2, en: *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Barcelona, Gedisa.
- DE CERTEAU, M. (1996), *La invención de lo cotidiano: artes de hacer*. México, Universidad Iberoamericana.
- DUSSEL, I, y CARUSO, M. (1998), *De Sarmiento a los Simpsons. Cinco conceptos para pensar la educación contemporánea*. Buenos Aires, Kapelusz.
- GARCÍA CANCLINI, N, (1989), *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México, Grijalbo.
- GRIGNON, C. y PASSERON, J. C. (1989), *Dominomorfismo y Dominocentrismo*, en *Lo culto y lo popular: miserabilismo y populismo en la sociología y en la literatura*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- GUASCH, M. E. (2005), *Doce reglas para una Nueva Academia: La 'Nueva Historia del Arte' y los estudios audiovisuales*, en: BREA, José Luis (comp.), *Estudios visuales. La epistemología de la visualidad en la era de la globalización*. Madrid, Akal.
- GUINZBURG, C. (1991), *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*. Barcelona, Muchnik.
- MARTÍN BARBERO, J. (1987), *De los medios a las mediaciones: comunicación, cultura, hegemonía*. Colombia, Gustavo Gili.
- MARTÍN BARBERO, J. (2002), *La educación desde la comunicación*. Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.
- SARLO, B. (1994), *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*. Buenos Aires, Ariel.
- SARLO, B. (1999), *La máquina cultural*. Buenos Aires, Ariel.
- SARLO, B, (2001), *Retomar el debate*, en *Tiempo presente. Notas sobre el cambio de una cultura*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- SHUMWAY, N. (2002), *La invención de la Argentina: historia de una idea*. Buenos Aires, Emecé.
- WILLIAMS, R. (1980), *Marxismo y literatura*. Barcelona, Península.

Capítulo IV

Escritura, autoría e interpretación cultural en ciencias sociales. A propósito de *Tras los hechos* de Clifford Geertz²²

Ramiro Segura

Universidad Nacional de La Plata / Universidad Nacional de San Martín /

Universidad Nacional de General Sarmiento (Argentina)

Introducción – o acerca de las precauciones

“El etnógrafo escribe”

Clifford Geertz

“Se planteó un solo problema: ¿cómo narrar los hechos reales?”

Ricardo Piglia

El presente trabajo se propone, partiendo del “libro” de Clifford Geertz *Tras los hechos*, reflexionar acerca del “autor” y su “obra” en el marco de la “disciplina” a la que el mismo adscribe, la antropología.²³ Ciertamente, al instante inmediatamente posterior a definir tales objetivos, comienzan a multiplicarse los problemas. Problemas que, pese a todo, podríamos tratar en dos apartados, a modo de precauciones que hemos tomado a la hora de realizar el análisis.

Las vacilaciones “después” de Foucault

¿Cómo suponer plausible –y neutra- la operación de realizar el “comentario” de un “libro” y una “obra” atribuibles a un “autor”, al cual situamos en el marco de una

²² Publicado en Question N° 17 - 2008

²³ Una versión anterior del presente ensayo fue presentada para la aprobación del seminario “La antropología entre la ciencia y la literatura. A propósito de Lévi-Strauss y Tristes Trópicos”, dictado por el Doctor Gustavo Sorá, del 8 al 12 de septiembre de 2003. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP.

“disciplina”? Fue justamente Foucault quien despojó a estas categorías “de su supuesta universalidad”, precisando las condiciones históricas específicas en que aparecen como categorías fundamentales de la clasificación de los discursos.²⁴ En última instancia “el desafío primero y terrible” que Foucault nos lanza es el siguiente: “hacer vacilar, fisurar lo que funda, en la configuración de saber que es la nuestra, la inteligibilidad y la interpretación de toda obra” (Chartier, 1996: 16-17).

Ese desafío nos dice que libro y obra son “unidades que hay que mantener en suspenso”. Todo libro se halla “envuelto en un sistema de citas de otros libros, de otros textos, de otras frases, como un nudo en la red (...), no se construye sino a partir de un campo complejo de discursos”. La obra, por su parte, que a simple vista parece ser una “suma de textos que pueden ser denotados por el signo del nombre propio” y sin embargo esta denotación “no es una función homogénea”, ya que la constitución de una obra supone ciertas operaciones de delimitación y exclusión que nos deben hacer tener presente que la misma “no puede considerarse ni como una unidad inmediata, ni como una unidad cierta, ni como una unidad homogénea” (Foucault, 1997: 36-39).

Estas advertencias nos llevan a cuestionar la noción de autor “como principio de agrupación del discurso, como unidad y origen de sus significaciones, como foco de su coherencia” (Foucault, 1992: 24), ya que, por un lado, la función autor se consolida en ciertas condiciones históricas (jurídicas y políticas) específicas y no actúa en todas partes ni de forma constante. Caracteriza, en última instancia, el “modo de existencia, de circulación y de funcionamiento de ciertos discursos en el interior de una sociedad” (Foucault, 1969: 20), en los cuales el nombre de autor asegura una función clasificatoria, permitiendo reagrupar cierto número de textos, delimitarlos, excluir algunos, oponerlos a otros; es decir, “el nombre del autor funciona para caracterizar un cierto modo de ser del discurso” (1969: 19).

Este breve recorrido nos muestra que se encuentran en cuestión las categorías centrales que han hecho factible la interpretación -de un libro, una obra, un autor-. Sin embargo, pese a no poder considerar a dichas unidades como naturales,

²⁴ La hipótesis central propuesta por Foucault en *El Orden del Discurso* (1992) se podría resumir del siguiente modo: en toda sociedad existen procedimientos que controlan, seleccionan y redistribuyen la producción del discurso, entre los que encontramos procedimientos de exclusión (lo prohibido, lo separado y rechazado, lo verdadero y lo falso), procedimientos internos (el comentario, el autor, las disciplinas), procedimientos relacionados con la utilización del discurso (rituales, sociedades de discurso, doctrinas, educación).

universales y estables, no cabe duda de que funcionan como principios organizadores del discurso actual y que, en el campo también inestable que recorta ciertos discursos y prácticas dentro de la “disciplina” antropológica, según el propio Geertz “importa aún mucho quién habla”²⁵ (1989: 16). El autor sigue siendo una categoría central en los modos de pensar, clasificar y enseñar la antropología y demás ciencias sociales.

Especificidad del discurso antropológico que, en virtud del papel central del autor, se encontraría más cerca del discurso “literario” que del “científico” (Geertz, 1989). Y en este papel clave de la función autor en el interior de dicho discurso es imposible no encontrar tanto la huella de la propia tarea intelectual de la antropología como la de la crítica antropológica reciente. Por un lado porque, como claramente vislumbra Chartier, “Foucault no exime al autor de la sumisión a las categorías que caracterizan, en un momento histórico particular, el régimen de producción de los discursos” (1996: 17)²⁶ ya que la incorporación de estas categorías que dan cuenta de las obras en el orden de los discursos posibilita la articulación entre la escritura (práctica libre, aleatoria) y los procedimientos de control y organización del discurso. Por otro lado, podemos pensar la tarea crítica de la antropología reciente –fundamentalmente la antropología interpretativa y posmoderna norteamericana- como un *discurso constitutivo del autor* (Foucault, 1992: 54), aunque la finalidad sea, según los casos, transformarlo, reforzarlo o cuestionarlo. De hecho, la crítica actual en el interior de la antropología –incluyendo la del propio Geertz- ha colocado en el centro de la mirada la figura del autor: nos ha mostrado su emergencia, sus modos de existencia, las distintas posiciones que ha tomado, los nuevos modos de autoría, entre otras cuestiones.²⁷

²⁵ La expresión “importa mucho quien habla” es una paráfrasis –y una inversión- que Geertz realiza de una frase que Foucault toma de Beckett para desarrollar su argumentación: “Qué importa quién habla”.

²⁶ Cito: “Pienso que –al menos a partir de cierta época- el individuo que se pone a escribir un texto, en cuyo horizonte ronda una obra posible, retoma por su propia cuenta la función autor: lo que escribe y lo que no escribe, lo que traza, incluso a título de borrador provisorio, como esbozo de la obra, y lo que deja caer como comentarios cotidianos, todo ese juego de diferencias está prescrito por la función autor” (Foucault, 1992: 26).

²⁷ Pienso en los trabajos de Geertz (1989), Clifford (1991), Marcus y Cushman (1991) y Tyler (1991), entre otros. A grandes rasgos todos coinciden en que la función autor se consolidó en la antropología a partir de 1920 (con la figura del antropólogo trabajador de campo escritor de monografías en presente etnográfico) y hablan, según los casos, de “realismo etnográfico” (Marcus y Cushman), “autoría monológica” (Clifford), etc. Por el contrario, desde la década de 1960 estaríamos asistiendo a la producción de “etnografías experimentales” que tienden hacia la construcción de una autoría “dialógica” o “dispersa”.

Ante este panorama, es imposible escapar a la utilización de las categorías discutidas. Trabajar con ellas es, por tanto, una necesidad y un riesgo. Sabemos que ni la obra ni el libro son unidades estables; sabemos, también, que el autor, lejos de ser el fundamento originario (del libro y de la obra) es una función variable y compleja del discurso. Con estas precisiones acerquémonos, pues, a un “libro” (Tras los hechos), a la “obra” de un “autor” (Geertz), a una “disciplina” (la antropología).

La risa de Clifford Geertz

Si, como sostuvimos hace un momento, todo libro es un *nudo en una red*, remitiéndonos de esta manera a un incesante juego intertextual, estableciendo proximidades y distancias, parentescos y rupturas, *Tras los hechos* es *explícitamente* (estoy tentado a escribir: *intencionalmente*) eso. Se trata, en efecto, de un libro heteróclito, compuesto de fragmentos de otros libros. Es un meta libro, libro de libros, donde es factible encontrar reflexiones acerca del trabajo de campo, dos ciudades, dos países, la antropología poscolonial, el Islam, la política y la modernidad entre otros tópicos en un inmenso caleidoscopio que el propio Geertz construye (y en donde él se construye).

Una dimensión que difícilmente se pueda pasar por alto a la hora de reflexionar acerca de Geertz es que en la transparencia de su narrativa radica su opacidad. Quiero decir: constantemente, de modo recurrente, reiterativo, a lo largo de todo el libro, Geertz explicita sus puntos de partida, su estrategia de construcción textual y, al mismo tiempo, enumera otras posibles y los motivos por los cuales las descarta. De este modo, nos hallamos como lectores con un texto auto referencial, que continuamente remite a sí mismo, al modo en como fue escrito, a las razones, motivaciones y efectos buscados, a los posibles senderos que podrían haberse tomado y fueron desechados. Por momentos parece un texto transparente, todo está en él: Marruecos, Indonesia, Geertz, la antropología y los modos alternativos de narrar ese todo. Ahora bien, luego del primer acercamiento, es la propia auto referencialidad del texto, ese constante repliegue sobre sí mismo, que lo transforma en algo opaco, cifrado: *densa trama a interpretar*.

Y aquí corresponde hacer una elección o, al menos, plantear una incertidumbre: ¿cómo leer a Geertz? En última instancia, *Tras los hechos* es una escritura geertziana de Geertz. Nosotros ¿cómo lo leeremos? ¿Es el modo en que Geertz leyó a Lévi-

Strauss, Radcliffe Brown, Benedict o Malinowski el modo correcto de leer a Geertz? Y si seguimos al pie de la letra la lectura –y, antes que nada, escritura- de sí mismo ¿no quedamos de ese modo atrapados en el laberinto que el autor construye?

Parecería suceder algo equivalente –o al menos análogo- a lo que ocurre con la lectura de Foucault. Como sostiene Chartier: “¿Hay que oponer Foucault a Foucault e inscribir su trabajo en las mismas categorías que él consideraba impotentes para dar cuenta adecuadamente de los discursos? ¿O bien hay que someter su obra a los procedimientos del análisis crítico y genealógico que ella propuso y, al mismo tiempo, anular lo que permite delimitar su unicidad y su singularidad?” (1996: 19). En definitiva, en el intento –y en la incertidumbre- de leerlo ¿cómo no escuchar la risa de Clifford Geertz?.²⁸

Tras los hechos

Una vez explicitadas estas precauciones, que delimitan tensiones interpretativas, es decir, definen el contorno dentro del cual la tarea se realiza sin poder escapar a dichas tensiones, centrémonos en el libro, en *su estructuración*.

Su subtítulo es preciso: *Dos países, cuatro décadas, un antropólogo*. El hilo es temporal y el tiempo narrado se corresponde a la *trayectoria individual* (profesional), por dos países (Indonesia y Marruecos) –y muchas y diversas instituciones académicas- de un antropólogo (Clifford Geertz). Libro *tangencialmente autobiográfico* sostiene Peirano, lo que –argumenta- de inmediato nos indica la conciencia de su autor acerca de la influencia que ejerció en el desarrollo de la antropología (1997: 74). El armazón que sostiene las descripciones de ciudades y países, las reflexiones sobre el trabajo de campo y el estatus de la antropología, las preocupaciones epistémicas y de escritura, es justamente la trayectoria intelectual del propio Geertz, su devenir como antropólogo en un mundo conflictivo y cambiante.

El libro fue editado por primera vez en lengua inglesa en 1995 (la primera traducción al español es de 1996), momento para el cual Geertz ya era un

²⁸ Retomo en esta expresión ideas provenientes del análisis crítico que De Certeau realiza acerca de la obra de Michel Foucault. Cito: “En esta buena jugarreta a todos aquellos –que fueron y serán numerosos- que se esfuerzan en leerlo, ¿cómo no escuchar, metálica y fulgurante, la risa de Michel Foucault?” (1998: 39-50).

consagrado antropólogo en Princeton –máxima institución académica norteamericana-, con cuatro décadas de experiencia en la disciplina, experiencia que el libro pretende reconstruir.

Geertz sostuvo que *Tristes Trópicos*, de Lévi Strauss, es el libro que “mejor ilumina la totalidad de su obra” (1989: 37), la cual no puede pensarse como una progresión lineal ni como un movimiento recurrente de la misma mirada (estructuralista) sobre dominios diversos, sino a partir de *Tristes Trópicos*, pivote alrededor del cual la obra de Lévi Strauss gira, “architexto” a partir del cual todos sus demás textos han sido generados.

Distinta es la situación de *Tras los hechos* en la “obra” de Geertz, fundamentalmente por la posición que ocupa cronológicamente en la misma. El libro de Geertz viene a “cerrar” su producción y presenta, sin dudas, características de un “balance” y unas “memorias”: *el libro es el ámbito donde se entrecruzan y dialogan* las producciones, reflexiones y experiencias de campo e institucionales de Geertz y sus colegas a lo largo de 40 años.

El libro está sujeto a una *doble estructuración*. Por un lado, la sucesión de los capítulos habla de una *estructura elíptica*: da cuenta de su objeto –objeto polimorfo o múltiple: su trayectoria, Marruecos e Indonesia, la antropología, la escritura- desde perspectivas diversas, focalizando en dimensiones distintas: ciudades, países, culturas, hegemonías, disciplinas, modernidades. Por otro lado, en cada capítulo, se evidencia una *estructura pendular*: la exposición va de un lado a otro, entre Pare y Sefrou (ciudades), entre Indonesia y Marruecos (países), entre ambas culturas, por medio de micronarrativas donde el antropólogo –norteamericano- es un actor (hegemonías), entre las diversas instituciones académicas por las que pasó (disciplinas), en el mundo poscolonial (modernidades).

De este modo, ambas estructuras constituyen una trama compleja que posibilita al lector reconstruir su objeto polimorfo o múltiple: el trabajo de campo, el abordaje interpretativo, la reflexividad de un antropólogo norteamericano, su trayectoria académica, las sociedades marroquí e indonesa, la antropología en el mundo actual... todo en un libro. Y aquí, sin dudas, hay un punto de encuentro *profundo* (Geertz, 1997: 355) entre este libro y *Tristes Trópicos*: texto auto referencial, texto que es simultáneamente muchos textos, texto que reclama para sí el mundo.

De este modo, Peirano no hablará de “este texto implacable” ni como una historia ni como una biografía sino –citando al propio Geertz- como “una confusión de historias, una profusión de biografías” (1997: 74).

Conexiones intertextuales

Una vez planteada su estructuración y la profusión de tópicos que engloba, trataremos las conexiones intertextuales, los diálogos y puentes que es posible establecer entre el texto con la “obra” previa y con otros “autores”. Evidentemente, ante un libro caleidoscópico, las conexiones son múltiples. Debido a esto, hemos recortado tales nexos a los relativos a tres problemas centrales en la reflexión geertziana: la escritura, el autor y el sentido de la antropología.

Escritura

Tras los hechos comienza planteando el siguiente problema: si uno, después de cuatro décadas, tiene el propósito de ponerse a contar cómo han cambiado las cosas ¿cómo dar cuenta del cambio? Más allá de las diferentes estrategias discursivas que sería posible utilizar²⁹ el problema estriba en que “han cambiado más cosas y de manera más inconexa de lo que uno pudiera imaginar” (1996: 11): las dos ciudades, el antropólogo, la disciplina, los países, el contexto internacional.

Si no hay un lugar desde el cual situarse y mirar, “lo único que podemos construir, si tomamos notas y sobrevivimos, son *relatos retrospectivos* de la conexión de las cosas que aparentemente han sucedido: recomponiendo un rompecabezas, *en pos de los hechos*”. Y en esta actividad, de hecho, radica la comprensión: “relatos que se construyen a partir de nociones existentes” donde “el valor se añade, no se extrae” (1996: 12; las cursivas son mías).

²⁹ “Podría contrastar el entonces con el ahora, el antes y el después, describir cómo era la vida y en qué se ha convertido. Podría escribir una narración (...) Podría crear índices e identificar tendencias: más individualismo, menos religiosidad, creciente bienestar, moral en declive. (...) Podría poner el acento en las etapas –tradicional, moderna, posmoderna, feudalismo, colonialismo, independencia- y establecer un fin para todo ello: el Estado frío, la jaula de hierro. Podría describir las transformaciones de las instituciones, las estructuras en movimiento: la familia, el mercado, la administración pública, la escuela. Podría incluso construir un modelo, concebir un proceso, proponer una teoría. Podría diseñar gráficos” (Geertz, 1996: 11).

Identificamos, de este modo, una de las cuestiones centrales de la antropología actual, cuestión que justamente Geertz –junto a otros- colocó en el centro de la reflexión antropológica: *la escritura*. “La habilidad de los antropólogos para hacernos tomar en serio lo que dicen tiene menos que ver con su aspecto factual o su aire de elegancia conceptual, que con su capacidad para convencernos de que lo que dicen es resultado de haber podido penetrar (o, si se prefiere, haber sido penetrados por) otra forma de vida, de haber, de uno u otro modo, realmente `estado allí`. Y en la persuasión de que este milagro invisible ha ocurrido, es donde interviene la escritura” (Geertz, 1989: 14).

De modo más general, de lo que se trata es de sostener la existencia de un *hiato insalvable* –constitutivo de la práctica antropológica- *entre experiencia y escritura*. Distancia ya expuesta –pero habitualmente soslayada- por Malinowski: “En etnografía es enorme la distancia entre el material bruto tal como se presenta en el caleidoscopio de la vida tribal y la presentación autorizada de los hechos” (1986: 21).

De esta manera, que el último párrafo del primer capítulo comience, después de lo expuesto, con el enunciado: “Estos son los hechos” no puede ser sino una ironía, corregida (parcialmente) en el enunciado siguiente: “O, al menos, así los he contado” (1996: 27). En realidad, la característica central de la etnografía para Geertz es su “carácter en pos de los hechos, ex post” y de este modo implica “un esfuerzo continuo de concebir sistemas de discurso que más o menos puedan dar cuenta de los acontecimientos que están ocurriendo” (1996: 28), es decir, relatos diseñados en función de una utilidad interpretativa.

El papel de la escritura no se limita, entonces, a la presentación autorizada de los hechos. Quiero decir: en Geertz es claro que la escritura no se limita a tener una función retórica. “El etnógrafo `inscribe´ discursos sociales, los pone por escrito, los redacta” con fines interpretativos (1997: 31). Y esta textualización, esta fijación escrituraria de algunos fragmentos no del `decir´ sino de `lo dicho´ -distinción que Geertz toma de Ricoeur-, es el prerrequisito para interpretar, para intentar hacer algo como “tratar de leer” (1997: 24).

En última instancia, “no hay duda de que las cosas, cualquier cosa que sean, son: ¿qué otra cosa podrían ser? Pero en los relatos que hacemos de ellas traficamos con los relatos de nuestros informantes, de nuestros colegas, de nuestros predecesores, con los nuestros propios; son constructos. Relatos de relatos, visiones de visiones”. De este

modo, la descripción cultural es “conocimiento construido, de segunda mano”, por lo que debemos “aceptar el hecho de que los hechos están hechos (como debería alertarnos la propia etimología de la palabra: *factum, factus, facere*)”³⁰ (Geertz, 1996: 69).

Etnografía es escribir, entonces, en un doble sentido: construir relatos con utilidad interpretativa y, simultáneamente, reflexionar –escribiéndolo– acerca de los modos posibles de escribir dichos relatos.

La explicitación de la naturaleza del trabajo antropológico y del papel que en él desempeña la escritura nos arroja en un tipo de trabajo autoconsciente “que consiste en contar cómo uno ha llegado a decir lo que uno ha dicho” (Geertz, 1996: 70) y es en este tipo de trabajo, descripción cultural y, simultáneamente, reflexión acerca de dicha descripción, donde vemos la emergencia de un tipo de autor radicalmente distinto al de la antropología clásica.

Autor

Sin lugar a dudas es en el entrecruzamiento entre el nuevo escenario mundial que se va configurando a partir de los *procesos de descolonización* del Tercer Mundo y el *giro cultural* en la reflexión acerca de lo social donde debemos situar el debate acerca de la antropología, la escritura y el autor. Reflexionar, en fin, sobre un mundo cambiante desde un lugar cambiante y con nuevas herramientas.

En la antropología –fundamentalmente en la norteamericana– se comienza en los años ochenta a reflexionar acerca de “la formación y la quiebra de la autoridad etnográfica en la antropología social del siglo XX” (Clifford, 1991: 142), acerca del fin del “realismo etnográfico” entendido como un “consenso tácito y artificial en la antropología anglonorteamericana durante aproximadamente los últimos 60 años” (Marcus y Cushman, 1991: 171). La crítica a la autoría “clásica” se desarrolla y, casi con seguridad, actualmente muy pocos discutirían una de las conclusiones de un libro de Geertz pionero en tal crítica: “lo que en otro tiempo parecía sólo una dificultad técnica, meter `sus´ vidas en `nuestras´ obras, ha pasado a ser un asunto moral, política e incluso epistemológicamente delicado. La *suffisance* de Lévi-Strauss, la

³⁰ En otro lugar Geertz escribió: “Los escritos antropológicos son ellos mismos interpretaciones y por añadidura interpretaciones de segundo y tercer orden (...) De manera que son ficciones; ficciones en el sentido que son algo `hecho´, algo `formado´, `compuesto´ -que es la significación de *fictio*” (1997: 28).

seguridad de Evans-Pritchard, la compulsividad de Malinowski y la imperturbabilidad de Benedict parecen hoy cosas lejanas” (Geertz, 1989: 140).

El punto de partida de las críticas fue la reformulación de la observación participante en términos hermenéuticos como “una dialéctica entre la experiencia y la interpretación” (Clifford, 1991: 152). Paradójicamente, en el realismo etnográfico se suponía, por un lado, que la experiencia (el trabajo de campo) era la fuente de su autoridad (Clifford, 1991: 153) y por otro lado, de manera simultánea, los modos de representación (las formas de narrar el “estar allí”) no hacían más que alejarse de esa experiencia, por medio de la no intrusión del investigador en el texto, la generalización a partir de situaciones únicas y específicas, el relegamiento de la información sobre el trabajo de campo a prefacios, notas al pie y apéndices, la pretensión de representar el mundo tal como los otros lo veían, etc. (Marcus y Cushman, 1991: 175-183).

La problematización de la experiencia y la interpretación en tanto no son prácticas neutras, la comprobación de que “la etnografía está, desde principio a fin, atrapada en la red de escritura”, lo cual implica, al menos, “una traducción de la experiencia a una forma textual”, proceso complejizado “por la acción de múltiples subjetividades y de constricciones políticas que se encuentran más allá del escritor” (Clifford, 1991: 144), condujo a la construcción de nuevas estrategias de autoridad.

Es decir, por medio de esta tarea crítica de la antropología reciente se desmontan las operaciones discursivas de la antropología clásica y, simultáneamente, vemos emerger y delinearse nuevos modos de autoría. De este modo *Tras los hechos* presenta una característica principal compartida por todas las etnografías experimentales: integra, “en sus interpretaciones, una preocupación explícita por la forma en que se han construido tales interpretaciones” (Marcus y Cushman, 1991: 172).

En ese sentido, con la finalidad de delimitar el espacio a partir del cual –y en el cual– emergen nuevas formas de autoría antropológica, debemos destacar dos aspectos: por un lado, la crítica a las formas de autoría tradicionales; por otro, la construcción de formas textuales donde se oscila constantemente entre la reflexión acerca de la comprensión y la comprensión en sí. Es a partir de estos dos puntos de encuentro que emergen formas novedosas y diversas –cuando no enfrentadas– de autoría en antropología.

Si situáramos a Geertz en el campo de la etnografía experimental y siguiéramos las “taxonomías” que se han elaborado, sin dudas sus trabajos se encuentran dentro del *modo textual* y no del dialógico. Mientras este último modo supone representar los datos subsumidos en diálogos entre el informante y el etnógrafo estableciendo una “autoría dispersa”, en el modo textual “el etnógrafo como traductor se encuentra separado de lo que interpreta”, una vez que se dieron los pasos de experiencia, textualización e interpretación (Marcus y Cushman, 1991: 189-190), generando “un modo familiar de autoridad que afirma representar mundos discretos, significativos” (Clifford, 1991: 157).

No pretendemos introducirnos en profundidad en estos debates acerca de los modos de representación. Quizás sólo alcance con indicar que este es uno de los puntos de disputa centrales: modo textual frente a modos dialógico y polifónico.³¹ La posición de Geertz en este punto es clara (y su ironía contundente): “no hay forma de evadirse del peso de la autoría, por grande que este peso se haya hecho; no hay forma de desplazar esta responsabilidad hacia el ‘método’, el ‘lenguaje’ o (una especialmente popular maniobra del momento) hacia ‘las gentes mismas’ redescritas ahora (‘reapropiadas’, sería el término más correcto) como coautores” (Geertz, 1989:149-150).

En este sentido, en ciertos pasajes de *Tras los hechos* propone algo novedoso en relación con su “obra” previa: en el mundo poscolonial, en el cual “nuestras ideas sobre los ‘primitivos’ se han hecho menos primitivas y nuestra seguridad sobre la ‘civilización’ menos segura”, donde ya no quedan sitios en los cuales “no se oigan las interferencias del contexto”, en ese mundo “no hay nada que fotografiar. Lo mismo podemos decir de los prefacios y apéndices. Marginalizan lo que es central. Lo que se necesita (...) son anécdotas, relatos, parábolas: *mininarraciones en las que el narrador esté incluido*” (1996: 71-72; las cursivas son mías).

Se suceden, entonces, las anécdotas: junto a su mujer en el marco de una inminente guerra civil en el sudoeste de Bali en 1957; buscando un lugar apropiado para realizar trabajo de campo en Marruecos en 1964; participando en unas

³¹ La idea de entender la etnografía no como “una interpretación coherente del otro [modo textual]” sino “como una mezcla de múltiples realidades negociadas escritas en textos etnográficos de autoridad dispersa [modo dialógico]” (Marcus y Cushman, 1991: 190) establece –pese a buscar lo opuesto– una nueva asimetría: entre el etnógrafo que escribe y el nativo que habla. Como sostuvo Tyler (1991) “el diálogo es la fuente del texto (...) las palabras siguen siendo sólo instrumentos de la voluntad del etnógrafo”.

conferencias en Marrakech durante la gestión Reagan en 1985; como asesor técnico de la Fundación Ford en Sumatra en 1971.

¿Qué nos muestran estas anécdotas de un antropólogo norteamericano en el mundo poscolonial? “Hay muchas ventajas en ser ciudadano de una superpotencia en lugares menos influyentes, pero no hay dudas de que la invisibilidad cultural no está entre ellas” (1996: 93) “Sputniks, bases extranjeras, aventuras diplomáticas, conferencias internacionales, misiones de ayuda e intercambios culturales no son eventos externos a lo que los antropólogos nos encontramos delante de nosotros (...) Los asuntos mundiales te siguen y *los contextos herméticos estallan*” (1996: 99; las cursivas son mías).

En el modo de situarse, en la manera de *presentación del self* que está presente en estos relatos, hallamos la otra gran diferencia de Geertz con los antropólogos posmodernos. Por un lado, es consciente de las asimetrías y desigualdades constitutivas de la práctica etnográfica, pero eso no lo lleva a la posición de denuncia constante³² que, en casos extremos, imposibilita la comprensión del otro. Por otro lado, es justamente ese “nerviosismo” presente en la antropología posmoderna que se traduce en un modo de autoría específica: *el enfoque “yo-testifical”* de construcción de descripciones culturales (Geertz, 1989), giro introspectivo cuyo antecesor ilustre es Malinowski.

Esquemáticamente, se supone que una descripción convincente debe tener un “yo” convincente y, de este modo, la etnografía aparece como “la comprensión del yo pasando por el desvío de la comprensión del otro” (Rabinow, 1992: 19). Surgen así, “textos antropológicos altamente ‘auto-saturados’, e incluso supersaturados” donde el “yo” que se construye en el texto traduce malestar. “La imaginaria que aquí está en juego no es la de una esperanza científica que compense la debilidad interior, a lo Malinowski (...) es una imaginaria del extrañamiento, la hipocresía, la dominación y la desilusión” (Geertz, 1989: 106-107).

³² En Rabinow se trata de “violencia simbólica” (dimensión inherente a la práctica de campo), en Crapanzano de la relación “Eros-Tanatos” (las ansias de conocer del etnógrafo conducen a la reducción del otro), en Dwyer de la “Dominación” (Geertz, 1989: 107-108). No es que Geertz sostenga que se deban soslayar tales dimensiones ya que, como mostramos, están presentes en sus textos. Para Geertz es quizás improductivo construir la autoría desde esa posición de denuncia sistemática que pone en el centro a la reflexividad y al antropólogo y marginaliza la comprensión de los otros.

En Geertz, por el contrario, no encontramos ni modo dialógico ni “yo-testifical”. Pese a que es probable que *Tras los hechos* sea el libro más “autor-saturado” de los que ha escrito Geertz, el “yo” que construye no tiene ni el tono “intimista” ni la finalidad de la “confesión” y la “sinceridad”. Por el contrario, se trata de un “yo-comprendivo” que se debate constantemente por comprender desde Marruecos e Indonesia, pasando por la antropología y el papel de un antropólogo norteamericano en el mundo poscolonial, hasta su propia trayectoria. Y para comprender, seguro de que no se trata de un avance hacia la verdad o el ser o el mundo, se mueve en “un incesante hacer y deshacer de hechos e ideas” (Geertz, 1996: 120).³³

Antropología

Los tópicos abordados hasta aquí sólo han podido constituirse en problemas en tanto y en cuanto se fue consolidando una *antropología interpretativa* para la cual “el análisis de la cultura ha de ser (...) no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones” (Geertz, 1997: 20), ya que “la refiguración de la teoría social representa (...) una transformación en nuestra noción no tanto de lo que es el conocimiento, sino de lo que queremos saber” (Geertz, 1994: 34).

En este sentido *Tras los hechos* evoca, en un movimiento dialéctico, las transformaciones del mundo, de la disciplina, del propio Geertz (y de la disciplina en el mundo, de Geertz en la disciplina, etc). Nuevamente, el hilo narrativo lo constituye la trayectoria profesional del propio Geertz en los distintos lugares donde realizó trabajo de campo, a través de diversas instituciones académicas –Harvard en los años cincuenta, Chicago en los sesenta, Princeton en los setenta- y ocupando con

³³ Fundamentalmente cuando trata temas “etnográficos” como la cuestión del poder en Marruecos e Indonesia, las transformaciones de esos pueblos a lo largo del tiempo, etc., se ve claramente el *círculo hermenéutico*, es decir, “un continuo equilibrio dialéctico entre lo más local del detalle local y lo más global de la estructura global” (Geertz, 1994: 89), propuesta de Geertz para interpretar en lugar de suponer capacidades fuera de lo común en los etnógrafos a la hora de captar “el punto de vista del nativo”. En definitiva, nunca se trató de penetrar otra cultura sino “de ponerse en su camino y que ella te envuelva” (1996: 53). Su planteo busca, de este modo, superar las posiciones dicotómicas: descripción interna vs. externa, en primera persona vs. en tercera persona, análisis emic vs. análisis etic, entre otras. Para esto propone la existencia de conceptos de “experiencia próxima” y conceptos de “experiencia distante” donde la tarea consiste en “comprender conceptos que, para otros pueblos, son de experiencia próxima, y hacerlo de un modo lo suficientemente bueno como para colocarlos en conexión significativa con aquellos conceptos de experiencia distante con que los teóricos acostumbran a captar los rasgos generales de la vida social” (Geertz, 1994: 76).

el correr de los años distintas posiciones (en un sentido siempre ascendente) en el campo intelectual.

Sin embargo quisiera, para finalizar, centrarme específicamente en el modo como Geertz *piensa la antropología*, más allá de las perspectivas teóricas y epistemológicas. Decíamos que una “disciplina” es uno de los mecanismos internos del discurso –junto con el autor y el comentario- que controla su producción, “le fija sus límites por el juego de una identidad que tiene la forma de una reactualización permanente de las reglas” (Foucault, 1992: 31). Ahora bien, para Geertz la idea de una disciplina no encaja demasiado bien en el caso de la antropología. “Tanto ante sí misma como ante los otros, la antropología siempre *ha ofrecido una imagen borrosa de sí misma*; es amplia, general y de grandes aspiraciones (‘el estudio del hombre’), y al mismo tiempo particular, miscelánea y obsesionada con cosas raras (...) no llega a definirse ni por el método ni por el objeto de estudio (...) El patrimonio teórico, no demasiado abultado, ha sido tomado prestado de otros –Marx, Freud, Saussure o Darwin” (1996: 101).

Si es a la vez demasiado amplia y extremadamente particularista, si no es posible definirla ni por el método ni por el objeto, si carece de un patrimonio teórico propio y rico, entonces *¿qué define y distingue a esta “disciplina indisciplinada”* (1996: 102)? Su respuesta es simple y conflictiva a la vez: *la dimensión práctica*. “En antropología (...) lo que hacen los que la practican es etnografía” (1997: 20) y esta “se asemeja más a algo que uno aprende mientras año tras año continúa intentando adivinar qué es y cómo se practica, que a algo que se inculca a uno por medio de algún ‘método sistemático de obtener obediencia’ o de una ‘preparación [formalizada] mediante la instrucción y el control’”. Y es debido a esto que “merecemos esa imagen difuminada que tenemos: hay verdaderamente una falta de perfil firme y objetivos definidos de lo que hacemos” (1996: 102).

De hecho, para Geertz los cambios en las perspectivas antropológicas recientes no son sólo cambios conceptuales -aunque sin dudas estos jugaron un papel más importante del que Geertz les atribuye- sino que “son *cambios en el modo de practicar la antropología*, motivados por alteraciones en las circunstancias concretas bajo las cuales se conduce la investigación”. Es decir, no sólo se transformaron las ideas sino que “el mundo tampoco es lo que era” (1996: 132-133; las cursivas son mías).

¿A qué se debe esta imagen difusa de la antropología? Podemos, de hecho, mirar dos procesos que se refuerzan mutuamente para entender la posición de Geertz. Por un lado, la presunción de James Clifford de que la etnografía se ha convertido en el centro de “un fenómeno interdisciplinario emergente” de estudios culturales críticos y descriptivos (Rosaldo, 1991: 46). Por otro lado, la constatación de Geertz de que en los últimos años “ha habido una enorme *mezcla de géneros* en la vida intelectual, y que esa amalgama de géneros continua produciéndose” por lo que, “en lugar de hallarnos frente a una matriz de especies naturales, de tipos fijos divididos por diferencias cualitativas claras, nos vemos rodeados por un campo enorme y casi continuo de obras diversamente pensadas y variadamente construidas” (Geertz, 1994: 31-33).

A la inestabilidad del campo intelectual actual, al proceso de desgaste de las fronteras disciplinares, debemos sumarle, en el caso de la antropología norteamericana, un proceso paradójico señalado por Peirano, que refuerza la dispersión. Mientras los antropólogos cuestionan el exotismo -y la tajante separación entre Nosotros / Otros que el mismo supone- que guió la práctica disciplinar durante el período clásico, éste sigue siendo el principio estructurante para clasificar a un trabajo de antropológico. De este modo “hoy, al pretender negar esa asociación [con el exotismo], los estudios de inspiración antropológica dejan de ser ‘antropología’” (1997: 86).³⁴

Esta situación “a la vez fluida, plural, dispersa e inevitablemente caótica” es, según Geertz, positiva: “las personas que se califican de científicos sociales (...), liberadas de la tarea de convertirse en individuos taxonómicamente honorables, tarea que por otra parte nadie lleva a cabo (¿?), han logrado la libertad necesaria para desarrollar su trabajo en función de sus necesidades, y no de acuerdo con las ideas heredadas sobre lo que deben o no deben hacer [léase disciplina]” (1994: 33). Y es esta percepción la que lo lleva a presentar a la antropología como “una vaga colección de carreras intelectuales” (Peirano, 1997: 78), la antropología como “una licencia para la caza intelectual furtiva” (Geertz, 1994: 33).

³⁴ “La visita a las librerías [norteamericanas] confirma que la disciplina permanece tan asociada al exotismo (a despecho de los antropólogos) que hasta el mismo mercado intelectual no consigue llegar a la perspectiva moderna lévi-straussiana. El camino parece seguir los siguientes pasos: (...) al volverse a mirar hacia el ‘nosotros’ (...) en ese momento el estudio deja de ser antropología y se transforma en cultural studies, feminist studies, area studies” (Peirano, 1997: 86).

Hay, pese a todo, algo problemático y contradictorio en los modos de presentar la antropología y de situarse en la misma. Mientras por un lado presenta la imagen de una cuasi disciplina (disciplina indisciplinada) no definida ni por su objeto, ni por su método, ni por su bagaje teórico, demasiado general y particular a la vez, difusa e inestable, por otro, de manera simultánea, explicita su proyecto: “redefinir total y completamente la empresa etnográfica (...) hacer de la antropología una disciplina hermenéutica” (1996: 117).

Mientras por un lado sostiene la existencia de una situación fluida y caótica, donde uno tiene la libertad necesaria para desarrollar su trabajo en función de sus necesidades y no de acuerdo con las ideas heredadas, por otro, para llevar a cabo su proyecto de una antropología interpretativa, se sitúa discursivamente en el canon disciplinar –al cual no nombra pero, de hecho, existe-, marcando continuidades y rupturas con los “formadores de discursividad” clásicos y reclamando dicha herencia para sí.

En estas oscilaciones lo que se manifiesta es, en definitiva, la tensión que existe entre dos modos de auto presentación que Geertz expone alternativamente: por un lado, la imagen de un sujeto libre que se mueve a través de ideas, territorios e instituciones diversas (en definitiva, el autor como la fuente de sentido y coherencia de una obra); por otro lado, su negación, el desplazamiento del autor del centro: “en los relatos que hacemos traficamos con los relatos de nuestros informantes, de nuestros colegas, de nuestros predecesores, con los nuestros propios; son constructos. Relatos de relatos, visiones de visiones” (1996: 69). Tensión que el mismo Geertz identifica como “la experiencia indivisible de, por un lado, intentar encontrar mi lugar en todo tipo de lugares y, por otro, los propios lugares presionando sobre mí”, experiencia que “parece haber producido todo lo que ha aparecido bajo mi firma profesional. Más aún, ha producido la propia firma” (1996: 136).

En definitiva, es justamente recurriendo a las “reglas disciplinares” incorporadas con la finalidad de transformarlas que Geertz se sitúa en la disciplina y ésta adquiere continuidad al mismo tiempo que se transforma.

BIBLIOGRAFÍA

- CHARTIER, R (1996), *Escribir las prácticas. Foucault, De Certau, Marin*. Buenos Aires, Manantial.
- CLIFFORD, J. (1991), *Sobre la autoridad etnográfica*, en Reynoso, Carlos (comp.). *El surgimiento de la antropología posmoderna*. México, Gedisa, 1991.
- CLIFFORD, J. (1992), *Verdades parciales*, en Clifford y Marcus (comp.), *Retóricas de la antropología*. Barcelona, Júcar.
- DE CERTEAU, M. (1998), *La risa de Michel Foucault*, en De Certeau, Michel, *Historia y Psicoanálisis*. México, Universidad Iberoamericana.
- FOUCAULT, M. (1969), *¿Qué es un autor?* México, Colección textos mínimos, Universidad Autónoma de Tlaxcala.
- FOUCAULT, M. (1992), *El orden del discurso*. Buenos Aires, Tusquest.
- FOUCAULT, M. (1997), *La arqueología del saber*. México, Siglo XXI.
- GEERTZ, C. (1989), *El antropólogo como autor*. Barcelona, Paidós, 1989.
- GEERTZ, C. (1994), *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*. Barcelona, Paidós.
- GEERTZ, C. (1996), *Tras los hechos. Dos países, cuatro décadas y un antropólogo*. Barcelona, Paidós.
- GEERTZ, C. (1997), *La interpretación de las culturas*. Barcelona, Gedisa.
- MALINOWSKI, B. (1986), *Los argonautas del Pacífico occidental*. Barcelona, Planeta-Agostini.
- MARCUS, G. y CUSHMAN, D. (1991), *Las etnografías como textos*, en Reynoso, Carlos (comp.), *El surgimiento de la antropología posmoderna*. México, Gedisa.
- PEIRANO, M. (1997), *Onde está a antropología?*, en: *Mana. Estudos de Antropología Social* (3) 2.
- RABINOW, P. (1992), *Reflexiones sobre un trabajo de campo en Marruecos*. Barcelona, Júcar Universidad.
- ROSALDO, R. (1991), *Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social*. México, Grijalbo.
- TYLER, S. (1991), *Etnografía posmoderna: desde el documento de lo oculto al oculto documento*, en Reynoso, Carlos (comp.), *El surgimiento de la antropología posmoderna*. México, Gedisa.

Capítulo V

Comunicación, cultura, estudios culturales... La (in)definición del objeto de estudio de la comunicación y de su estatuto (in/inter/multi/trans/post) disciplinario³⁵

Nicolás Sarale

Universidad Nacional de Cuyo (Argentina)

Venimos de un obstinado fracaso: definir la comunicación.

En consecuencia, siempre resulta problemático establecer el campo específico en donde se incluyan los hechos que nos proponemos analizar.

Por supuesto que existen definiciones.

Pero normalmente deben acudir a generalidades tan vastas que abarcan el universo de lo posible: todo es comunicación.

Héctor Schmucler

Nos proponemos en este trabajo exponer el debate relativo a ciertas indefiniciones epistemológicas características del campo de la comunicación, en cuanto al objeto científico y el estatuto disciplinar, el cual se resuelve la más de las veces mediante la recurrencia a la naturalizada respuesta de su condición de transdisciplina, cuestión que es vista además por muchos como hecho positivo.

No decimos nada nuevo al enunciar que el campo académico de la comunicación se caracteriza por su indeterminación y su complejidad en cuanto a la definición de su objeto teórico propio y a su constitución disciplinaria. Estas dificultades para algunos tienen que ver, tanto con lo polisémico del término comunicación, como por su triple dimensión en tanto “proceso, disciplina y profesión”. Respecto a lo primero, el brasileño Luiz C. Martino (2001) advierte que “el primer desafío que enfrenta quien se aventura por el campo de la comunicación es el problema de su definición. Este se caracteriza por su polisemia. Es decir, la comunicación se dice de las cosas, del

³⁵ Publicado en Question N° 29 - 2008

pensamiento de las cosas y de lo que no son cosas ni pensamientos. Es evidente que tal extensión y diversidad no pueden caracterizar el campo de estudio de una sola disciplina. La carga semántica del término, tal como se encuentra en uso por el sentido común y en otras áreas del conocimiento, incluye un número demasiado grande de acepciones lo que prácticamente hace inviable cualquier tipo de estudio que se sirva del término comunicación sin antes proceder a un análisis crítico”.

En cuanto a lo segundo, Guillermo Orozco Gómez (1994) habla de una triple dimensión de la comunicación entendida como “*proceso* humano fundamental, como *disciplina* de conocimiento y disciplina –en– práctica o *profesión*”. O sea, primero, la comunicación refiere a diversos aspectos de la realidad: es un fenómeno que nos constituye como humanos, una práctica que nos diferencia como tales de otras especies, y a la vez es constitutivo de lo social, ya que sin ella no existiría la sociedad, por lo tanto, no puede reducirse sólo a ciertos aspectos como lo son las tecnologías para o de comunicación. Segundo, ese fenómeno es aprehensible y teorizable, lo que lo convierte en un objeto de estudio, de reflexión, de análisis, y deviene por tanto en una disciplina o práctica para su investigación. Y tercero, es una práctica profesional para quienes se dedican en ciertos ámbitos, como los medios de comunicación, a producir mensajes con el fin de informar, entretener, opinar, generar debates, difundir, publicitar, poner temas en agenda considerados socialmente relevantes; o para quienes elaboran estrategias dentro de empresas o instituciones con el fin de difundir lo que allí se realiza, mejorar las relaciones entre aquellos que trabajan en ellas, etc.

Esta indefinición ha llevado a nombrar de diversos modos, en diversas etapas y contextos histórico-sociales, a los estudios de la comunicación y a sus carreras profesionales. De este modo, los distintos espacios institucionales de enseñanza e investigación fueron bautizados, de acuerdo a las concepciones político-epistemológicas de cada tiempo y lugar y una vez superada la etapa de formación periodística, de distintas maneras: como Ciencias de la Información, atadas al intento de formalización tecnocrática con que llega hasta nosotros el desarrollo de la cibernética; como Comunicación Social, recipiendaria de los impactos acumulados de la sociología de la dependencia, de las nociones críticas sobre la industria cultural, de la brusca inclusión de los sectores populares como actores posibles del drama comunicacional y de los primeros contactos fecundos con el instrumental semiológico

para el análisis de este drama; y como Ciencias de la Comunicación, tendencialmente vinculada a esa nueva apertura problemática que sucede al agotamiento de los grandes paradigmas omnicomprendivos y que despliega la diversidad de sus objetos posibles como dato irremisible de su propia constitución provisional, al tiempo que regresa a las prácticas específicas a buscar nuevas claridades (Caletti, 1991).

Estas características hacen al debate acerca del estatuto científico de la comunicación, esto es determinar cuál es el objeto del que se ocuparían las llamadas “ciencias de la comunicación” o los “comunicólogos”, y si existe la posibilidad de que la comunicación constituya un saber específico o se trata sólo de un campo atravesado por saberes diversos. Raúl Fuentes Navarro (1999) sostiene que: “El estatuto disciplinario de los estudios sobre la comunicación es, quizá, el tema crucial de debate sobre el pasado, el presente y, sobre todo el futuro de nuestro campo académico. En él confluyen los múltiples y complejos factores históricos que determinan su institucionalización, tanto en el plano *cognoscitivo* (saberes teórico-metodológicos) como en el *social* (haceres institucionalizados)”.

El problema del objeto

Roberto Follari (2003) ha explicado las determinantes históricas que diferencian a la comunicación de otras disciplinas, cuyos objetos están claramente delimitados. Dice que, a diferencia de disciplinas como la sociología, “prioritariamente académica y se constituyó, al igual que la física, desde la investigación teórica y empírica, y luego desde su enseñanza universitaria sistemática se convirtieron en profesiones”, la comunicación “ha surgido... desde lo profesional hacia lo académico y no a la inversa. [...] el recorte inicial del objeto se ha realizado desde lo profesional. Se ha tratado de ver qué es lo que debe hacer un comunicador, y luego de determinar cuáles son los saberes sistemáticos que vienen a cuento en relación a esos quehaceres. No se ha tratado del dibujo inicial de un ‘objeto teórico’ en el sentido diseñado por Bourdieu a partir de Bachelard; el recorte viene desde un ‘objeto de intervención’ –como se lo llama en Trabajo Social-, es decir, desde un espacio de acciones que se entiende como propias de una profesión”. Esto significa que, “el recorte realizado... no proviene de una distinción interna al campo científico, sino de una puesta de la ciencia al servicio

de una serie de quehaceres predeterminados” (Follari, 2007). Es decir, la comunicología aborda un “objeto empírico” propio pero lo hace desde los “objetos teóricos” propios de disciplinas diversas, por lo cual “no hay ‘autonomía’ de este campo disciplinar, pues su objeto no surge desde la peculiaridad de constitución de un nuevo campo teórico, sino desde la directa necesidad social de explicarse un espacio concreto de funcionamiento de ámbitos de lo real” (Follari, 2000).

Esto traería como consecuencia “problemas para privilegiar lo conceptual por sobre lo descriptivo de un objeto que aparece con todas las apariencias de lo natural y lo obvio, de lo no-mediado por la teoría. Pero además si este “objeto real” puede ser confrontado desde diferentes “objetos teóricos” no habría Comunicología, sino “ciencias de la comunicación”, ciencias existentes previamente que son aplicadas al objeto real “hechos de Comunicación” (Follari, 2003). Esto lleva entonces, al ser las diferentes disciplinas o más bien sus teorías inconmensurables entre sí, a una imposible univocidad epistémica, no obstante la cual, a su juicio, no impide un margen de comprensión –por parte del mismo sujeto– de los diferentes puntos de vista (Follari, 2007).

Follari se pregunta entonces, cuáles son los hechos a los que debe dedicarse la investigación en comunicación o cuál es el recorte de ese “objeto real”. Para él, cualquier recorte implica una operación arbitraria, pero advierte que su no-realización es todavía peor: hace creer que cualquier tema puede ser objeto de los estudios comunicológicos, lo cual resta a éstos la posibilidad de cualquier identidad precisable. En ese sentido, realiza una crítica a los “estudios culturales” a quienes acusa de habernos “acostumbrado a esta indeterminación, llevando a la confusión entre antropología urbana y comunicación, y a sostener la identidad pura y simple entre la comunicación y la cultura.” Y afirma que “la creencia de que la existencia de discursos de ciencias diversas en lo comunicológico se convierte en posibilidad por parte de estos últimos de estudiar cualquier objeto real muestra un serio problema de concepción, y lleva a los alumnos a ser formados como todólogos, es decir, especialistas en nada. [...] La idea de que todo significa, y que ello llevaría a considerar a todo objeto como objeto de los estudios en Comunicación, colabora a la indeterminación y la confusión en académicos y estudiantes, y al consiguiente desprestigio del campo ante otras de las disciplinas sociales” (Follari, 2007).

Si bien compartimos en parte este análisis, creemos que habría que diferenciar lo referente a la configuración e institucionalización de las carreras que se reconocen bajo alguno de los rótulos de “comunicación”, que tuvieron como fin la formación profesional para un “saber hacer”; de lo que fue la constitución de un campo, o subcampo, dedicado al estudio de la misma.³⁶ No debemos olvidar que muchas teorías que abordan la comunicación nacieron con el objeto de estudiarla en relación con lo masivo y los efectos que los medios producían. Desde los años 20 las teorías conductistas, funcionalistas y las teorías críticas formaron parte de “el relato de diversas respuestas a una pregunta incesante: qué hace la ‘comunicación masiva’ en *el mundo y con el mundo*” (Schmucler, 1997: 115). El objeto se recortaba en “los medios y sus impactos en lo masivo” y era abordado desde distintas disciplinas: psicología, sociología, filosofía, luego se incorporaron la semiótica, la antropología, la economía y otras. En los 60 aparecerán los estudios culturales británicos, también no académicos, y los estudios de la comunicación cara a cara de Palo Alto, entre muchas. Tampoco podemos obviar, que gran parte de esos estudios surgieron mucho antes que las carreras de comunicación, incluso antes que las carreras de periodismo en América Latina. En el caso particular de nuestro continente las primeras investigaciones, o más bien los primeros ensayos teóricos acerca de la comunicación, desde una perspectiva propia fueron elaborados desde el cuestionamiento a la verticalidad de los discursos por parte de los medios masivos, a los que se acusaba de ser instrumentos de imperialismo cultural, todo esto en el marco de crítica a las teorías desarrollistas y a la estructura de la dependencia económica.

Por lo tanto, si bien primero se crearon las carreras de comunicación, los estudios de comunicación recién se institucionalizaron universitariamente en los años 80. Hasta ese momento la mayoría de la producción se realizaba por fuera de esos

³⁶ Para que se entienda la diferencia, vamos a decir cómo caracterizamos al campo académico de la comunicación. Siguiendo los aportes de Maria Inmacolata Vassallo de Lopes, por campo académico de la comunicación entendemos a un “conjunto de instituciones de educación superior destinadas al estudio y a la enseñanza de la comunicación, donde se produce la teoría, la investigación y la formación universitaria de los profesionales de la comunicación. Eso implica que en ese campo se pueden identificar varios subcampos: el científico, implicado en prácticas de producción de conocimiento: la investigación académica tiene la finalidad de producir conocimiento teórico y aplicado por medio de la construcción de objetos, metodologías y teorías; el educativo, que se define por prácticas de reproducción de ese conocimiento, es decir mediante la enseñanza universitaria de materias relacionadas con la comunicación; y el profesional, caracterizado por prácticas de aplicación del conocimiento y que promueve vínculos variados con el mercado de trabajo”. VASALLO de LOPES, M.I. (1999): “La investigación de la comunicación: cuestiones

ámbitos y estaba más vinculada a las dinámicas políticas, relacionadas con los procesos de liberación nacional de los años 60 y 70, que con actividades científico-académicas. Recordemos como ejemplo las experiencias de Mattelart durante el gobierno popular de Salvador Allende en Chile, primero con la publicación de *Para leer al Pato Donald* junto a Ariel Dorfman, luego junto a Schmucler con la revista *Comunicación y Cultura*; también de las prácticas de educación y comunicación popular de Paulo Freire en las CEB (Comunidades Eclesiales de Base) en Brasil, o las propuestas de “políticas nacionales de comunicación” impulsadas por Luis Ramiro Beltrán. En los '80 se produce un doble desplazamiento en los estudios de la comunicación, además de que estos ingresan a las academias: las fronteras se desplazan y difuminan en el ámbito de la cultura, y el desvanecimiento del componente fuertemente político que los había caracterizado; el énfasis se pone en las preocupaciones metodológicas particularmente en lo referente a los estudios de recepción.

Comunicación y cultura, el desplazamiento de las fronteras y la disolución de lo político

Creemos interesante recuperar, o más bien retomar, las reflexiones de Héctor Schmucler a fin de historizar de alguna manera los sentidos que se le ha asignado al término comunicación, fundamentalmente instrumental y su propuesta para intentar definirla y estudiarla desde su dimensión ética y en relación con la cultura. Schmucler en su propuesta para un proyecto de comunicación/cultura decía allá por el año 1984 que: “El concepto comunicación... carga la culpa del racionalismo que intenta formular leyes únicas para explicar el funcionamiento de fenómenos plurales. La versión cibernética de retroalimentación está en el centro de esta corriente explicativa que totaliza su visión en la teoría de sistemas. Todo se comunica, quiere decir, estrictamente, que todo se autorregula, que todo tiende a un fin. [...] El estudio de la comunicación se convierte, con frecuencia, en el aprendizaje del uso de instrumentos o en la evaluación de las consecuencias del uso de determinadas tecnologías. Dicha razón tecnocrática encuentra su negación en la versión ontológica-moral de la comunicación, consagrada desde sus orígenes: comunicar es comulgar.

Más allá de su connotación religiosa, la acción comunicativa es un hecho ético, es decir político, no instrumental” (1997; 145-151).

Para él, debíamos reiniciar el camino de los estudios de la comunicación a partir de asumir los problemas de la eticidad. Luego de revisar críticamente lo realizado desde 1973 con la revista *Comunicación y Cultura*, y reconocer “un obstinado fracaso” para definir la comunicación, va a proponer abandonar la concepción comunicacional desde los instrumentos ampliándola hacia la cultura. Su planteo consistía en abandonar la cópula y (de *comunicación y cultura*) reemplazándola por la barra (*comunicación/cultura*). Según él “la cópula al imponer la relación, afirma la lejanía”, en cambio en el caso de la barra, “genera una fusión tensa entre elementos distintos de un mismo campo semántico”, y con ella “se acepta la distinción, pero anuncia la imposibilidad de un tratamiento por separado”. Esta relación comunicación/cultura es considerada para él un “salto teórico” que lleva implícito “el peligro de desplazar fronteras.” Sin embargo, continúa diciendo que “de eso se trata: de establecer nuevos límites, de definir nuevos espacios de contacto nuevas síntesis. En vez de insistir en una especialización reductora se propone una complejidad que enriquezca. Nada tiene que ver esto con la interdisciplinariedad que, aún con las mejores intenciones, sólo consagra saberes puntuales. Se pretende lo contrario: hacer estallar los frágiles contornos de las disciplinas para que las jerarquías se disuelvan”. De este modo, la comunicación “debe dejar de ser un objeto constituido, para ser un objetivo a lograr. Desde la cultura... la comunicación tendrá sentido en la vida cotidiana”.

Pero, desde aquel “obstinado fracaso para definir la comunicación”, en lugar de su rescate desde la eticidad, como “hecho político”, y la necesidad de considerarla como parte y en tensión con la cultura, en 1996 el investigador argentino se encontraba frente a la “sensación de que un desanimado viento de obviedad y resignado conformismo” recorría el continente” (Schmucler, 1997; 153). Se refería al abandono de lo político, que había caracterizado a la investigación latinoamericana, y de la criticidad, la celebración por el mercado y la posmodernidad, la hegemonía de los estudios de recepción que pregonaban el “poder y la soberanía del consumidor” frente a los mensajes de los medios masivos, capaz de elaborar estrategias para entrar y salir de la (pos)modernidad. Reinaban los estudios culturales. Schmucler, recuerda que en el pasado, las investigaciones latinoamericanas en comunicación tenían un

“sesgo particular” y en ellas “se entrecruzaban el logos y el drama” (Schmucler, 1997; 154), no eran meras disquisiciones puramente teóricas, eran debates puestos en acción. “Un núcleo crítico –expresa- aprendió muy temprano que comunicación y cultura nombraban cosas semejantes. Este comprender la comunicación en el espacio de la cultura no relativizaba las fronteras: se apostaba por *otra* cultura que negaba aquella a la que se ponía en cuestión”. Es decir, habla de entender la comunicación como parte de una cultura negadora y superadora de “esta civilización que creía avanzar hacia algo y que parece lanzada a la destrucción, a la nada. Una civilización (no *la* civilización) mercantil, productivista, tecnocrática... que tiene horror al vacío que nos amenaza y que lo niega con hipótesis tranquilizantes. Civilización del optimismo resignado: ante lo inevitable no tiene sentido la resistencia porque esto inevitable es lo único posible, es la realización legítima de leyes inexorables. Aceptar y, en todo caso, adaptar. El posibilismo como filosofía de la sensatez” (Schmucler, 1997; 148).

Hace apenas un par de años, retomando el tema, Schmucler ha expresado al respecto que, la voluntad de construir (o descubrir) desde múltiples espacios teóricos una ‘ciencia’ cuyo rigor legitimara la aceptabilidad académica de los estudios de comunicación parece abandonada. “El reiterado conflicto entre el concepto de comunicación y el de ‘manejo de la información’ –al que se refería anteriormente- ha quedado opacado. Predomina la preocupación por los variados usos de la expansión técnica y los multiplicados rostros que adquiere la búsqueda de desarrollo de las ‘industrias culturales’. Sin rubor, porque ha dejado de ofrecer resistencias, el vaporoso concepto de *cultura* ha ido reduciéndose y hoy conforma una región más de la producción industrial. (...) La comunicación, identificada con la industria de la cultura, ha ido ganando legítima centralidad por la riqueza material que promueve, en el mismo momento que parece renunciar al orgulloso destino de constituir una ciencia... como objeto de saber, parece resignada a un lugar subalterno para que otras disciplinas la utilicen como campo de experiencia... Pero esta apreciación puede evocar una modestia engañosa: tal vez la comunicación haya encontrado su lugar más adecuado, una verdadera posición imperial” (Schmucler, 2006; 87-94).

En párrafos más abajo concluye su análisis de situación de los estudios de comunicación reafirmando el panorama de optimismo resignado: “Nada caracteriza mejor a este ‘largo presente’ que la resignada adaptación a lo dado, aunque haya

persistido la lucidez de algunos espíritus críticos para quienes no se trata de eludir el conocimiento de la realidad sino que, justamente, se trata de tomar a esa realidad como objeto de la crítica. Mientras muchos investigadores y académicos descubrían la seductora idea de mercado como nuevo espacio para la comprensión del mundo, otros insistieron en imaginar un vivir sin otras ataduras que los principios de su conciencia. La verdad del mercado... liberó a algunos del fastidioso ejercicio de “denunciar” lo instituido. De ahí en más la globalización, forma actual de la expansión mundial del capitalismo, naturalizó su presencia. Nada exigía el cuestionamiento de su opaco dominio; se trataba de encontrar la mejor forma de incluirse en ella. Los pasos siguientes no fueron difíciles: descubrir el consumo como espacio de ciudadanía, optar por la armonía tranquilizante de la hibridez en lugar de la incomodidad del enfrentamiento, afirmar la soberanía del receptor en reemplazo de la lucha por la hegemonía... La suavidad de las mediaciones reemplazó a la molesta presencia de opuestas concepciones del mundo (...) El presente comenzó a definirse por lo que ya no era: postmoderno, posthistórico, posthumano, postpolítico” (Schmucler, 2006; 87-94).

La transdisciplina como idea dominante en el campo de estudios de la comunicación

Volviendo al tema del estatuto disciplinar de la comunicación, llama la atención el consenso general que tiene dentro de este campo de estudios la idea de transdisciplinariedad y la escasa o nula problematización acerca de esta cuestión. Tal como lo afirmaba Sergio Caletti (1991) a principios de la década pasada “La postulación de un campo transdisciplinario en contraposición a la definición convencional de disciplina es actualmente una plataforma de discusión que cuenta con un creciente consenso en la comunidad académica de la comunicación”. Para él esta estrategia “de señalar un carácter «trans» antes que «multi» y que, por supuesto, «inter’», se confunde en ocasiones con una moda lingüística más. No obstante afirma que “lo que está en juego es ni más ni menos que la insinuación de la necesidad de construir otro patrón definicional de los problemas del conocimiento”.

Por su parte la venezolana Migadalia Pineda de Alcázar (2004) asegura que “los objetos de estudio de la comunicación se han construido desde miradas múltiples pero en sus primeras aproximaciones se mantuvieron parcelas y es en los últimos años, especialmente desde lo ochenta en adelante, que se busca integrar en una visión más interdisciplinaria con un sentido de mayor totalidad, para poder avanzar en la construcción de un pensamiento comunicacional transdisciplinario todavía no consolidado”.

Con relación a comunicación y estudios culturales Jesús Martín Barbero (1991), “intelectual faro” para la academia latinoamericana, sostiene que: “Transdisciplinariedad en los estudios de comunicación no significa... la disolución de sus objetos en los de las disciplinas sociales sino la construcción de las articulaciones –mediaciones e intertextualidades– que hacen su especificidad. Esa que hoy ni la teoría de la información ni la semiótica, aun siendo disciplinas “fundantes”, pueden pretender ya. Como lo demuestran las puntas de investigación de estos últimos años en Europa y los Estados Unidos..., y que como en América Latina, presentan una convergencia cada día mayor con los avances de los estudios culturales, que hacen posible la superación de la razón dualista que impedía pensar las relaciones y conflictos entre industrias culturales y culturas populares por fuera de los idealismos hipostasiadores de la diferencia como exterioridad o resistencia en sí. (...) La expansión e interpenetración de los estudios culturales y de la comunicación no es fortuita ni ocasional. Ello responde al lugar estratégico que la comunicación ocupa tanto en los procesos de reconversión cultural que requiere la nueva etapa de modernización de nuestros países, como en la crisis que la modernidad sufre en los países centrales. No es posible comprender el escenario actual de los estudios de comunicación, y aun menos trabajar en su prospectiva, sin pensar esa encrucijada”.

El mexicano Fuentes Navarro (2002), por otro lado, ha argumentado: “Que el estudio de la comunicación en la sociedad tiene un origen *multidisciplinario*, es parte constitutiva, incuestionable, de cualquier acercamiento académico a este campo tan extensamente cultivado a partir de la segunda mitad del siglo XX, pero en el que la reflexión sobre las implicaciones –teóricas y prácticas- de esta condición parecen haber estado siempre, si acaso, en un segundo plano de importancia. La prioridad, a veces conscientemente pero en la mayor parte de las veces inconscientemente, ha estado puesta por los agentes académicos en el desarrollo de algunas de varias

concepciones *instrumentales* de la comunicación, paradójicamente asociadas a una tendencia común hacia la *disciplinización* de los estudios, es decir, a la construcción y ejercicio de sistemas de representaciones –teóricas y prácticas– de la comunicación, principalmente para la formación de los especialistas del campo, como una ‘realidad’ aislable de los factores socioculturales en función de los cuales se instrumentaliza”.

Este autor analiza que, si bien los estudios de comunicación nacieron a partir del abordaje de distintas y múltiples disciplinas, los principales referentes de los *mass communication research* o la comunicación difusionista, como Schramm, en su afán de institucionalizar sus estudios, tendieron a disciplinarizarla o disciplinarla limitando sus fronteras a una concepción instrumental ligada a la transmisión o difusión, esto es reducida a lo mediático y lo masivo. Luego a partir de las críticas que se generaron contra aquellas teorías y con el surgimiento de la perspectiva culturalista, de considerar la comunicación dentro de las prácticas culturales, se produce según la perspectiva barberiana un “estallido de las fronteras” y “la configuración de objetos móviles, nómadas, de contornos difusos, imposibles de encerrar en las mallas de un saber positivo y rígidamente parcelado” (Martin-Barbero, 2001). A partir de esto propone, apoyado en la crítica a la compartimentación de las ciencias y el planteo de superación de la actual estructura de la disciplina de la Comisión Gulbenkian para la Reestructuración de las Ciencias Sociales presidida por Immanuel Wallerstein, que existe un “marco *postdisciplinario* emergente” bajo el cual repensar la comunicación (Ibidem).

En el mismo sentido la brasileña María I. Vassallo de Lopes (2006) habla de un “movimiento hacia la superación de los límites entre especialidades cerradas y jerarquizadas y el establecimiento de un campo de discurso y prácticas sociales, cuya legitimidad académica y social dependa cada vez más de la profundidad, extensión, pertinencia y solidez de las explicaciones que produzca, y no del prestigio institucional acumulado” . También Florencia Saintout (2003) editó hace unos años un libro, con la participación de diversos autores de la Universidad de La Plata, bajo el título *Abrir la comunicación* en clara alusión a las posiciones de Wallerstein. Muchos otros autores se han manifestado contra la disciplinización del campo, como el caso del argentino Alejandro Grimson (2003) quien se expresa “contra una epistemología de la comunicación” y plantea que esta “tiene menos que ver con lo que han sido las disciplinas que con lo que serán los campos de convergencia en el futuro”.

Las críticas

Como vimos más arriba hay una aceptación generalizada o está prácticamente naturalizada dentro del campo académico de la comunicación la idea de su estatuto transdisciplinario y son escasos o nulos los cuestionamientos hacia ella, al menos desde los autores consagrados. Roberto Follari es uno de los pocos que, desde la epistemología, critica a la nueva oleada inter, trans o post disciplinaria dentro de las ciencias sociales y particularmente desde los estudios culturales que en cierto modo han hegemonizado las investigaciones en comunicación en las últimas décadas.

En primer lugar, Follari (2002) cuestiona que no existe la discusión epistemológica necesaria para hablar con seriedad de la cuestión interdisciplinar y los planteos pasan, según él, por una “retórica ‘antidisciplinar’ que da por sentado que sería naturalmente positivo superar las disciplinas en lo que tendrían de cerrazón y aislamiento... El lenguaje sobre lo interdisciplinar linda con el juego retórico puro...”. El problema parece anidar en que la interdisciplina aparece recurrentemente como una propuesta de la derecha ideológica proempresarial y que bajo la generosa amplitud de esa noción, y de las cercanas y entremezcladas con ella (transdisciplina, multidisciplinaria, etcétera) se cobijan posturas y proyectos diferentes, los cuales generalmente no son discriminados entre sí, por ello (Follari; 2007).

También recuerda que, este debate que pretende hacerse pasar por novedoso no lo es, que se ignora su auge inicial en los años setentas, y que esta nueva oleada de moda interdisciplinaria se plantea en nombre de la transdisciplina. Es decir, no hay referencias a su historicidad. Hoy “se apela a ellas como si fueran intrínsecamente críticas y contrarias a lo establecido; ello, a pesar de la evidencia de que los programas de reconversión tecnocrática de la empresa científica para servicio del gran capital..., las proponen enfáticamente como parte decisiva de su decisión de eliminar el orden teórico específico, para subordinarlo a la aplicación eficientista. Cualquier uso diferente de lo interdisciplinario debe tematizar su diferencia con esta postulación, no ignorarla. La sola apelación a superar lo disciplinario carece de todo rasgo intrínseco que fuera necesariamente crítico o liberador (Follari, 2007).

Pero ¿a qué se hace referencia cuando se habla de interdisciplina o transdisciplina? Es interesante la aclaración, debido a que en la mayor parte de la bibliografía donde se reivindica la condición transdisciplinaria de la comunicación no hay explicitación

acerca de lo que ello significa, y las explicaciones sólo se limitan a decir que se trata de algo abordado por diversas disciplinas. Pero, además de esto, según asevera Follari (2001) en la mayor parte de la bibliografía utilizada actualmente se usan significados de los términos invertidos a los que fueron predominantes en los debates pasados. Por “interdisciplina suele entenderse la interacción de disciplinas diferentes (a través de sus categorías, leyes, métodos, etc.), en el sentido de que las modalidades de una de ellas sirven al objeto de la otra, y son incorporadas por esta última (por ejemplo la noción de estructura tomada por Levi-Strauss desde la lingüística). Y por transdisciplina, en cambio, el tipo de interrelación que une orgánicamente aspectos de diversas disciplinas en relación con un objeto nuevo, no abarcado por ninguna de ellas”. ¿Qué no es interdisciplinariedad? No es el hecho de que elementos de una disciplina sirvan como “ciencia auxiliar” de otra. Tampoco el acercamiento que se da entre dos disciplinas muy cercanas entre sí, cuyos límites formales no pueden ser absolutos (ej. físico-química, bio-física). Se trata en cambio de la interrelación orgánica de los conceptos de diversas disciplinas hasta el punto de constituir una especie de “nueva unidad” que subsume en un nivel superior las aportaciones de cada una de las disciplinas particulares. “Un grupo interdisciplinario está compuesto por personas que han recibido una formación de diversos dominios del conocimiento (disciplinar), que tienen diferentes conceptos, métodos, datos y términos, y que se organizan en un esfuerzo común alrededor de un problema común, y donde existe una intercomunicación continua entre los participantes de las diversas disciplinas (Follari, 1980).

Por otro lado, este autor enfatiza también la “desproblematización acerca de los protocolos que justifiquen la mezcla interdisciplinar se advierte también en el supuesto... referido a que [el propio y personal discurso de un autor] opere como interdisciplinar... distorsión monumental, por la cual un solo académico podría razonablemente producir efectos de superación sobre el aporte de las disciplinas...”. Aquí sus dardos van dirigidos particularmente contra los principales autores de los estudios culturales, como Néstor García Canclini, que reivindican sus producciones como interdisciplinares. Para él, lo interdisciplinar se relaciona con el trabajo colectivo, y por ello nadie es personalmente interdisciplinar ni escribe interdisciplinariamente, ya que esta actividad supone el trabajo en conjunto de especialistas de distintas disciplinas en las cuales fueron formados y por lo que la

conocen cabalmente. De otro modo, dice lo que tenemos, por ejemplo en el caso de los estudios culturales, son “larvadas hegemonías disciplinares, sosteniendo el discurso que supone ponerse por encima de tales hegemonías”. Esto supone entonces que la “transdisciplina” asume de hecho el privilegio de decir la supuesta verdad no sólo sobre un ámbito disciplinar, sino sobre otros de las ciencias sociales. Pero a la vez no permite asumir a estas últimas a fondo, porque en los hechos se está privilegiando... *un cierto punto de vista* sobre los otros posibles (Follari, 2001).

En este punto, podemos agregar que resulta peligrosa la similitud que estas posturas transdisciplinares de los estudios culturales tienen con la economía neoliberal, basada en los supuestos de la escuela neoclásica. Siguiendo los aportes de Rodolfo Ángel Vázquez (2005), podemos decir que, la posición como disciplina económica en el contexto de las ciencias sociales, promueve una nueva forma de concebir al conocimiento social en sí mismo. En lugar de legitimar la autonomía metodológica de la economía como saber o de conformar una macro teoría social nutrida por los aportes de todas las ciencias humanas, construye una razón económica totalizadora, que se impone al negar la posibilidad de existencia científica de discursos como la sociología, la politología, la psicología profunda; reduciendo el campo de otros a meros instrumentos de sí misma. Se constituye así en un nuevo saber omniabarcador que en lugar de limitarse a la explicación de los procesos de producción y distribución de bienes y servicios y de la administración racional de recursos escasos, se asigna para sí la capacidad de convertirse en una teoría general del comportamiento y la elección humana.

Además en su crítica a los “estudios culturales” Follari ha cuestionado las posturas que plantean la *postdisciplinarietà* para el campo de estudios de la comunicación. Para él no se pueden traspasar las barreras disciplinares si previamente esas barreras no fueron delimitadas, por lo cual propone especificar primero el objeto de la comunicología. Plantea que “la disciplinarietà no es un mal epistémico a exorcizar. La especificidad de las disciplinas no es una maldición que hubiera caído sobre el previo logro de un conocimiento unificado, sino el procedimiento analítico imprescindible para avanzar en el conocimiento científico. No habría ciencias, si estas no se hubieran especificado diferencialmente entre sí, terminando con la previa unidad metafísica del conocimiento. De manera que habrá que cuidarse de, bajo la idea de acercar las disciplinas en algún enriquecimiento

potenciador, volver a situaciones ‘predisciplinarias’. Es decir, existe –si no se hace la discusión epistemológica necesaria– la posibilidad de estipular discursos ingenuos sobre la supuesta superación de las disciplinas, que en realidad no sean superación, sino simple negación de su especificidad constitutiva” (Vazquez, 2005).

Sin dudas que el debate es mucho más extenso y merecería tener mayor presencia dentro de la agenda del campo de la comunicación. En todo caso lo que salta a la vista con dicha discusión es que la propia definición del objeto teórico de la comunicación y la delimitación de su especificidad forma parte de la lucha dentro del campo. Sabemos que existen campos como el de la sociología o de la ciencia política donde hay un cierto consenso entre sus miembros acerca de cuáles son los objetos de estudio de las mismas, y lo que estaría en juego hacia adentro de cada uno de ellos sería más bien la legitimación entre aquellas teorías o metodologías que de manera más rigurosa, acabada, etc. abordan tales objetos, y por lo tanto cuáles merecerían el estatus de la “cientificidad”. Pero en el caso de la comunicación, al no estar definido su objeto –al menos al no haber acuerdo en tal definición–, esta definición entra a formar parte de la lucha, a la lucha por cuáles disciplinas, teorías, metodologías, etc. serían las pertinentes para abordar su estudio. En tal sentido, recuperando las palabras de Schmucler, podemos reafirmar que el campo está dominado por aquellos que han renunciado al orgulloso destino de constituir una ciencia como objeto de saber, y la comunicación parece resignada a un lugar subalterno para que otras disciplinas la utilicen como campo de experiencia.

BIBLIOGRAFÍA

CALETTI, S. (1991), *Profesiones, historia y taxonomías. Algunas discriminaciones necesarias*, en *Revista Diálogos de la comunicación*, N° 31, septiembre de 1991.

Lima: FELAFACS.

FOLLARI, R. (1980), *Interdisciplinarietà, (Los avatares de la ideología)*. México: UAM.

FOLLARI, R. (2000), *Comunicología Latinoamericana: disciplina a la búsqueda de un objeto*. *Revista Fundamentos en Humanidades*, N° 1, enero-junio de 2000, pág. 50-55. Universidad Nacional de San Luis.

FOLLARI, R. (2001), *Relevo de las ciencias sociales latinoamericanas. Estudios culturales, transdisciplinarietà y multidisciplinarietà*. *Revista Diálogos de la comunicación*, N° 63. Lima: FELAFACS.

FOLLARI, R. (2002), *Teorías débiles*. Rosario: Homo Sapiens.

FOLLARI, R. (2003), *La moldura en el espejo: encrucijadas epistemológicas de las Ciencias de la Comunicación*, en *Revista Tram(p)as de la Comunicación y Cultura*, N° 16, agosto de 2003. Universidad Nacional de La Plata.

FOLLARI, R. (2007), *La interdisciplina revisitada*, en *Andamios, Revista de investigación social*, N° 7, diciembre de 2007 Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Consultado en:

[<http://www.uacm.edu.mx/andamios/articulosactual/follari.html>].

FOLLARI, R. (2007), *La formación imposible*. Ponencia presentada en las XI de Investigadores en Comunicación: Tramas de la comunicación en América Latina contemporánea. Tensiones sociales, políticas y económicas. 4, 5 y 6 de octubre de 2007, Mendoza.

FUENTES NAVARRO, R. (1999), *La investigación de la comunicación en América Latina: condiciones y perspectivas para el siglo XXI*, en *Revista Diálogos de la comunicación*, N° 56, octubre de 1999. Lima FELAFACS.

FUENTES NAVARRO, R. (2002), *Comunicación, cultura, sociedad: fundamentos conceptuales de la postdisciplinarietà*, en *Revista Tram(p)as de la Comunicación y la Cultura*, año 1, N° 1 La Plata: UNLP.

GRIMSON, A. (2003), *Contra una epistemología de la comunicación*, en: *Revista Zigurat*, N° 4, Noviembre de 2003, Buenos Aires.

MARTINO, L. C. (2001), *Elementos para una epistemología de la comunicación*, en VASALLO DE LOPES, M. I. y FUENTES NAVARRO, R. (comps.), *Comunicación, campo y objeto de estudio*. Guadalajara, México, ITESO.

OROZCO GÓMEZ, G. (1994), *Comunicadores hacia el año 2000: desafíos pedagógicos de su formación*, *Revista Diálogos de la Comunicación*. Lima, FELAFACS.

SAINTOUT, F. –editora– (2003), *Abrir la comunicación. Tradición y movimiento en el campo académico*. La Plata, Ediciones de Periodismo y Comunicación, UNLP.

SCHMUCLER, H. (1997), *Memoria de la comunicación*. Buenos Aires: Biblos.

SCHMUCLER, H. (2006), *Los estudios sobre comunicación: memoria y biografía*, en *Revista Argentina de Comunicación*, Año 1, N° 1. FADECOS – Prometeo, pág. 87 – 94.

VASALLO de LOPES, M. I. (1999), *La investigación de la comunicación: cuestiones epistemológicas, teóricas y metodológicas*, en *Revista Diálogos de la Comunicación*, N° 56. Lima, FELAFACS.

VÁZQUEZ, R. (s/d), *Neoliberalismo y crisis política*. s/d Disponible en URL: [<http://utal.org/economia/neoliberalismo.htm>] consultado en abril de 2005.

Capítulo VI

Apuntes de historia del proyecto Hacia una Comunicología Posible³⁷

Luis Jesús Galindo Cáceres

Grupo Hacia una Comunicología posible (México)

Una visión de la propuesta. Una exposición sintética del campo problemático y sus primeras tramas

Presentación del campo problemático

El programa Hacia una Comunicología posible (HCP) nace como tal en el año 2001 en el espacio problemático de la construcción sustentada de un programa de doctorado en el área. Con antecedentes directos de tres décadas previas. Pero el campo académico de la comunicación nace mucho antes, tal vez en los años treinta del siglo veinte. Y las preguntas por la comunicación quizás se remonten en nuestra genealogía occidental al pensamiento clásico griego. Todo esto es el espacio primario general en donde buscar claridad y algo parecido a organización discursiva y conceptual en nuestro tema de referencia, la comunicación. Aquí es donde emerge la pregunta por los nudos conceptuales y epistemológicos de la comunicación, ¿es un tema?, ¿es un punto de vista?, ¿puede ser concebida desde las dos perspectivas?, ¿desde cuándo?, ¿desde dónde? (Galindo, 1994).

Así nombrada, la empresa de construcción de un mapa sobre el asunto parece colosal, y si en algún sentido se presenta como inalcanzable, en otro es un reto magnífico que vale la pena enfrentar. Y parecería de inicio algo de las proporciones de una comunidad de conocimiento, una tarea para desarrollarse en el encuentro de muchos talentos e inteligencias entrelazadas. De cierta manera así ha sucedido, pero

³⁷ Publicado en Question N° 28 – 2010. Presentación sintética del programa de trabajo en sus primeras fases

sólo hasta cierto punto, sólo en ciertos momentos, sólo desde ciertas perspectivas. Con poca fortuna el campo académico de la comunicación no es algo homogéneo, es una diversidad de escuelas, de facultades, de departamentos, con distintos nombres, dentro de diversos espacios universitarios e institucionales. Y por supuesto está lejos de formar una comunidad académica orgánica con programas de estudio e investigación comunes y unificados (Galindo y otros, 1995). Y hay mucho por revisar, y este es sólo uno de los puntos de arranque, el histórico-discursivo. Pero hay más, la pregunta sigue adelante, hasta dónde podremos llegar, hasta dónde la comunicación tiene reservadas para nosotros sorpresas sobre lo que en el cosmos podremos observar. Es decir, si nuestra historia y antecedentes, si nuestras preguntas actuales, son guías y luz en la oscuridad, aún hay otras preguntas y otras guías posibles, que nos iluminarán otros caminos, otras rutas, otros mundos.

¿Por dónde empezar?

Pero antes de convocar, o de suponer, o de reconocer, necesitamos algún parámetro inicial de referencia común a una diversidad inmensa de voces, pensamiento e imaginación. Y ese es el primer problema, ¿qué entendemos por comunicación?, ¿desde dónde la entendemos así?, ¿qué consecuencias tiene tal percepción? (Piñuel y otros, 2006), y otras preguntas sobre relaciones, distancias, vínculos, emergencias y olvidos. La comunicación es una entidad de segundo orden, o jugando con el pensamiento cibernético podríamos afirmar que es incluso de tercer orden, un nivel de percepción posible que asume la reflexividad sobre lo que nos conecta, al tiempo que sucede, lo observamos y hacemos algo con ello, en particular y en relación con un contexto ecológico de referencia. Puede ser definida como un objeto, un asunto, como aquí lo intentamos por vía de la retórica de un ensayo, de una lección. Pero al mismo tiempo es la trama que permite el contacto entre diversos puntos de vista, ya sea en forma explícita o consciente, o no. Y por otra parte también puede ser concebida como la estructura que relaciona a todo, llevada a un nivel cosmológico superior que expresaría la presencia misma de lo existente y lo no existente, casi sustituyendo y enriqueciendo las visiones de la religión y la filosofía. Así pues, por dónde empezar, cómo aclarar el camino hacia la construcción de un programa Hacia una Comunicología posible (HCP).

Las dos primeras tramas del proyecto

En el principio del programa aparecen una trama y una urdimbre para la elaboración de un tejido. Por una parte una visión, una apuesta general de la dimensión de las antiguas preguntas filosóficas, la comunicación aparece ahí como una concepción del mundo, como una arquitectura, como un punto de vista que construye y organiza, como algo desde lo cual podríamos repensar y resentir todo, y construir, imaginar, crear, en todos los ámbitos conocidos y en el horizonte de lo por conocer. Y por otra parte, tenemos las síntesis que los sistemas de conocimiento nos proponen a partir de diccionarios, de ensayos, de relatos históricos. Hay algo que el sentido común ha construido desde diversas raíces por desentrañar, y que está expresado en ciertos lugares que muchos, quizás la mayoría, ciertas mayorías, toman como referencia para entender y actuar. Y esas son las dos grandes articulaciones básicas del proyecto, por un parte la visión y por otra el sentido común, de ahí se arma un proceso de operaciones y una matriz de sistemas de información, algo que pone en contacto a los dos extremos y perfila un gradiente y nuevas articulaciones. Algo sintético, una figura de la semilla, se desplegará en un orden extenso, y de ahí, en su momento, aparecerán nuevas expresiones sintéticas y una regeneración del impulso creativo.

La comunicación como visión (primera trama)

Así que por una parte aparece la visión de la comunicación como algo que puede proporcionar una percepción y una imaginación mayores que otras estructuras para mirar y actuar en el mundo. Esto supone que la comunicación en su configuración de segundo orden mira y es mirada desde dos dimensiones distintas, y si agregamos la tercera entonces supondría que es algo que además nos incluye en forma que no podemos apreciar por ahora, pero si intuir. Aquello de todo está relacionado con todo, es comunicación. Aquello del efecto mariposa en la imagen del caos creativo, es comunicación. Aquello de la memoria que pone en contacto a vivos, a muertos y a nonatos, es comunicación. La relación entre la interacción atómica de micro-partículas y la interacción entre galaxias, es comunicación. Es decir el contacto, la interacción, la asociación, entre todos los elementos, componentes, sistemas, que aparecen en el cosmos hoy percibido, es comunicación. De ahí que este sentido de poner en contacto lo que está en apariencia separado, de asociar lo distante y lo

distinto, de percibir interacción entre entidades de todo tipo, es comunicación. Y en este sentido la comunicación es algo mayúsculo, su lugar está en la ontología y la epistemología, en la cosmología, en los principios de comprensión del mundo físico y de todo lo demás. Y decir todo esto parece demasiado, pero de esta sustancia está hecha la visión más abstracta, poética, filosófica, iluminada, de lo que la comunicación puede ser (Galindo, 1995).

La comunicación en los sistemas de conocimiento (segunda trama)

(Galindo, 1999). Por otra parte están las síntesis del mundo de la información y del conocimiento, esos lugares comunes sobre lo que entendemos de las palabras y sus significados. Según el trabajo realizado por el proyecto HCP la palabra comunicación aparece en nuestro mundo lexicográfico en cuatro acepciones generales (Galindo, 2006).

- Transmitir. Mover información de una percepción a otra.
- Conectar. Unir lo separado.
- Intercambiar. Modificación mutua por efecto mutuo de acción e información.
- Efecto de comunión. Acción a partir de lo común, de lo compartido.

Estas cuatro acepciones cubren la mayor parte de todos los significados particulares posibles. Fueron sintetizadas en el proyecto HCP, a partir de los archivos que aparecen en las definiciones de los principales diccionarios de uso corriente en lengua española (De Toro y Gisbert y otros, 1967). Con ellas tenemos una plataforma de sentido con la cual iniciar la exploración del mundo conceptual existente en extenso. El proyecto se organiza entonces en el entendido de que la transmisión de información es el sentido más generalizado actual de la comunicación, que en un segundo lugar está la noción más abstracta y simple de unir lo separado, y que en un tercer lugar se encuentra la comunicación en su referente conversacional, la última noción hace referencia a la posibilidad que se presenta cuando la comunicación como puesta en común se ha verificado. Sólo el análisis de estas cuatro concepciones es un reto en sí mismo para el estudio y la reflexión. De aquí deriva el trabajo sobre las fuentes científicas y de otro orden del gran espacio de sentido de la palabra, y también deriva el proyecto de investigación sobre los usos de la palabra en la vida cotidiana.

Ambos proyectos forman parte de la agenda del grupo hacia una Comunicología posible, GUCOM y del programa de trabajo Hacia una Comunicología posible.

Hacia una Comunicología posible (la propuesta)

Teniendo los límites generales de sentido de la palabra comunicación, una trama se mueve hacia lo más visionario y cosmológico, y otra se asienta en los referentes comunes de diccionarios y obras generales, el siguiente movimiento fue armar el programa de trabajo. Este consiste en una continuación de las primeras dos tramas mencionadas. El corazón de su esquema es la construcción de una ciencia general de la comunicación. Pero hay muchos otros aspectos que también es necesario explorar, indagar, analizar. El programa general incluye a todo tipo de discurso y configuración de sentido, lo mismo al periodismo y la literatura, que a la ciencia y al arte. En este contexto el programa inicia con el espacio académico científico en el año 2003 (Galindo, 2003a), hoy se encuentra en una segunda fase (Galindo, 2004b). A continuación un breve apunte sobre lo acontecido.

Hacia una Comunicología posible. Presentación sintética de las primeras fases del programa de trabajo

Apunte metodológico

Para un proyecto de este tipo se requiere un eje metodológico que lo construya. La decisión en principio fue adecuada al objeto de trabajo, la bibliografía en el caso de la Comunicología *a posteriori*, y la lógica constructiva en el caso de la Comunicología *a priori*. El proyecto se dividió en dos partes simultáneas que se trabajarían por separado en un momento, y después se relacionarían en una nueva fase del proceso. Por un lado la construcción de una propuesta *a posteriori* de ciencia de la comunicación. Para esto se aplicaría una metodología biblioteconómica e historiográfica para explorar las fuentes del pensamiento sobre comunicación desarrollado a lo largo del siglo XX. Aquí se trataba de construir un mapa analítico sobre la historia del pensamiento oficial en comunicación según la bibliografía citada por el propio campo académico en comunicación (Galindo y otros, 2005) (Galindo, en prensa). Y por otra parte la apuesta *a priori*, que consistió en un apunte teórico de

ciencia general de la comunicación a partir de una visión sistémica, y tratando de incluir *a priori* a todas las propuestas teóricas en comunicación conocidas (Galindo, 2004b). Por una parte el pasado, por otra parte el futuro. Por una parte el mapa de familia de las ciencias de la comunicación, y por el otro una propuesta general a partir de la epistemología más prometedora de nuestro tiempo, la sistémica-constructivista. En una fase posterior se unirán los dos caminos.

Bibliografía e historia

El proyecto de Comunicología *a posteriori* inició con una revisión bibliográfica. Por una parte los textos sobre historia del pensamiento y la teoría de la comunicación, y por otra parte todos los textos que han sido pertinentes por algún motivo a la bibliografía general sobre el pensamiento y teoría de la comunicación. De la primera revisión apareció un mapa general sobre corrientes, autores, épocas, textos. Ese mapa sigue siendo un trabajo en sí mismo en forma permanente. De él resultó un esquema en nueve grandes corrientes que han sido las fuentes principales del pensamiento teórico en comunicación. De la segunda revisión derivó un mapa de los textos principales para la bibliografía editada en español, como lengua original o traducción, que llevó a una hipótesis sobre cien textos básicos para el pensamiento comunicacional en nuestra lengua (Galindo y otros, 2005).

De este trabajo bibliográfico y biblioteconómico, el siguiente paso fue el historiográfico (Galindo, en prensa). Del 2005 al 2007 el GUCOM se ha ocupado de desarrollar las nueve vetas genealógicas descubiertas en las bibliografías analizadas. La idea fue partir de una hipótesis general de fuentes básicas científicas históricas del pensamiento teórico en comunicación. Una vez determinadas estas vetas el paso siguiente fue desarrollar sus trayectorias desde su origen hasta su presencia en el mundo académico de la comunicación. El siguiente paso es profundizar en la genealogía que conecta al pensamiento teórico en comunicación con las ciencias sociales, ese es un proyecto a desarrollar a largo del 2007. Y después hay otros proyectos esperando.

Las nueve fuentes científicas históricas de una Comunicología posible (Galindo, 2004b).

En el año 2003 aparece la hipótesis de las fuentes científicas de una posible ciencia de la comunicación. A partir de la revisión de textos de teoría e historia sobre teorías

de la comunicación (Rizo, 2006b), (Mattelart y otros, 1997), GUCOM (Grupo hacia una Comunicología posible) propone la hipótesis de nueve fuentes. Pueden ser más, o menos, pero después de un análisis el acuerdo es que esas serán las nueve que se tomarán como punto de partida, por incluir a más autores y por ser referenciadas por más autores. En aquel entonces y ahora, sigue siendo una hipótesis, que ya ha sido modificada, aunque no aparecerá aún la nueva propuesta en este texto. Las nueve fuentes son: Sociología funcionalista, Sociología crítica, Sociología cultural, Sociología fenomenológica, Psicología social, Economía política, Lingüística, Semiología y Cibernética.

Sobre estas fuentes así definidas hace falta un comentario. Por una parte aparecen en realidad cuatro sociologías, la funcionalista, la crítica, la cultural y la fenomenológica. Si tomamos a las cuatro como una fuente el asunto se reduce a cinco, pero la cosa no es tan sencilla. Por un lado se podrían diferenciar diversas psicologías sociales, pero no sucede, al no ser pertinente del todo al desarrollo del espacio conceptual dentro del campo académico de la comunicación. Lo mismo sucede con la Lingüística o la Semiótica. El caso de la Economía política y la Cibernética es aún menos diferenciado en su presencia en el campo, aunque también tienen su propia clasificación y diversidad. Y este es el cuadro básico de esta operación, la Sociología es la referencia más presente en los conceptos con pretensiones de ciencia en comunicación. Las otras disciplinas no tienen tanta presencia. Todo un espacio por explorar y reflexionar. ¿Cuánto peso tiene cada referencia? ¿Quiénes son los autores que han influido más? ¿Esos autores que formación y punto de vista representan? Todo es muy delicado. El trabajo ha sido avanzar en el mapa, en las genealogías, y poco a poco ir aclarando estas y otras preguntas. La hipótesis general en este momento es que el peso teórico en el campo académico de la comunicación es muy poco, el sustento y las propuestas teóricas son muy pobres. Pero hay discurso y hay discusión. Todo esto está por aclararse.

La afirmación de la filiación sociológica mayoritaria es un avance. Lo que pensamos con conceptos y organización teórica en comunicación parece ser en lo básico de filiación a esa disciplina. Y para el caso mexicano y latinoamericano el asunto es aún más explícito, la corriente marxista ha sido la hegemónica, de ahí que la Sociología crítica, la Sociología cultural y la Economía política sean el centro discursivo, con algunos elementos de Lingüística y Semiología, y ciertas

referencias de oposición a la llamada Sociología Funcionalista de los medios de difusión, uno de los supuestos orígenes de toda la historia comunicológica a nivel mundial en los Estados Unidos.

Esta última afirmación marca otra línea de indagación en marcha, la de las hegemonías históricas, las luchas, los debates, la ignorancia y la desinformación, la organización formal e informal del campo, y otros asuntos asociados. Todo parte de los textos y sus huellas, y de ahí van surgiendo las referencias a la política académica, a la mercadotecnia y el mundo editorial, a la centralidad del inglés y los Estados Unidos, a la polarización entre EE. UU. y Europa para el caso de América latina, y las condiciones históricas que llevan a América latina a su filiación de izquierda. Muchos asuntos, muchos temas por explorar y aclarar (Galindo, en prensa).

Por otra parte está la labor complementaria de esta etapa de trabajo, no se trata sólo de indagar en el arcón de la llamada ciencia, sino en todo aquello que en forma discursiva ha afectado al pensamiento en comunicación. Por ejemplo la política, la religión, el pensamiento humanístico, el pensamiento tecnológico (Galindo, 2004a). Todo esto es espacio del asunto y del proyecto en el segundo y tercer orden de construcción social de lo que se concibe como comunicación. En esta extensión el proyecto se va moviendo hacia la complejidad y la claridad al mismo tiempo.

Las cinco dimensiones a priori de una Comunicología posible (Galindo, 2004b)

(Galindo, 2005c).

La línea de trabajo hacia una propuesta general de ciencia de la comunicación tiene sus bases en el oficio metodológico de la construcción teórica. Esto es muy difícil, y no tanto por sus operaciones lógicas, gramaticales, retóricas, lingüísticas, sino por la ausencia de práctica en este sentido. En nuestro medio iberoamericano, científico en general y comunicológico en particular, vivimos dependiendo de lo que sucede en otras lenguas y países, es parte de la herencia de ser colonias, entidades culturales desarrolladas bajo la influencia de las llamadas potencias mundiales en diferentes épocas. Este es un tema delicado que no toca aquí como asunto central, pero si es necesario hacer referencia al para mostrar las dificultades de creación teórica en nuestro medio. Aquí es más sencillo ser poeta o novelista que científico en un sentido creativo discursivo. Un gran tema para reflexionar.

Aún dentro del contexto mencionado (Galindo, 2004c) el proyecto Hacia una Comunicología posible se propone la configuración de una ciencia de la comunicación, y en ese sentido hace falta un registro teórico de su perspectiva de percepción general del mundo, y en complemento una propuesta de operación en el mundo a la manera de una Ingeniería (Galindo, 2005b). Ahí se verifica un acto de creación, de síntesis constructiva. La guía que se propone es la de la Sistémica (Galindo, 2004d) (Galindo, 2002a), y a partir de esta perspectiva epistemológica aparecen dos conceptos centrales, el de sistema de información y el de sistema de comunicación (Galindo, 2003b).

Con estos dos conceptos centrales la Comunicología propone cinco dimensiones constructivas de lo social en particular, y de la vida y el cosmos en general. Esas dimensiones se arman con la referencia a la configuración espacio-temporal de las dos formas sistema mencionadas. Las cinco dimensiones son: la expresión, la difusión, la interacción, la estructuración y la observación. La primera y la cuarta se mueven en un nivel de complejidad mediata, la segunda y la tercera en un nivel de complejidad inmediata, y la quinta en un tercer nivel de complejidad. Las cuatro primeras se configuran en un primer orden de organización sistémica-cibernética, la quinta en un segundo orden (Galindo, 2005c).

La interacción se refiere a la configuración de sistemas de comunicación, la difusión a sistemas de información, la expresión y la estructuración a los dos sistemas en distinto momento de configuración, en uno como resultado en apariencia estable y en otro como proceso hacia la estabilización. La observación propone la relación entre lo observado en un primer orden y el efecto de esa observación en el observador y en lo observado, y el efecto del observador sobre lo observado en su acto de observación. Todo esto es abstracto, lógico, tiene un costo de comprensión, como todo lo teórico. En un nivel de divulgación el proyecto HCP ha usado algunas imágenes que pretenden ser más sencillas. La expresión se asocia con lo dado discursivamente, con análisis de los productos discursivos, la lengua de los lingüistas, la cosa de los diseñadores, las formas sociales de los antropólogos y los sociólogos, con lo que aparece. Es la figura del dato, la información registrable y su orden, y en ese sentido la punta de un iceberg percibido sólo en su manifestación primaria. Por otra parte la difusión se asocia con el movimiento de la información de un lugar a otro, de una entidad social o cultural a otra, con los medios (Debray, 2001). La

interacción se asocia con la llamada comunicación interpersonal, con el diálogo, la charla, la mutua afectación discursiva-simbólica (Rizo, 2006a). La estructuración representa el proceso en que la acción de la difusión y la interacción se tornan en expresión (Galindo, 2005c). Y la observación se asocia al oficio mismo del investigador, del analista, del comentarista, que altera y es alterado en sus operaciones de receptor-constructor del mundo (Maturana, 1996). Los conceptos y sus estructuras de organización no son simples ni sencillos, la teoría general no suele ser simple para su comprensión la primera vez.

La información y la comunicación (Galindo, 2002b)

En la propuesta teórica general todo parte de dos categorías, la información y la comunicación. Y es ahí donde se inicia el viaje del conocimiento preciso y la imaginación exploradora. ¿Qué entendemos por ambos conceptos? Este es de nuevo un largo camino. Aquí se opta por una postura sistémica y cibernética, para ello viene bien todo el desarrollo que estas perspectivas han tenido a lo largo del siglo veinte. La idea general es que una de las consecuencias de ese desarrollo es la Comunicología, una ciencia construida desde la epistemología de las relaciones, los sistemas y la complejidad. Aún falta para que el esbozo de esta ciencia tenga un rostro más o menos completo. Pero el ensayo ha iniciado, y estos apuntes son la noticia sintética de esa labor.

Comunicología en construcción. Hacia una ciencia general de la comunicación

Síntesis de la síntesis del trayecto

El programa de trabajo Hacia una Comunicología posible inició en la Universidad Veracruzana (UV) en el espacio académico del doctorado en comunicación en el año 2001. Después tomó ímpetu en el año 2002 en el contacto de Jesús Galindo, de la UV, con Tanius Karam, de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM). Y adquirió forma con la participación decisiva de Marta Rizo, de la UACM, en el 2003. Los años 2004 y 2005 han sido de desarrollo de lo que aquí se ha nombrado como primera fase. Es decir, dos años de preparación (2001-2002), y tres años de desarrollo

de la primera fase (2003-2005). En el 2006 inicia una segunda fase, la de consolidación del proyecto.

Un antecedente importante, la Comunicología aplicada

Existe un gran antecedente del proyecto aquí presentado que aún sigue vigente, la propuesta de Comunicología aplicada impulsada por Don Eulalio Ferrer (Ferrer, 1982) desde una agencia de publicidad (Publicidad Ferrer) y desde su centro de estudios en comunicación (CADEC). Este proyecto tiene su desarrollo desde los años setenta, y remata con la incorporación al diccionario del español de la Real Academia de la lengua de la palabra Comunicología en el año 1992. Don Eulalio tiene una trayectoria única, lo mismo es un publicista de prestigio y éxito, que un académico de la lengua, que un estudioso de la comunicación, además de otros méritos y actividades. Como un visionario que habita en un hombre práctico concibe a la Comunicología como una ciencia de la comunicación en un momento que el campo académico está ocupado de asuntos políticos y no tiene mucho interés en su fundación como disciplina. Él promueve y participa en esa fundación fuera del campo académico, y lo hace desde sus oficios de publicista y en colaboración con la empresa de televisión Televisa. Queda como un hito para la ciencia de la comunicación la definición que aparece en el Diccionario de la Real Academia de la lengua (Versión 2004).

“Ciencia de carácter interdisciplinario que estudia los sistemas de comunicación humana y sus medios”.

En esta definición se puede distinguir un énfasis en dos sentidos, por una parte la interdisciplinariedad, y por otra los medios. Estos eran, y siguen siendo aún, dos acuerdos públicos generales no oficiales o legales pero si evidentes, la comunicación es percibida como una cosa, no un punto de vista, y la cosa más evidente son los medios. Sobre este antecedente habría mucho por decir, lo importante es subrayar que existe y por ello se puede hacer una crítica y un comentario.

La primera definición de Comunicología del proyecto GUCOM

Al iniciar el año 2003 el proyecto Hacia una Comunicología posible tomaba forma, el doble planteo de la construcción *a priori* y la *a posteriori* estaba en marcha, la revisión de la bibliografía era la ocupación fundamental, y la primera hipótesis hacia una ciencia general de la comunicación hizo su aparición (Galindo, 2003a).-

“Estudio de la organización y composición de la complejidad social en particular y la complejidad cosmológica en general, desde la perspectiva constructiva-analítica de los sistemas de información y comunicación que las configuran”.

Esta definición de Comunicología toma más riesgos que la anterior, el objeto no es la comunicación, es el mundo en general, y la comunicación aparece aquí como un punto de vista constructivo, junto con la información, de todo lo que así puede ser percibido y configurado. Hay una apuesta constructivista por una parte, y por otra un compromiso con la perspectiva sistémica y la cosmología de la complejidad. Esta definición es un apunte sintético del programa de trabajo por desarrollar.

Hacia una ciencia de la comunicación, una Comunicología posible

La ciencia de la comunicación es un proyecto en desarrollo por un grupo de profesores mexicanos (Galindo, 2005a), (Rizo, 2006b), (Karam, 2005), (Gómez, 2004), (Aguirre, 2004), (Vidales, 2005), que trabajando en red dialogan con sus pares en por lo menos otros dos países, Brasil (Jacks, 1999) y España (Sierra, 2005). Se puede apreciar en este apunte que es un proyecto en lengua española y con iniciativa mexicana. Este es un dato que es importante enfatizar, aunque por vocación iberoamericana el portugués sea la lengua hermana, y Brasil y España los primeros países compañeros de camino.

Intentando un resumen de la situación este comentario final tiene que empezar con la situación campal. Al campo académico de la comunicación no le ha interesado en primer lugar el asunto de la ciencia y la metodología, y cuando le ha interesado su oficio lo ha llevado a ocuparse de objetos, de asuntos, de temas, de noticias emergentes (Fuentes, 1992) (Bryant y otros, 2004). La atención a una posible epistemología de la comunicación ha sido tarea de unos pocos (Martín Serrano, 1994)

(Moles y otros, 1983), y la reflexión sobre el estatus científico de la comunicación ha tendido a diluirse en la figura de que no es ciencia sino un campo científico donde se encuentran diversas especialidades (Schramm, 1975). De esta manera la primera pregunta al proyecto de una Comunicología posible es sobre su necesidad.

La respuesta a esta pregunta es muy sencilla. Es como si esa pregunta se la hiciéramos a la Biología, a la Física, a la Sociología. Ninguna de estas ciencias existió desde siempre, y todas derivan de algo que es la curiosidad elemental por lo general y lo particular, un lugar que ha ocupado por tradición la Filosofía. Si a alguien le parece pertinente la emergencia de una ciencia de la comunicación, ese sólo hecho es suficiente, lo que sigue es el desarrollo de esa inquietud, y después vendrán sus aplicaciones y consecuencias. Todo tiene consecuencias.

Asunto aparte, con una relevancia relativa y presente, es la relación entre esa emergente ciencia de la comunicación y el campo académico de la comunicación y el campo académico en general. Aquí el vector científico se torna político y económico, y también, por cierto, muy comunicológico. Al aparecer la Comunicología la primera reacción del campo en la figura de sus autoridades es de rechazo y condena, por una parte, lo que corresponde a la vigilancia del statu quo, y de curiosidad y sospecha, lo que corresponde a la inquietud académica por el enriquecimiento del conocimiento (Torrico, 2004). En este estatus la propuesta tiene mucho camino que andar antes de ser divulgada y diseminada en intensidad y extensión. Lo importante por el momento es que el grupo que promueve el proyecto, GUCOM, tiene el compromiso de mantener el paso por un tiempo, hasta visualizar con mayor claridad las posibilidades de comprensión y entendimiento del cosmos desde este punto de vista, en particular lo social-cultural, por nuestra educación en este sentido. Y serán el trabajo, la comunicación académica, y la historia, los que definirán hasta donde llega esta iniciativa.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE, R. (2004), *El potencial comunicativo del ciberespacio: La organización semiótico-social del poder en una conversación juvenil de Chat*, en Anuario de Investigación de la comunicación CONEICC XI, Bernardo Russi Alzaga (editor), UIC-CONEICC, México.
- BRYANT, J. y MIRON, D. (2004), *Theory and Research in mass communication*, en Journal of communication, vol 54, número 4, diciembre, Oxford University press, Oxford.
- DE TORO y GISBERT et al. (1967) *Pequeño Larousse ilustrado*, Editorial Larousse, Buenos Aires.
- DEBRAY, R. (2001), *Introducción a la mediología*. Paidós, Barcelona.
- FERRER RODRIGUEZ, E. (1982), *Comunicación y Comunicología*. EUFESA, México
- FUENTES NAVARRO, R. (1992), *Un campo cargado de futuro. El estudio de la comunicación en América Latina*. FELAFACS-CONEICC, México.
- GALINDO CACERES, L. J. (2006), *Comunicología y Oralidad. Exploración de la comunicación en una de sus formas básicas*, en la página de GUCOM, Comunicología posible, <http://www.geocities.com/comunicologiaposible/>
- GALINDO CACERES, L. J. (2005a), *Hacia una Comunicología posible*. Universidad Autónoma de San Luis Potosí, San Luis Potosí.
- GALINDO CACERES, L. J. (2005b), *Sobre Comunicología y Comunicometodología. Primera guía de apuntes sobre horizontes de lo posible*, en Culturales, Revista del centro de estudios culturales-Museo, Universidad Autónoma de Baja California, Mexicali, número uno, enero-junio de 2005, páginas 7-28.
- GALINDO CACERES, L. J. (2005c), *Comunicología y Epistemología. El tiempo y las dimensiones sistémicas de la información y la comunicación*, en la página de GUCOM, Comunicología posible, <http://www.geocities.com/comunicologiaposible/>
- GALINDO CACERES, L. J. (2004a), *La Comunicología y las Humanidades. Hipótesis sobre algunas fuentes históricas del pensamiento y el discurso de lo comunicacional*, en la página de GUCOM, Comunicología posible, <http://www.geocities.com/comunicologiaposible/>
- GALINDO CACERES, L. J. (2004b), *Apuntes de historia de una Comunicología posible. Hipótesis de configuración y trayectoria*, en Redes.com, Revista de Estudios para el

Desarrollo Social de la Comunicación, número uno, 2004, Instituto Europeo de Comunicación y Desarrollo, Sevilla, P. 233-243,

GALINDO CACERES, L. J. (2004c), *Hacia una Comunicología Posible en México. Notas preliminares para un proyecto de investigación*, en Revista Comunicología@: indicios y conjeturas, Publicación Electrónica del Departamento de Comunicación de la Universidad Iberoamericana Ciudad de México, Primera Época, Número 2, Otoño 2004, Ciudad de México,

http://revistacomunicologia.org/index.php?option=com_content&task=view&id=66&Itemid=97

GALINDO CACERES, L. J. (2004d), *Sistémica y Comunicología. Explorando la complejidad del mundo social contemporáneo*, en Razón y Palabra, Número 40, agosto-septiembre de 2004, agosto 27 de 2004, ITESM-Cem, Estado de México,

<http://www.cem.itesm.mx/dacs/publicaciones/logos/actual/jgalindo.html>

GALINDO CACERES, L. J. (2003a), *Notas para una Comunicología posible. Elementos para una matriz y un programa de configuración conceptual-teórica..* Hipertextos. Revista electrónica del ITESM de Monterrey. Número 7. Agosto-diciembre. http://hipertextos.mty.itesm.mx/articulo1_num7.htm

GALINDO CACERES, L. J. (2003b), *Sistemas de información, sistemas de comunicación y configuración social: Algunos elementos de memética y sociocibernética de la vida social*, en Escribanía: comunicación, cultura y región. Número 9, julio-diciembre del 2003, Centro de Investigaciones de la Comunicación, Universidad de Manizales, Manizales. Pág. 49-56.

GALINDO CACERES, L. J. (2002a), *Contextos ecológicos y sistemas de información y comunicación. Configuraciones, trayectorias, matrices situacionales y contextos de posibilidad en lo social. El caso de las redes de investigación*, en Texto Abierto, Revista semestral de la Universidad Iberoamericana León, Año dos, Número dos, primavera de 2002, León, p. 27-46.

GALINDO CACERES, L. J. (2002b), *De la sociedad de información a la comunidad de comunicación. La cibercultura en evolución a través de la vida social de las tecnologías de información y comunicación*, en Razón y Palabra. Número 29, año 7, octubre - noviembre 2002, ITESM-Cem, Estado de México.

<http://www.cem.itesm.mx/dacs/publicaciones/logos/anteriores/n29/jgalindo.htm>

GALINDO CACERES, L. J. (1999), *Del objeto percibido al objeto construido. El saber sobre la práctica, sistemas y mundos posibles*, en Estudios sobre las culturas contemporáneas, Época II, volumen V, Número 9, 1999, Colima, p. 9-24.

- GALINDO CACERES, L. J. (1995), *La comunicación como mentalidad y como forma de vida. Juego de saberes y sentidos sobre lo humano y lo social*, en *Campo Académico de la comunicación: hacia una reconstrucción reflexiva*, de Jesús Galindo y Carlos Luna (Coordinadores), Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-ITESO, México, Págs. 267-291.
- GALINDO CACERES, L. J. (1994), *Comunicación y configuración. Notas para un ensayo de filosofía sobre lo social*, en *Medios y Mediaciones*, de José Lameiras y Jesús Galindo Cáceres (editores), El Colegio de Michoacán-ITESO, Zamora, Págs. 175-196.
- GALINDO CACERES, L. J. (coordinador), (En prensa), *Comunicación, Ciencia e Historia. Fuentes científicas históricas hacia una Comunicología posible*. McGraw Gill España, Madrid.
- GALINDO CACERES, L. J. (coordinador), (1998), *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación*. Addison Wesley-Longman, México.
- GALINDO CACERES, L. J. y LUNA, C. (coordinadores), (1995), *Campo académico de la comunicación*. CNCA-ITESO, Guadalajara.
- GALINDO CACERES, L. J., CARDENAS, T. y RIZO GARCÍA, M. (2005), *Cien libros hacia una Comunicología posible. Ensayos, reseñas y sistemas de información*. Universidad Autónoma de la Ciudad de México, México.
- GÓMEZ VARGAS, H. (2004), *La ciudad y la furia. Hacia una cronología sociocultural de León*. Universidad Iberoamericana-León, León.
- JACKS, N. (1999), *Querencia. Cultura Regional como mediação Simbólica. Um estudo de recepção*. UFRGS, Porto Alegre.
- KARAM, T. (compilador), (2005), *Mirada a la ciudad desde la comunicación y la cultura*. Universidad Autónoma de la Ciudad de México, México.
- MARTÍN SERRANO, M. (1994), *La producción social de comunicación*. Alianza Universidad, México.
- MATTELART, A. y MATTELART, M. (1997), *Historia de las teorías de la comunicación*. Paidós, Barcelona.
- MATURANA, R. H. (1996), *La realidad: ¿objetiva o construida?*. Anthopos-UIA-ITESO, Barcelona.
- MOLES, A. y ROHMER, E. (1983), *Teoría estructural de la comunicación y la sociedad*. Trillas, México. Página del Grupo hacia una Comunicología posible, GUCOM.
<http://www.geocities.com/comunicologiaposible/>
- PIÑUEL, J. L. y LOZANO, C. (2006), *Ensayo general sobre comunicación*. Editorial

Paidós, Barcelona.

RIZO, M. (2006a), *Comunicación Interpersonal*. Universidad Autónoma de la Ciudad de México, México.

RIZO, M. (2006b), *Manuales de teorías de la comunicación: análisis desde la Comunicología*, en el Portal del INCOM, Universidad Autónoma de Barcelona.
http://www.portalcomunicacion.com/esp/dest_comunicologia.html

SCHRAMM, W. (1975), *Investigación de la comunicación en los Estados Unidos*, en La Ciencia de la Comunicación Humana, Editorial El Roble, México.

SIERRA, F. (2005), *Políticas de comunicación y educación. Crítica y desarrollo de la sociedad del conocimiento*. Gedisa, Barcelona.

TORRICO VILLANUEVA, E. (2004), *Abordajes y períodos de la teoría de la comunicación*. Norma, Buenos Aires.

VIDALES GONZALEZ, C. E. (2005), *De la linealidad a la complejidad en comunicación. Una perspectiva semiótica*. Red de Estudios en Teorías de la Comunicación y Comunicología (GUCOM-REDCOM), México.

<http://www.geocities.com/comunicologiaposible3/tbvidales1.htm>

VV.AA. (2004), *Diccionario del español de la real academia de la lengua*.

<http://buscon.rae.es/drae>

Capítulo VII

Socioanálisis, acción colectiva e intervención social estratégica. Año 2006³⁸

Andrés Eduardo Vizer y Helenice Carvalho

Universidad de Buenos Aires (Argentina) /

Universidad Federal de la Integración Latinoamericana (UNILA, Brasil)

Universidad Federal de Rio Grande do Sul (UFRGS)

Política y acción colectiva en América Latina

A partir de los años 70, la gobernabilidad social y los procesos políticos latinoamericanos se vieron sacudidos por profundos cambios: desde el nivel de la geopolítica mundial (los acuerdos de la Trilateral), hasta las transformaciones socioeconómicas en las estructuras sociales y la aparición de diversos movimientos políticos contestatarios. En América Latina, la ebullición de una conciencia política “radical” tomó predominantemente la forma de las propuestas de acción directa por parte de “vanguardias emancipadoras” (como la guerrilla urbana y la rural). La reacción de los sectores dominantes amenazados no se hizo esperar, y se manifiesta en el auge de las dictaduras militares hasta mediados de los ochenta. Nacionalistas en el discurso, liberales en lo económico, fascistas en lo político y reaccionarios en lo social y lo cultural, una vez eliminado el “enemigo interno”, la incongruencia de posiciones y el conflicto de intereses –y en la Argentina la crisis económica y el militarismo aventurero de la Guerra de Malvinas– fueron corroyendo las bases de sustentación de los regímenes militares. La ingobernabilidad ya no era un resultado de la fragilidad de los “estados de derecho” de los regímenes civiles, sino que surgía dentro de los propios regímenes de hecho, o sea, en el seno de los gobiernos militares, incapaces de articular políticas económicas, sociales y culturales que canalizaran las

³⁸ Publicado en Question N° 21 - 2009

demandas de una sociedad que había dejado de creer ingenuamente en líderes providenciales, o en un orden impuesto desde arriba y sin la legitimidad de un mínimo de consensos compartidos.

Con la caída de las dictaduras, en algunos casos en forma abrupta, y en otros dando lugar a una transición gradual en la forma de una “dictablanda”, fueron surgiendo los procesos de democratización latinoamericana y las modificaciones consiguientes en las expresiones políticas, en los movimientos sociales y en los abordajes teóricos de la investigación social sobre nuestras sociedades. Desde la mirada de los estudiosos –ya sean los clásicos observadores “neutrales” o los comprometidos intelectuales críticos–, los cambios repentinos de la realidad política internacional –como el fin de la Guerra Fría– el acceso a las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, así como la expansión mundial y la concentración masiva y homogeneizadora en el consumo de las industrias culturales, fueron minando en el mundo académico, tanto las concepciones conservadoras de la escuela funcionalista, como también la vigencia de la escuela alternativista latinoamericana. Las visiones sobre modelos de desarrollo alternativo al capitalista, fueron cayendo - prematuramente– con el Muro de Berlín y el *aggiornamento* del régimen de Pekín. Paralelamente, comenzaba a surgir una nueva derecha, que ya no miraba solamente al pasado y “a los buenos viejos tiempos”. Se embanderaba con valores y discursos caros a los sectores progresistas: cambio, libertad, proyecto de futuro, etc. En la década de los noventa, con el auge de las políticas neoliberales, el paradigma del conflicto social y la oposición violenta, comenzó abruptamente a ser suplantado o transfigurado en otros imaginarios sobre la inclusión, la integración social y el pluralismo, los derechos humanos, el reconocimiento de las minorías, las identidades y el derecho a la diferencia. El conflicto social se iba despolitizando en el sentido de renegar de las figuras de “sujeto histórico”, al mismo tiempo que tomaba nuevas formas de expresión militante (militancias sociales que paradójicamente se declaraban “apolíticas”). El cuerpo social (concebido en términos colectivos como pueblo, clase social, trabajadores, etc.) se iba fragmentando y anarquizando en grupos y sectores sociales. Muchos embanderados con el derecho a la identidad y a la diferencia, pero siempre dentro de un paradigma de integración al sistema. El derecho a la diferencia dentro de una igualdad formal, y –viceversa– la igualdad de derechos como sustento legítimo de las diferencias reales. Fueron afirmándose como valores fundamentales la

libertad individual de elección (ya no solo política, sino sexual y cultural), la igualdad y el reconocimiento de derechos, el acceso a condiciones, a recursos y/o medios de vida que aseguren posibilidades de inclusión social. Todo esto sustentado y muchas veces reconocido como “políticamente correcto”, pero asimilado al discurso público –en especial al lenguaje político electoral–, pero muy lejos de las acciones y las políticas concretas.

No deja de ser irónico que estos imaginarios se fueran instalando como parte de la nueva "cultura de la democracia" al mismo tiempo que las políticas neoliberales iban produciendo precisamente una realidad social que promovía lo contrario: con la apertura y concentración económicas emergían nuevos procesos de exclusión y desintegración social, así como un "pensamiento único" y un fundamentalismo economicista que reniega de un pensamiento plural, a no ser que pueda ser transformado en alguna forma de producto de consumo.

El resurgir de las democracias en la década de los ochenta y noventa llevó a proseguir con mayor ímpetu la tendencia de trabajar en y con las comunidades locales en un pie de igualdad para construir (en muchos casos reconstruir) las bases plurales de las formas institucionales de un régimen democrático. A la sobrevalorada idea-fuerza de la emancipación social colectiva –que había movilizó violentamente a una generación anterior fascinada con un idealismo que fue abatido por las armas, pero sobre todo por la crisis de los regímenes del “socialismo real”– se le han planteado como sucesoras nuevas ideas-fuerza sustentadas por movimientos sociales variados, con intereses y valores específicos y particulares, que buscan reconocimiento e integración dentro de espacios institucionalizados de la propia sociedad. No buscan cambiarla colectivamente, no buscan adueñarse del Estado por asalto, ni tampoco confían en las estructuras institucionalizadas, o en los políticos y los funcionarios que pretenden seducirlos con promesas incumplidas. Estos nuevos movimientos sociales se expresan en una doble dimensión argumental; por un lado, la defensa y la construcción paulatina de un universo de discurso colectivo y "universalista", asentado sobre valores como Derechos Humanos, Derechos sociales, Ciudadanía, Género (y derecho reproductivo), Medio Ambiente, derecho a la identidad y a la diferencia, y alguno que otro término que expresa las ideas-fuerza de una variedad innumerable de agrupaciones del creciente y pujante Sector Social (o Tercer Sector). Todos como nuevos movimientos que expresan la diversidad actual de la sociedad

civil. La segunda línea de discurso argumental que construyen aparenta ir en sentido contrario: se construye sobre las condiciones específicas de cada agrupación ("asociación voluntaria" en términos de Turner, 1999); según sus intereses, necesidades y percepciones particulares o locales, ya sean de naturaleza económica, política o cultural. Los discursos y valores particulares buscan un reconocimiento dentro de los espacios públicos de acción y de expresión (las calles, las plazas, a veces los medios de comunicación) y el acceso a los círculos de decisión del Estado (municipios o gobernaciones) mediante una práctica de expresión y de acción social, la que es evidentemente política, pero –curiosamente– rara vez reconocida como tal por las propias asociaciones o movimientos.

Consideraciones históricas y teóricas para el análisis de los movimientos sociales

Se propone como planteo teórico, descomponer los elementos que conforman la acción colectiva de los movimientos contemporáneos. Esto exige un cuadro conceptual diferente del que ha presentado el capitalismo industrial en el mundo desarrollado.

En América Latina las 3 “T” siguen siendo las banderas más dinámicas para las acciones colectivas de los MS (o sea: tierra, techo y trabajo). Contra toda previsión optimista y “posindustrialista”, centrada en la tradición del desarrollo económico por etapas (recordar a Rostow y el desarrollismo de los años 60) la globalización y las políticas de apertura indiscriminada de los mercados nacionales de los 90, profundizaron en pocos años la marginación, el desempleo y los conflictos sociales, generando inevitablemente las condiciones para una fuerte cultura urbana de la protesta y la reorganización de los movimientos de reivindicación social. Y este fenómeno de organización, protesta y reivindicación, se ha generalizado a los barrios, a infinidad de temas sociales, políticos y culturales, y se halla asociado a las representaciones sobre los derechos ciudadanos en un régimen democrático. Se ha institucionalizado una conciencia “glocal” (tanto local como global) sobre los derechos y las demandas, tanto por parte de los que se hallan sobreviviendo en las bordes del sistema como de los que conforman sus bases de sustentación más

integradas y aun privilegiadas (las que componían el amplio espectro de las clases medias, muchas de las cuales se empobrecieron, o bien conservan aun ingresos considerables, pero que ya han perdido la sensación de seguridad y la estabilidad laboral, fenómeno que ya no es solo privativo de las clases medias).

Hasta mediados de los noventa, merced al aporte de fondos públicos o la ayuda manipulativa de gobiernos, los MS se habían ido transformando de voceros de la protesta en movimientos asimilados a ONG, con programas específicos y “propositivos”, ajustados a la administración de proyectos en plazos determinados. Las movilizaciones pasaban a ser acciones sinérgicas de organización social para apoyar y participar en proyectos y programas de acción localizados y específicos: mujeres, jóvenes, adultos mayores, infantes, etc. Podemos decir que el militante tradicional se había ido transformando en un líder organizador de “clientelas” consumidoras de servicios que el Estado aún podía brindar (como supervivencias del Estado de Bienestar, sostenidas ahora contrayendo deuda con fondos de organismos internacionales como el Banco Mundial). Sin embargo, tras el “Tequila” de mediados de los noventa, y en especial con las crisis de la deuda externa (Argentina 2001), y por otro lado, el surgimiento de movimientos sociales globales (MSG, expresados en los Foros Sociales a partir del año 2000), las movilizaciones populares resurgen con todo su dinamismo. Apoyados y realimentados desde fines del siglo XX con las posibilidades que brindan las Tecnologías de Información y Comunicación (el mismo Foro Social Mundial representa una expresión privilegiada de la asociación entre los MS y las TIC en este nuevo milenio).

En principio se presentan diferentes perspectivas teóricas para abordar el análisis de los movimientos sociales. Podemos decir que desde una perspectiva sociológica tradicional, la noción de acción colectiva encuadra a los MS en relación con procesos sociales e históricos de un nivel macro social (las acciones colectivas tienen un objetivo –o un blanco– exterior, hacia el cual –o contra el cual– se dirigen las acciones). Sin renegar de la importancia de los análisis macro, considero que se pueden realizar mayores avances por medio de la investigación empírica de los MS si optamos por estudiar sus formas organizativas, sus representaciones sociales y el tipo de relaciones, negociaciones y discursos que establecen con sus contextos y con los actores sociales a los que interpelan. Se hace necesario investigar las formas en que plantean las reivindicaciones, sus concepciones sobre el poder, el Estado, las

modalidades de realización de acciones sociales, las prácticas de discusión y toma de decisiones, etc. Podría objetarse que este abordaje no parece aún suficientemente macro social, y que es más apropiado a las organizaciones fuertemente estructuradas de la era industrial que a las características flexibles y posmodernas de la “sociedad en red” contemporánea que plantea Castells.

En este sentido, podemos sostener que se plantea la necesidad de un doble abordaje. Por un lado, la exigencia estratégica de estudiar los MS actuales como formas de acción colectiva que se construyen en función de las condiciones económicas, políticas y sociales críticas de este nuevo milenio superglobalizado y supercomunicado gracias a las posibilidades y las influencias de las TIC. Este cuadro global externo, es el que genera el contexto para la acción social de los MS (por ejemplo, la organización de los Foros mundiales y regionales). Una segunda perspectiva de análisis, complementaria a la anterior, consiste en comprender la emergencia de nuevas y diferentes formas de organización flexibles, surgidas de las actuales condiciones de existencia social y de la vida cotidiana. En otras palabras, además de observar las condiciones políticas y económicas “externas y objetivas”, se ha hecho indispensable conocer las condiciones “internas” de los mundos de la vida que generan el contexto psicosocial en que los individuos y los grupos cultivan sus entornos sociales y culturales, sus hábitos y sus modos de apropiación y organización (o cultivo) de los recursos, del espacio y del medio ambiente, de los “usos del tiempo”, de las redes sociales, políticas, tecnológicas, simbólicas, culturales. En otras palabras, tomando en cuenta la propia complejidad del medio social y cultural, de las posibilidades y los recursos crecientes que permiten a los agentes y a los movimientos sociales apropiarse y cultivar los capitales sociales, tecnológicos y simbólicos que les posibiliten acrecentar su capital político y humano.

Propuesta para una metodología de análisis e intervención estratégica en comunidades e instituciones de acción colectiva

Aunque algo extensa, considero útil extraer la siguiente cita de “Movimentos sociais: novas tecnologias para novas militâncias” (Vizer: 23/52. En

“Midia e movimentos sociais. Languages e coletivos em ação”, Ed. Paulus, Sao Paulo, Brazil, 2007):

“Se pueden definir seis dimensiones o ejes de análisis comunes y compartidos por todos los colectivos sociales: 1) sobre las técnicas y los conocimientos y prácticas instrumentales de acción; 2) las relaciones de poder instituidas (sus prácticas y sus dispositivos); 3) las acciones de resistencia y transformación (¿instituyentes?); 4) las formas de apropiación de tiempos y espacios; 5) la reconstrucción de los vínculos (familia, amor, amistad, instituciones de contención); y finalmente, 6) el enorme universo de la cultura, la comunicación y las formas simbólicas.

Metodológicamente, las seis categorías se pueden considerar como variables teóricas, con dimensiones, indicadores y observables que en nuestros trabajos de campo se describen e interpretan por medio de un ‘Dispositivo de análisis’ (al que he denominado de Socioanálisis; Vizer, 2004/2005). La hipótesis original establece que toda forma de organización social se (re)construye a sí misma como un sistema complejo sujeto a la (re)producción (cultivo) permanente de sus elementos y de la trama de relaciones de interdependencia mutua entre los individuos que constituyen la organización. Los individuos y las poblaciones reconstruyen, modelan y cultivan sus propias ecologías (ecologías físicas, sus tiempos y espacios ambientales, sus entornos socioculturales, afectivos e imaginarios); reconstruyen –por medio del trabajo– su medio ambiente transformando a la naturaleza, a sus propias culturas, sus estructuras e instituciones sociales, sus tecnologías, y sus vínculos” (*fin de cita*).

Los movimientos sociales representan una forma específica e históricamente diferenciada de organización social surgida hacia fines del siglo XIX, como manifestación de sectores sociales fundamentalmente urbanos que han cobrado conciencia de hallarse sujetos a condiciones de vida no solo injustas o restrictivas, sino además compartidas por un sector o grupo social identificable e identificado.

Podemos decir que los MS representan en principio la expresión dialéctica y manifiesta de la complejidad, la diversidad y la conflictividad social. Una forma de acción social que pretende justamente transformar las condiciones objetivas de su “ambiente”. Más que reconstruirlo por medio del trabajo condicionado al “sistema” o a las limitaciones de su mundo de la vida, busca formas de acción colectiva para modificar a ambos. Como se puede apreciar, los MS tienen como característica fundamental:

- Desarrollar (prácticas y dispositivos instrumentales de acción);
- A fin de transformar (las relaciones y las prácticas de poder instituidas: por ej. en el gobierno, el sistema legal, las formas de propiedad, etc.);
- Por medio de la movilización (acciones de resistencia instituyentes);
- Apropiándose conflictivamente (de tiempos y espacios) públicos (cortes de rutas, toma de edificios y empresas cerradas, etc.);
- Motivados para cultivar (vínculos, instituciones de agrupamiento y contención);
- Motivados e inspirados creativamente por (el enorme universo de la cultura, la comunicación y las formas simbólicas).

Las seis dimensiones que propongo pueden representar tanto a los procesos de reproducción de comunidades e instituciones tradicionales o “estables”, como a los movimientos que buscan su transformación. La articulación y la combinación de las diferentes categorías, organiza y estructura en los actores sociales la percepción, las creencias y las acciones sobre la realidad en diferentes órdenes: desde el mundo “real”, pasando por los procesos simbólicos y comunicativos, hasta movilizar los imaginarios de la vida social. Las luchas de los MS se desarrollan en las mentes y los cuerpos, pero fundamentalmente buscan intervenir en la formación de los universos de sentido de la sociedad y la cultura (creencias y mitos sobre la naturaleza, la sociedad, el sujeto, la cultura y la técnica). La función del imaginario precisamente consiste en llenar los espacios y los tiempos de lo real y lo simbólico que aún se hallan vacíos de sentido, o bien cargados de un sentido negativo (la muerte, el futuro, las enfermedades). Las religiones, las utopías y los ideales se ocupan precisamente de “construir valor y sentido” (Vizer, 2003), en los espacios donde reina la incertidumbre. El viejo existencialismo sostenía que ante esos momentos de vacío, la conciencia de los límites nos obligaba a elegir, o sea que “estamos condenados a la libertad”.

A su vez, los procesos y los agentes sociales se constituyen mediante una doble faz de las prácticas sociales (a la que Giddens denomina “doble hermenéutica”) (1991). La práctica en tanto acción social “objetiva”, y en segunda instancia, la práctica en tanto sentido de la acción, entendida como comunicación humana y social.

Desde la perspectiva de un análisis estrictamente sociocomunicacional, he propuesto tres funciones diferenciadas en los procesos discursivos y comunicacionales: una función referencial, una inter-referencial, y por último una función autorreferencial (Vizer 1982). La primera como dispositivo de construcción discursiva de "representaciones objetales" (de *qué* se habla); la segunda como construcción de relaciones y vínculos entre actores sociales que se "referencian" mutuamente (cuando se habla, se habla *con* alguien, con un interlocutor que puede o no estar presente en la comunicación). Finalmente la tercera como proceso de presentación del sí mismo en sociedad, y como marcas de identidad –e identificación– de una organización y/o un movimiento en tanto sujeto y actor social (*quién* es el que habla; ya que el reconocimiento social implica la representación de un sujeto social). Las prácticas sociales se expresan entonces comunicacionalmente en tres dimensiones (funciones): a) como referenciación y construcción simbólica del mundo de los objetos (la dimensión del discurso que se refiere a la “realidad exterior” del discurso); b) como función de interreferenciación entre los agentes sociales. O sea, las modalidades de establecimiento de relaciones entre actores sociales (desde una mirada reduccionista y empirista generalmente denominada interacción social). Y por último, c) una dimensión de autorreferencial de los propios agentes sociales, los modos, estilos y términos que emplean las organizaciones –o bien que empleamos nosotros mismos como individuos (conciente o inconscientemente)– para “presentarnos” ante los demás y ante el mundo (como las mujeres y los hombres, los políticos y los artistas que se “producen” para construir una imagen pública de sí mismos”).

Para entender la complejidad de las relaciones que entretejen a los movimientos sociales con sus contextos políticos, sociales y culturales, hace falta no solo incluir en el análisis de sus acciones a las palabras y los escritos, sino también la sutileza y la amplitud de los procesos simbólicos en que desarrollan sus luchas y sus negociaciones internas y externas.

Podemos concebir a la comunicación en tanto proceso de construcción de sentido y de valor. Partiendo de la hipótesis de que debemos considerar estratégico el estudio de las relaciones de sentido que se “construyen” como formas de apropiación simbólica del mundo (como un “cultivo” que promueve la generación de valores sociales). Los procesos de información y de comunicación se conciben como dispositivos culturales (cualquier clase de lenguajes, imágenes, símbolos y hasta

normas de acción social) a los cuales los agentes sociales recurren como recursos para “construir y cultivar” contextos y ambientes con relaciones previsibles y estables. Los procesos de socialización y adaptación ecológica de la experiencia en nuestras sociedades complejas y plagadas de incertidumbre, requieren desarrollar las competencias para manejarnos en los diversos dominios instituidos –e instituyentes– de la realidad (aunque sea una perogrullada, se debe aclarar que en el mundo real no existe una diferencia entre instituido e instituyente, sin embargo es útil aprehender el sentido simbólicamente diferenciado que adquieren estos procesos para los actores sociales). Este “trabajo experiencial” (este “cultivo”) les permite reproducir permanentemente los “mundos de la vida”. Dominios de realidad que los agentes sociales vivencian como una auténtica ecología. Una ecología –o bien topología– material del mundo físico en relación con el propio cuerpo (nuestra experiencia de la percepción del mundo que nos rodea es holística); una ecología social (sentido de pertenencia e identificación con colectivos sociales: pueblo, clase, patria, etnia, o aún “multitud”); una ecología “afectiva” de familia, amigos, grupos, religión y “hermanos en la fe”, etc. Además nuestros mundos de la vida también se configuran en una ecología simbólica de las formas culturales (arquitectura, expresiones artísticas y culturales, lenguajes y códigos, etc.).

Los procesos de comunicación se presentan como la manifestación “simbólica y cargada de sentido”, a través de la cual una comunidad construye culturalmente su ecología social. Un “cultivo” ambiental, un entorno que los propios hombres generan (cultivan) a través de diferentes formas de aprendizaje, de trabajo o de lucha, produciendo los recursos necesarios para el colectivo social. Los agentes sociales se ponen en “enacción” por medio de dispositivos culturales aprendidos y reconstruidos permanentemente. Proceso que implica a la vez un trabajo de estructuración sobre el espacio y el tiempo: trabajo físico y también social, cultural-simbólico e imaginario. Las sociedades y sus organizaciones construyen dispositivos, los que se instituyen como estructuras de un sistema a fin de ocupar, desarrollar y distribuir “racionalmente” los múltiples espacios y tiempos que les aseguren el acceso a los recursos para su supervivencia: prácticas instrumentales; normas, valores y rutinas formales e informales; estilos de vinculación y asociación social; organización espacial y temporal de sus “ambientes”; dimensiones culturales, simbólicas e imaginarias.

En conclusión, en nuestras investigaciones sobre comunidades (barriales, urbanas o bien rurales) y sobre organizaciones y movimientos sociales en Brasil y Argentina, nos hallamos replicando un marco conceptual de análisis que promueve la construcción y refinamiento de teoría y práctica sobre diferentes dimensiones asociadas a los procesos de formación y de transformación de colectivos sociales: en las relaciones formales e informales; en los vínculos primarios (“las redes de contención” de los individuos); las actividades instrumentales (técnica, trabajo); la apropiación y distribución tanto pública como privada de los espacios y los tiempos; y finalmente, la movilización para la apropiación de los recursos simbólicos y culturales que acompañan a los procesos de resistencia social. Por último, intentamos entender el rol estratégico que las nuevas tecnologías de información y comunicación desempeñan en este *brave new world* que nos toca vivir.

Dispositivo de análisis: investigación-acción, diagnóstico e intervención social

El dispositivo de análisis-diagnóstico en acción

Análisis de situación utilizando el dispositivo de investigación-acción, diagnóstico e intervención social.

El siguiente es un ejemplo reformado de aplicación del dispositivo para el análisis-diagnóstico de una Asamblea de vecinos en el barrio de San Telmo (ciudad de Buenos Aires), realizado por alumnos de la Cátedra de Promoción Comunitaria de la Carrera de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Buenos Aires (UBA) en el segundo cuatrimestre del año 2002. De Vizer, Eduardo A., “La trama (in)visible de la vida social: comunicación, sentido y realidad”, cap. IV, 269/274. 2ª. Edic. Bs. As.: La Crujía, 2003/2006.

"ASAMBLEA 20 DE DICIEMBRE"

Organigrama de dimensiones

CATEGORÍAS	SÍNTESIS CONCEPTUAL	DESCRIPCIÓN DIAGNÓSTICA	POSIBILIDADES DE INTERVENCIÓN
1-Acciones Instrumentales	Producción – trabajo – función económica. Dispositivos instrumentales.	La Asamblea 20 de diciembre es un movimiento que se sustenta a través de varias vertientes que concluyen básicamente en dos, el desarrollo autogestionado de sus comisiones (trueque, feria, cooperativa de trabajo y cooperativa de vivienda) y por otro lado la asistencia económica que brinda la Secretaría de promoción Social del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (bolsones de comida, materia prima para comedor y merendero).	Encontrar los mecanismos y herramientas que posibiliten una circulación de la información pareja, en lo que respecta a la comunicación interna. Esto es, que todos los concurrentes a la Asamblea puedan difundir las características de las actividades que desarrollan y en las cuales están involucrados (hora de reunión, responsables, objetivos, novedades) y que aquellos que quieran enterarse de esa información sepan dónde y cómo encontrarla. Con relación a la asistencia económica recibida de parte del GCBA, si bien esto no es algo que no nos compete cambiar, sí sugerir formas de generar un debate democrático acerca de la administración de esos fondos.
2- Organización política y "administrativa".	Lo "instituido" Lo formal, normas y reglas. Dispositivos de toma de decisiones, modos de representación y delegación- detentación del poder.	El poder está bastante claramente delimitado. Hay un líder acompañado por un número limitado de integrantes que son los que realmente intervienen en las decisiones de la asamblea y, al mismo tiempo son los promotores de las actividades que allí se realizan y de la misión que debe tener en tanto asamblea. Todo esto sostenido por un discurso ideológico muy claro y una trayectoria militante de la cual la mayoría carece. Si bien se realiza una asamblea general semanal en la que todos los asistentes pueden tener acceso a la palabra, las	Fomentar espacios y tiempos de discusión y debate que no sean específicamente los días de reunión de la asamblea general (sábados) ya que al colmar la capacidad del lugar no es posible que todos se escuchen entre sí. Por ejemplo, se podrían armar talleres con temáticas referidas a problemas cotidianos en los que se intercambien experiencias, temores, deseos. Esto, además de ayudar en esas inquietudes permitiría gestar una conciencia colectiva y de interés hacia la organización como un

		<p>decisiones que finalmente se toman o los discursos que son tenidos en cuenta son los brindados por aquellos que participan de la manera que aquel líder interpreta como forma válida. Por ejemplo: para tener acceso a la bolsa de comida que otorga el GCBA se debe tener el 100% de la asistencia a la reunión de los sábados.</p>	<p>todo, como una comunidad en la que, lentamente, el poder se conciba como "poder hacer" entre todos, "poder elegir entre todos", "poder decidir entre todos".</p> <p>Esta sugerencia viene de la mano de fomentar la participación desde un hacer y no desde una presencia física para "acceder a" un bolsón de comida.</p>
3-Dimensión valorativa y normativa alternativas	Organización de la Institución. Valores, normas. Misión y visión "alternativos" a la organización tradicional.	<p>La asamblea está organizada principalmente por comisiones de actividades y proyectos en la que cada una tiene un representante que formará parte de la dirección de la asamblea. Todos los integrantes deben comprometerse a trabajar en la asamblea con una asistencia mínima de una vez por semana. La dirección está trabajando en un proyecto de realización de un carnet para cada uno de los integrantes que efectivamente se comprometen en cualquiera de las actividades y además participen de los actos que organice o adhiera la Institución.</p>	<p>Asociado a la dimensión anterior. Ayudar a crear conciencia de que pertenecer a un lugar no es asistir a ese lugar y que llevar un carnet colgado como distintivo, corre el riesgo de acentuar el sentido de desigualdad entre los mismos actores de la comunidad, sobre todo si la elección de quienes pueden llevarlo son aquellos que detentan el poder.</p>
4- Dimensión espacial y temporal	Construcción y "cultivo" real, simbólica e imaginaria del espacio y de los tiempos.	<p>Con respecto al espacio físico de reunión, la asamblea se desarrolla en un bar que no funciona comercialmente, en el cual vive el líder de la asamblea. En el lugar no hay restricciones para el ingreso. Por otro lado, hay una posición con respecto al espacio territorial del barrio, ya que es una zona muy ambigua, con clases sociales muy diferenciadas que pujan por apoderarse del espacio. Por un lado está la clase media representada por los comerciantes</p>	<p>Ya que el lugar donde se desarrolla la asamblea, funciona como merendero y comedor infantil, sugerir el cuidado entre todas las familias de ese espacio en lo que respecta a higienización y, sobre todo, a respetar ese espacio de los chicos para que no se invada con las reuniones de comisiones, etc.</p>

		<p>tradicionales de la Plaza Dorrego y sus alrededores que luchan por conservar el barrio y su casco histórico en función del turismo y de una imagen que en la realidad no representa a todos los habitantes del barrio; ya que son muchos los vecinos que viven en hoteles familiares, municipales, casas tomadas, viviendas con orden de desalojo inminente.</p> <p>Este último entramado de personas son en su mayoría los concurrentes a la Asamblea 20 de diciembre.</p>	
5- Dimensión vincular	<p>Instituciones y redes afectivas de contención-social.</p> <p>El "cultivo" social familia, centros de atención para enfermos, menores, desocupados, etc.</p>	<p>La asamblea funciona como una fuente de contención de los más necesitados del barrio, ya que se hace cargo de las demandas de las familias carenciadas ya sea, en lo que a lo alimenticio respecta, como de vivienda, o empleo. Con respecto a la salud está en contacto con la salita del barrio con la que colabora repartiendo la leche que entrega promoción social. Asimismo se compromete a conseguir medicación para quienes no tengan recursos. Todas las demandas son satisfechas siempre y cuando los vecinos tengan la participación anteriormente mencionada en la asamblea.</p>	Asociado a lo expresado sobre "participación".
6- Imaginarios sociales	<p>Cultura- mitos – ceremonias - rituales-identidad - percepciones del mundo real.</p> <p>El "cultivo" de las esferas simbólicas e imaginarias.</p>	<p>En el acto que realizó la asamblea el 18 de octubre con motivo de la seguridad en el barrio, un orador hace mención al adjetivo "negro" en términos de "nos discriminan porque somos los negros del barrio". Es decir, hay un imaginario muy fuerte sobre lo que la clase media y alta piensan sobre las personas de bajos recursos, aunque, expresada aparte de aquellos que entienden sobre la connotación negativa de</p>	<p>Aunque pueda parecer ingenuo, reflexionar junto a los actuales referentes de la organización que por lo general actúan como oradores en los actos realizados por la asamblea sobre el rol del comunicador comunitario, en tanto productor de sentido y formador del universo simbólico.</p>

		ciertos adjetivos, creo que, la insistencia a utilizarlos termina por legitimar ese discurso, además de recargar el resentimiento.	
--	--	--	--

E. Barbosa; M. Gatto; C. Gil; C. Guardia; M Rossi. Cátedra Vizer

Conclusiones inconclusas

El análisis de situación utilizando el dispositivo permite pensar en algunas problemáticas y posibilidades de intervención estratégica que no se habrían planteado en un comienzo.

La realización de análisis-diagnóstico de situación sobre organizaciones de barrio (como las movilizaciones y la participación de vecinos en las Asambleas Barriales de la ciudad de Buenos Aires en plena crisis del 2001/2003) y sobre comunidades urbanas o rurales utilizando el dispositivo, posibilitó abordar y esclarecer tanto las problemáticas “objetivas”, como las representaciones y el mundo de experiencias subjetivas –o intersubjetivas– que constituyen la trama del “mundo de la vida” de diferentes tipos de organizaciones y colectivos sociales. Como analistas y mediadores sociales, este abordaje nos permitió pensar en algunas problemáticas que son compartidas por una gran cantidad de comunidades, como otras problemáticas que solo son específicas a cada colectivo social particular. Y también nos deja conocer sus fortalezas y debilidades, los puntos de quiebre, los juegos de intereses y de fuerzas que se hallan operando tanto en el interior como desde el exterior del colectivo. Nos permite diseñar estrategias y programas de acción sobre diferentes ámbitos, y dispositivos de intervención que no hubieran podido plantearse en el comienzo de cada trabajo sin una metodología apropiada.

Adendum

Conclusiones sobre dieciséis años de Políticas de aplicación del Presupuesto Participativo por parte de la Prefectura de la ciudad de Porto Alegre bajo el gobierno del Partido de los trabajadores (Helenice Carvalho).

He tomado conocimiento de un trabajo de tesis realizado como investigación empírica de las estrategias –de información, comunicación, conocimiento y participación ciudadanas– implementadas durante dieciséis años por la Prefectura de la ciudad de Porto Alegre para aplicar el Presupuesto Participativo. Considero de interés reproducir un pequeño extracto del trabajo porque presenta un ejemplo concreto sobre algunas de las ideas ofrecidas por mí consideradas dentro de un nivel de proposiciones específicamente teóricas. El trabajo lleva por título “La experiencia del Presupuesto Participativo de Porto Alegre como ejemplo de educación para la ciudadanía: análisis de las estrategias comunicativas del Partido de los Trabajadores (PT) en las cuatro gestiones frente a la Prefectura Municipal de Porto Alegre”.

...“Hoy, la gran cuestión planteada en términos de comunicación es: cómo construir procesos de comunicación volcados desde y hacia las preocupaciones de la sociedad y cómo tornar esa cuestión social y políticamente estratégica. Otra preocupación es también, definir cómo la comunicación puede auxiliar a la construcción de ciudadanía y fomentar la solidaridad en el conjunto de la sociedad. Fue a partir de esas cuestiones que me he preocupado en desarrollar una mirada más detallada hacia el estudio de las estrategias de comunicación del Presupuesto Participativo, en especial, hacia las estrategias de comunicación formuladas para posibilitar, –más allá de visibilidad, credibilidad y legitimidad– la implantación y consolidación de un proyecto político-administrativo diferente a otros tradicionales”.... “Otra cuestión que merece destacarse es la “red de relaciones” que se estableció para divulgar el PP. Fueron envueltas asociaciones de barrio, asociaciones de moradores, movimientos de madres, órganos representativos del municipio y organizaciones de la sociedad civil organizada, creando un verdadero tejido a partir de una red de divulgación horizontal. Con eso, se puede decir que la estrategia de comunicación del PP fue el resultado de entrecruzamientos de códigos, técnicas, valores, apelos simbólicos y múltiples lenguajes. No hubo apenas una comunicación política lineal, sino una comunicación integrada que acompañó la complejidad de la propia sociedad. En suma, el PP era una propuesta compleja implementada para una sociedad compleja, lo que hacía necesaria una comunicación global, y por lo tanto, mucho más compleja que la que constituía la práctica tradicional en términos de comunicación política gubernamental, o de la comunicación institucional de gobierno”.

Por último, “cuando se habla de comunicación política como un proceso, se quiere decir que para interactuar con la sociedad es necesario más que la simple ‘publicización’ de la política. Antes que nada, es necesario que se haga un ejercicio de comprensión y concientización sobre aquello que se propone como público. Específicamente, en el caso del PP, fue preciso establecer un proceso socio-pedagógico-comunicacional, en el sentido de “equipar” a la población para “vivenciar” la política, pues los años de dictadura se habían ocupado de alienar algunas generaciones y hecho callar otras tantas. “Equipar” a la comunidad significó implementar estrategias mediáticas de manera amplia, utilizando a los medios como elemento pedagógico, con el objetivo de proponer cuestiones para involucrarla en un proceso reivindicatorio amplio, en el sentido de hacer participar a la sociedad de las decisiones que de alguna forma les incumbían. Se destaca también aquí el papel pedagógico de la comunicación, como campo social dotado de competencias interdisciplinarias capaces de potencializar las dinámicas comunicativas y las relaciones sociales, preocupadas en estimular la “voz” de los sujetos sociales envueltos en los diversos procesos colectivos de toma de decisión, en el sentido de promover nuevas posibilidades de interacción social participativa.

Entretanto, a pesar de los avances traídos por esa nueva forma de comunicar ofrecida por el PP, hay algunas consideraciones que precisan ser hechas:

La primera es sobre la necesidad que existe de hacer comprender a la sociedad que la “verdadera” comunicación política es un proceso híbrido atravesado por muchas mediaciones, con un énfasis no excluyente de la dimensión mediática de masas, pero que no debe reducirse a los medios, y más recientemente, a la formación de redes virtuales.

La segunda es que deben ser consideradas las estrategias de comunicación generadas por la propia sociedad, pues la democracia se efectiviza en las interacciones complejas entre la sociedad civil y el Estado, haciendo que cuando se hable de democracia participativa se hable también de una comunicación participativa, visto que la política y la comunicación son áreas que se entrelazan.

La tercera es que, a despecho de todos los avances que pueden ser verificados en las estrategias de comunicación del Presupuesto Participativo, la construcción de esas estrategias aun fue elaborada en la esfera del Estado. O sea que no hubo una incorporación significativa de estrategias de comunicación que puedan haber surgido

en el ámbito de la sociedad y de los grupos sociales que interactuaban a partir de las reuniones del PP. Si estas estrategias hubiesen sido de alguna manera incorporadas, ciertamente se verificaría un avance mucho más significativo en la calidad de la comunicación del PP.

La cuarta es que la estrategia de comunicación, aun siendo definida por el Estado, reproduce cuestiones comunicacionales presentes en los modelos conservadores. O sea, aunque el Estado tenga interés en alterar el proceso de comunicación, este avanzó muy poco hasta el momento, por la falta de recursos y también por un “conservadorismo”, que de alguna forma impidió que una comunicación participativa genuina pudiese avanzar.

De una manera general, la sociedad del siglo XXI espera que proyectos avanzados a nivel político tengan una comunicación también avanzada, en el sentido de que contemplen la posibilidad de interacción e intervención en el proceso comunicacional, calificando mejor el diálogo entre las instituciones políticas y la sociedad”...

BIBLIOGRAFÍA

- CARVALHO, H. (2004), *La experiencia del Presupuesto Participativo de Porto Alegre como ejemplo de educación para la ciudadanía: análisis de las estrategias comunicativas del Partido de los Trabajadores (PT) en las cuatro gestiones frente a la Prefectura Municipal de Porto Alegre*. Tesis doctoral, Unisinos, Brasil.
- FINQUELIEVICH, S. (2000), *Las redes ciudadanas sustentadas por TIC's*. Proyecto de investigación, Conicet, Argentina.
- GEERTZ, C. (1995), *La interpretación de las Culturas*. Barcelona, Gedisa.
- GIDDENS, A. & TURNER, J. H. (1987), *La teoría social hoy México*. Alianza Ed.
- VIZER, E. A., 2003/2006, *La trama (in)visible de la vida social: comunicación, sentido y realidad*. 2. edic. Bs. As., La Crujía.
- (1987), *The Challenges of developing a Technological Culture*. United Nations Department of Public Information. Nueva York. Trad. Telos No.37, Madrid (1994).
- (2003), *Las tecnologías de información y comunicación (Tic's) y el crecimiento del capital social*. www.cidade do conhecimento Site del Inst. de Estudos Avançados. Univ. de São Paulo (USP). En *Globalización y Nuevas ciudadanías Comp.*: C. Reigadas & C. Cullen. Ed. Suárez, Mar del Plata.
- (2005), *Metodología de investigación, diagnóstico e intervención social*. Redes.Com No 2. Sevilla. Instituto Europeo de Comunicación y Desarrollo.
- (2004), *¿Sociedad de la información o de la comunicación? Entre el condicionamiento y la libertad.- Signo y Pensamiento*, Univ. Javeriana, Colombia.
- *Globalization and Cooperation. Social actors on a New Technologies and Communication perspective*. Anales del Congreso CALACS (Canadian Association for Latin and Caribbean Studies, Canadian Journal) 1991.
- *Repensar la información y lo social e "impensar" la comunicación. La doble faz de la sociedad mediatizada (explorando intersecciones e interfases). La comunicación como apropiación expresiva de los mundos sociales*. En *Comunicación y Socioanálisis. Estrategias de investigación e intervención social*. La Crujía, Bs. As., libro en prensa.
- *Dimensiones sociales de la comunicación; dimensiones comunicacionales de lo social. Líneas y problemáticas de investigación*. (op. cit. anterior).
- *Estilos epistemológicos y estrategias de investigación. El "lugar" de la comunicación* (op. cit. anterior).

Capítulo VIII

Balance crítico y nuevas perspectivas de la investigación sobre recepción de medios en Cuba³⁹

Prof. María Margarita Alonso

Facultad de Comunicación - Universidad de La Habana

Introducción

La reflexión teórica sobre la comunicación de masas ha atravesado en nuestro país diversas etapas, en cada una de las cuales se expresan los diversos factores histórico-sociales que la han condicionado, así como características propias de la lógica interna de las Ciencias de la Comunicación y su aplicación más o menos autóctona a los problemas particulares de nuestro proyecto histórico social.

Este condicionamiento múltiple se expresa de manera particular en los "Estudios sobre Recepción y Consumo de Medios", área que ha constituido un tema privilegiado dentro de la investigación comunicacional cubana y tema que abordamos en nuestra tesis doctoral.

Los propósitos del presente trabajo son los siguientes:

- Realizar un balance crítico de la trayectoria seguida por los Estudios de Recepción de Medios en Cuba.
- Identificar los factores -tanto internos de la Ciencia como externos, es decir, histórico-sociales- que han condicionado dicho proceso en sus diferentes etapas.
- Caracterizar el estado actual de estos estudios en Cuba, ante los profundos cambios socioeconómicos, políticos y culturales que han tenido lugar en el país en la última década.

³⁹ Question N° 28 – 2010. Publicado originalmente en *Question* N° 1, en septiembre de 2000.

Desarrollo

Por diversas razones socioeconómicas, políticas y culturales, los estudios sobre Recepción (públicos, audiencias, efectos) han ocupado un privilegiado lugar dentro de las investigaciones de la Comunicación Masiva en Cuba.

Antes de la década del 40, los estudios sobre la comunicación de masas fueron en el país aislados y asistemáticos, centrados como es lógico en la comunicación impresa y esencialmente descriptivos. Desde el punto de vista disciplinario, estas aproximaciones se basaban, en lo esencial, en enfoques biblio e historiográficos, especialmente de las publicaciones periódicas, por lo que el tema de la Recepción no constituyó en estas etapas objeto de investigación.

Los años 40 representan un momento significativo en la introducción de nuevas aproximaciones, técnicas y objetos de investigación, aún cuando la característica principal de dichos estudios era su propósito eminentemente comercial.

El centro de interés de las investigaciones en comunicación en este período era la determinación de los "ratings" de audiencia, auspiciados por la Asociación de Anunciantes de Cuba, lo que explica la tradicional centralidad de los estudios de recepción y audiencias dentro de la investigación de la comunicación.

La figura del investigador cubano Raúl Gutiérrez Serrano, quien fuera discípulo de Paul Lazarsfeld, se encuentra indisolublemente unida a la introducción en Cuba de las encuestas electorales, los "surveys" de variado tipo y la medición cuantitativa de audiencias, directamente importadas del empirismo sociológico norteamericano en una de sus vertientes más representativas: los estudios del consumo radial según la (denominada por De Fleur y Ball Rokeach, 1986) "Teoría de las categorías sociales".

Las investigaciones sobre publicidad y medios de comunicación, estrechamente vinculadas a la radiodifusión en la década de los 40, se intensifican en los años 50 a partir de la introducción de la televisión y el auge de las agencias publicitarias (Muñiz, 1990). Consecuentemente, los estudios del público continúan siendo prioritarios y se mantienen, en lo esencial, los mismos enfoques y técnicas de indagación.

Así, durante la década del 50 las investigaciones descriptivas de audiencias se extienden a la Televisión y la Prensa Escrita (en este caso, estudios de lectoría). El método utilizado era la encuesta coincidental y las "clases sociales", la principal

variable sociodemográfica del público considerada en aquellos estudios (Rodríguez, 1990).

Como puede apreciarse, la investigación de la Recepción en este período se encuentra directamente condicionada por los siguientes factores:

- la lógica económica (a partir de la rentabilidad de la publicidad comercial a través de los medios).
- la influencia teórica del funcionalismo norteamericano, dominante entonces en las Ciencias de la Comunicación.

La forma -brevemente reseñada- de introducción de las "modernas" técnicas de investigación de auditorios marcaría definitivamente, a nuestro juicio, las tendencias y enfoques que caracterizarían durante largo tiempo la aproximación a los fenómenos comunicativos en el país: gran interés por el público o audiencia, énfasis en lo descriptivo y cuantitativo, unido a la preocupación por el rigor técnico y la aplicación de métodos científicos de selección muestral y procesamiento estadístico.

Tras el radical cambio sociopolítico que representó el proyecto revolucionario instaurado en 1959, el campo de la comunicación masiva se vio también sometido a significativas transformaciones.

La nacionalización de los medios de comunicación y las nuevas funciones que ellos adquirirían como instrumentos de educación, orientación y movilización, relegaría a segundo plano la problemática de su investigación; lo que explica, en lo esencial, el debilitamiento de los estudios de la comunicación durante los años 60 y primera mitad de los 70.

Es por ello que, entre otros factores, la trayectoria de los estudios comunicacionales cubanos en comparación con la seguida, en líneas generales, en Latinoamérica, muestra sustanciales diferencias.

Rasgo común a ambos itinerarios es la influencia de las escuelas norteamericanas -funcionalismo, sociología empírica y psicología de los efectos- durante algunas etapas (acuñadas como de la dependencia teórica foránea).

Sin embargo, la sustancial influencia del marxismo y el desarrollo de las teorías críticas que caracterizara el panorama de la investigación latinoamericana durante la

década de los 70, considerada por muchos como la más autóctona de la región, contradictoriamente, apenas tuvo repercusión en nuestro país.

Las características y funciones particulares de los medios de comunicación en Cuba, en especial su carácter educativo-cultural, hizo que determinadas problemáticas (entre ellas, la del imperialismo cultural), no se abordaran por los investigadores cubanos con el énfasis que distinguió al resto del continente.

Es por ello que, salvo aislados trabajos de especialistas cubanos y unos pocos títulos de autores extranjeros publicados en la época, la perspectiva crítica no llegaría a caracterizar la reflexión cubana en materia de comunicación, aún cuando dio lugar a interesantes y sistemáticos análisis, algunos de los cuales tuvieron continuidad y se mantienen en nuestros días.

De esta forma, la comparación de la investigación comunicacional cubana con la del resto del continente muestra un desfase, caracterizado por la extensión de la influencia de las corrientes norteamericanas durante las décadas de los 70 y 80 en nuestro país y consecuentemente por el escaso grado de elaboración teórica y reflexión propia en torno a los procesos comunicativos.

La débil influencia de las teorías críticas (centradas por lo general en los estudios del emisor) contribuiría a mantener el énfasis en los estudios de Recepción y Efectos.

Un factor de significativa influencia en el empirismo que durante estos años caracterizó a la investigación en comunicación fue la escasa publicación y difusión de literatura científica especializada, así como la búsqueda de nuestros principales referentes en la producción marxista de los países de Europa del Este, cuya reflexión en el terreno de la comunicación fue en general poco relevante. En adición a lo anterior, cabe señalar el olvido de Latinoamérica -de cuya rica producción teórica estuvimos durante años aislados- como más cercano y obligado referente en la construcción de paradigmas propios.

Hasta finales de los años 80 e inicios de los 90 -coincidiendo con el derrumbe del socialismo real- no se produciría en la comunidad científica cubana la toma de conciencia crítica del estado de dependencia foránea y escasa reflexión propia de la investigación comunicológica.

En lo que a los estudios de Recepción respecta, la tendencia más relevante desarrollada en el país (años 70-80) ha sido la medición cuantitativa y la descripción (magnitud y composición) de las audiencias.

Llama la atención constatar cómo, a pesar del sustancial cambio político ocurrido en el año 59, los modelos y corrientes norteamericanos prevalecieron con tal fuerza, así como la influencia del paradigma informacional, base epistemológica de la mayor parte de estas indagaciones.

Por otra parte, muchos de los estudios de Recepción realizados en el período se desarrollaron en el marco de enfoques "administrativos", en dispositivos de investigación adscriptos a instituciones de comunicación; mientras que los estudios "académicos" fueron escasos y caracterizados también por su empirismo.

El trabajo más sistemático de investigación de audiencias se ha desarrollado en el Centro de Investigaciones Sociales de la Radio y la Televisión del Instituto Cubano de Radio y Televisión. Otra institución significativa en los estudios del Receptor es el Departamento de Investigaciones del Instituto del Arte e Industria Cinematográficos.

Por su parte, en los marcos académicos, el trabajo más sistemático de indagación de los fenómenos de Recepción y audiencias se ha llevado a cabo en la Facultad de Comunicación de la Universidad de La Habana.

Principales tendencias

Sin lugar a dudas, los estudios cubanos de Recepción y audiencias (1977-1989) se inscriben en dos modelos principales: *el Modelo de Efectos y el de Usos y Gratificaciones*.

Dentro de la primera vertiente, predominan ampliamente, como ya se ha señalado, los trabajos centrados en la medición y descripción del público según categorías sociales (variables sociodemográficas, culturales y, en menor medida, sociopsicológicas). El mayor número de investigaciones se reportan en los medios audiovisuales (TV, Radio y Cine); mientras que en el caso de la comunicación impresa los estudios de "lectoría" ocupan un lugar secundario con relación a los de mensajes, tratamiento de géneros, etc.

Como se ha hecho referencia con anterioridad, la comprensión del por qué del énfasis casi absoluto de los investigadores cubanos en este tipo de estudio "integrado", de corte administrativo y descriptivo, y la ausencia de aproximaciones críticas, pasa por el análisis del contexto político y comunicativo en el que tales

indagaciones se realizaron, muy en especial del carácter educativo de los medios de comunicación, su orientación intencionalmente dirigida a la promoción de valores espirituales y la reafirmación de la identidad nacional.

Contextualizados en este marco sociopolítico y cultural favorable, los estudios de recepción fueron, sin embargo, desde el punto de vista científico, por lo general imitativos y poco autóctonos.

Consecuentemente con las principales prioridades de la construcción del proyecto social revolucionario, los niños y los jóvenes se constituyeron en objeto de estudio priorizado como receptores.

Inspirados en estudios y autores clásicos como Himmelweit y Schramm, se abordó el consumo que de las programaciones radial y televisiva realiza el receptor infantil, el peso de la radio y la televisión dentro de las actividades cotidianas del niño, el tiempo dedicado diaria y semanalmente al consumo de los medios, las satisfacciones y gratificaciones obtenidas por el público infantil y algunos de los principales recursos de eficacia que determinan dichas satisfacciones.

En cuanto al joven receptor, se emprendieron también estudios sistemáticos (en general con los mismos modelos y referentes teóricos). Sin embargo, al ser incluida esta línea de investigación dentro de un abarcador "Programa Científico Técnico" sobre la Juventud -priorizado para las Ciencias Sociales en Cuba durante el quinquenio 1986-90- se logró una mayor integración entre los diferentes medios, lo que permitió vencer la fragmentación y dispersión de enfoques, y obtener resultados si no más relevantes desde el punto de vista científico, al menos más significativos en lo que a su grado de generalización y repercusión para la práctica social respecta.

Como resultado de esta investigación se logró una caracterización y diagnóstico riguroso del vínculo que establece la juventud cubana con los medios de comunicación. Se realizó una comparación entre el joven receptor y el público "adulto", lo que permitió constatar el vínculo especialmente activo y diferenciado que establece este auditorio con los medios de comunicación y el importante papel que desempeña la comunicación masiva en esta etapa de la vida.

Asimismo, dicha investigación permitió realizar un diagnóstico crítico del estado de los estudios cubanos sobre la juventud y los medios de comunicación, poniendo de manifiesto las limitaciones teórico-metodológicas en ellos presentes.

Además de los enfoques predominantes (Efectos y Usos y Gratificaciones), se realizaron durante toda esta etapa algunos intentos de investigaciones con mayores pretensiones, con empleo de técnicas cualitativas, más flexibles y mayor interés en la profundización que en la descripción cuantitativa.

Como ejemplo de estos estudios pueden señalarse las investigaciones sobre los Seriales Juveniles (Alonso y Prieto, 1986) que abordaron asuntos como: identificación con los personajes de los teleseriales, motivaciones, "lectura" y usos del mensaje, entre otros.

Por su parte, los estudios del espectador cinematográfico siguieron, en lo esencial, similares tendencias, aunque se caracterizaron por su mayor grado de profundización y diversidad de aspectos indagados.

Se investigaron, así, las preferencias y hábitos relacionados con el consumo de cine, el sistema de motivaciones de los espectadores, las actitudes y prejuicios hacia algunos tipos de cinematografías, el uso del cine como medio de modificación de actitudes, la recepción de la crítica y la comprensión del lenguaje cinematográficos (ICAIC, 1987).

A pesar del espíritu crítico que ha animado el presente análisis, la trayectoria de los estudios cubanos sobre Recepción y Audiencias puede ser evaluada como un proceso en construcción, históricamente condicionado y socialmente proyectado que atravesó etapas necesarias en la búsqueda de referentes teórico-metodológicos y de una identidad propia.

En este recorrido, en que diversos condicionantes externos se han convertido en fuerzas motrices internas del desarrollo científico, a través de múltiples mediaciones, se ha acumulado inestimable información acerca de los procesos de recepción y audiencia de medios del receptor cubano.

Los años 90: Nuevas orientaciones

La caída del socialismo real, las profundas transformaciones operadas en las ciencias sociales a nivel internacional, la experiencia acumulada durante más de una década y el contacto con la producción teórica latinoamericana

serían elementos decisivos en las nuevas orientaciones de los investigadores cubanos de la comunicación.

El consenso en la necesidad de producir un cambio radical en el modo de aproximación a los fenómenos comunicativos y la búsqueda de referentes en la variada reflexión de nuestra región, de la que habíamos permanecido distantes, caracterizarían el viraje producido a finales de los 80 e inicios de la presente década en los estudiosos de la comunicación (Alonso, Rivera y Sánchez, 1993).

Dentro de estas rupturas, el estudio de los procesos de Recepción y Consumo continuaría ocupando, sin embargo, un relevante lugar, ahora estimulados por el peso de la temática a nivel internacional, cuando el retorno al sujeto y el *Paradigma de la Recepción Activa* se perfilaban desde los años 80 como importantes tendencias de la investigación comunicacional y nuestro continente realizaba significativos aportes a la comprensión del tema.

Los enfoques actuales de los investigadores cubanos se basan en los diversos desarrollos y fuentes teóricas, que convergen en el denominado Análisis de la Recepción (Jensen, 1993) y Etnografía de Audiencias (Lull, 1992; Morley, 1993; Ang, 1994), con énfasis especial en la elaboración que de estos postulados han realizado los investigadores latinoamericanos.

El cambio paradigmático que constituyen las teorías actuales de la recepción ha sido sin dudas trascendental para los estudios de la comunicación, al punto de considerarse como un "tercer estadio de la biografía del campo, que viene a sustituir lo dicho por los dos anteriores, el funcionalista y el frankfurtiano" (Caletti, 1992:31).

Sin embargo, el andamiaje teórico-metodológico de los estudios de recepción muestra un panorama de gran complejidad, que retoma una amplia cantidad y variedad de fuentes y cuya organicidad interna es un proceso aún en construcción.

No han faltado por ello numerosos enfoques críticos acerca de los riesgos que comporta el paradigma de la Recepción Activa, entre los que se señalan especialmente los de disolver o descuidar la problemática del intercambio desigual (Mattelart, en Kaplún, 1988) y el otorgar una excesiva libertad y poder al consumidor-receptor (Martin Barbero, 1991). Frente a esta situación, la contribución y originalidad de la reflexión latinoamericana sobre el tema es destacada por diferentes autores, quienes reconocen, por una parte, la autenticidad de estos estudios, al no circunscribir los procesos de recepción al individuo aislado de su sociedad, sino enmarcarlos en la

problemática de las culturas populares (Mattelart y Mattelart, 1991); y por otra, el rescate de la racionalidad política y clasista del asunto, la necesidad de no descuidar la cuestión del poder, el conflicto y la hegemonía (Ang, 1994).

De la reflexión internacional, nuestros estudios asumen, en lo esencial, la perspectiva de la investigación crítica de audiencias. De la Etnografía crítica (Ang, 1993; Morley, 1996) retomamos el interés en arribar a un conocimiento profundo e historizado, en el que la actividad de la audiencia se vincule, ante todo, a estructuras y procesos político-sociales. La recepción no es un objeto de investigación *aislado ni aislable*, sino integrado a una red de prácticas y relaciones culturales en producción

Este enfoque analiza la variedad de apropiaciones que diversos grupos sociales hacen de los textos, partiendo de un marco interpretativo en el que esas diferencias en las prácticas de ver televisión, por ejemplo, "no son vistas solamente como expresiones de diferentes necesidades, usos o lecturas, sino que se conectan con la forma en que los sujetos históricos se posicionan estructuralmente en relación a los otros (...). Lo que llamamos *hábitos de ver* no es un conjunto más o menos estático de características pobladas por un individuo o grupo de individuos, sino que son los resultados temporarios de un proceso sin fin, dinámico y conflictivo, en el que se *juegan relaciones entre sentido, placer, uso y elección* (Ang, 1993:39).

Similares concepciones exhibe el enfoque de James Lull, para quien los procesos de producción de sentidos que la audiencia elabora a partir de los textos mediáticos no son ni totalmente libres ni completamente uniformes: "sus selecciones, interpretaciones y usos están íntimamente influenciados por sus relaciones domésticas, sus relaciones sociales más amplias y por los contextos culturales en los cuales las relaciones sociales están insertadas y en donde adquieren significado" (Lull, 1992:56).

Un aspecto particularmente importante de la propuesta de este autor es la integración entre los aspectos micro y macrosociales en el estudio de los procesos de Recepción, al considerar que los complejos y amplios dominios de la economía, la política y la cultura están articulados y reproducidos (pero a la vez transformados y trascendidos) en las prácticas rutinarias de la vida cotidiana. Las influencias ideológicas y las relaciones de poder contenidas en las macroestructuras sociales se cruzan siempre con las normas y relaciones de estatus de los ambientes locales.

La interpretación crítica de Graham Murdock (1990), por su parte, aunque insiste también en establecer las conexiones existentes entre los sistemas de significados, que

en su encuentro con los medios elaboran los públicos, y las más amplias formaciones simbólicas y sociales que también les dan forma, se acerca más a la comprensión marxista del papel de los determinantes económicos en los procesos simbólicos.

Para Murdock, lo económico es determinante más bien "en primera que en última instancia", y por ello constituye un punto de partida para el estudio de los procesos de Recepción. Las dinámicas económicas son vitales para la investigación crítica, pero ello no niega la necesidad del estudio detallado de los espacios simbólicos, los cuales poseen determinaciones autónomas. Los estudios de audiencia no pueden prescindir del análisis de cómo las relaciones de los públicos con los medios son estructuradas a su vez por la desigual distribución de recursos materiales y simbólicos.

Especialmente relevante en sus concepciones es la comprensión de la naturaleza dinámica y dialéctica de la estructuración de las audiencias. Para explicarla, Murdock recurre a la categoría de *habitus* de Bourdieu, referida al hecho de que cada clase o subgrupo social produce un *habitus* adaptado a la posición social que en la sociedad ocupa, y que, al ser compartido por todos los miembros, actúa como *la orquestación sin director que le da regularidad, unidad y sistematicidad* a sus prácticas culturales. Los *habitus* son, así, los mediadores entre el consumo cotidiano y las estructuras y procesos económicos y simbólicos.

Por su parte, las teorías sobre la Recepción desarrolladas en Latinoamérica, ocupan un significativo lugar dentro de la reflexión internacional sobre el tema, alcanzando un reconocimiento que trasciende los marcos del continente. Aún cuando el conjunto de enfoques latinoamericanos son diversos en sus énfasis teóricos, grado de conceptualización y niveles de aplicación empírica, se distinguen también por su unidad interior.

De la reflexión teórica latinoamericana, los investigadores cubanos destacamos como especialmente significativo (Martín Barbero, 1990; Medina, 1995):

- Inserción del proceso de Recepción en una historia cultural que contextualiza las prácticas de lectura y consumo.
- Rescate de los actores sociales concretos que participan en el proceso de Recepción en tanto proceso de producción e intercambio de sentidos.
- Compromiso con la realidad social expresado en el interés por incrementar los niveles de participación cultural y política de la gente; lo que pasa por el

respeto al otro, a sus formas de vida, el reconocimiento de la diversidad y heterogeneidad de los sujetos populares.

- Ubicación de la problemática de la hegemonía como reflexión central para entender la comunicación y los procesos de recepción y consumo. La comprensión del poder cultural como agente hegemónico y de los vínculos entre lo hegemónico y lo popular permite dar cuenta de las relaciones de poder que se imbrican al interior de las prácticas mismas de recepción.
- Carácter constructivista y productor de sentidos del proceso de recepción, que no olvida, sin embargo, el condicionamiento histórico-social y cultural del mismo, reconociendo los límites de la actividad constructiva y la libertad del sujeto receptor.
- La mediación social como concepto clave en la comprensión de los procesos receptivos y la cultura como principal agente mediador o instancia desde la que se produce la construcción social del sentido.
- Comprensión de la dialéctica entre lo popular y lo masivo: la cultura de masas como deformación de la cultura popular y no de la alta cultura. Lo popular en su carácter de heterogeneidad, hibridación, mestizaje y, por ello, lugar clave desde donde investigar las prácticas comunicativas. Reconocimiento de la diversidad y heterogeneidad de los sujetos populares.

Los géneros en tanto elementos articuladores entre las competencias comunicativas de emisores y receptores, entre las lógicas de la producción y las gramáticas de los usos.

Aún cuando nuestras reflexiones se insertan abiertamente en los anteriores referentes epistemológicos, una preocupación central reclama el interés de los investigadores: la búsqueda de elementos de identidad que permitan dar cuenta de la especificidad de las prácticas de recepción y consumo del receptor cubano.

Si como enfoque de partida de estos estudios, se concibe la actividad de "lectura" como sociohistórica y culturalmente condicionada, las condiciones sociopolíticas y económicas particulares de Cuba deben ejercer una activa influencia en las prácticas de consumo cultural del pueblo. Las reflexiones –muy incipientes- al respecto, nos permiten adelantar los siguientes elementos:

- Las relaciones de propiedad social existentes en el país determinan diferentes mecanismos de funcionamiento de la hegemonía con relación al resto de los países del continente.

La estructura social cubana, tradicionalmente caracterizada por su homogeneización clasista, alta politización y centralización institucional, condiciona la singularidad de los vínculos: poder - medios de comunicación - masas populares y propicia un mayor consenso entre lo hegemónico y lo popular.

El carácter social de los medios de comunicación contribuye a que los movimientos de conflicto, lucha y resistencia, sean relativamente menos intensos que la complicidad, seducción y acuerdo entre emisores y receptores.

- Al mismo tiempo, en las actuales circunstancias, la estructura socioclasista cubana se caracteriza por la *heterogeneización, complejidad y aumento de las distancias inter e intra clasista* y tiene a la propiedad y los ingresos como ejes articuladores básicos del incremento de la desigualdad. Los grandes agregados típicos (clase obrera, intelectualidad, campesinado) se han fragmentado considerablemente como consecuencia de la crisis y la reforma económica cubanas (Espina et al, 1998). Estas modificaciones operadas en el cuadro socioclasista tienen expresión -indirecta y mediatizada- en las lecturas que de los medios realizan los diferentes grupos de receptores.
- Las condiciones socioeconómicas han cambiado sustancialmente en el país en las últimas décadas. El replanteamiento del comercio exterior, la apertura a la inversión de capital extranjero, el desarrollo de nuevos frentes como la biotecnología y el turismo, la despenalización de la tenencia de divisas, la eliminación de gratuidades, la elevación de los precios de los productos, la creación del sistema tributario, la implementación del trabajo por cuenta propia y el mercado agropecuario son, entre otras, transformaciones radicales de la estrategia económica asumida en respuesta a la internacionalización de la economía y la pérdida de los mercados de los países socialistas.

Paralelamente, la nueva coyuntura se caracteriza por la brusca reducción de los niveles de consumo de la población, el carácter dual de la economía, el incremento de las desigualdades, la magnitud alcanzada por el turismo...

Lo anterior determina la preeminencia que otorgamos al análisis de las dimensiones económica y macrosociales en la estructuración de los procesos de Recepción. Sin embargo, tales lógicas operan de manera dinámica y flexible a través de las especificidades de la esfera simbólica que, como sabemos, establece sus *propias e independientes determinaciones* (Murdock, 1990).

- La crisis económica de los últimos años ha provocado también transformaciones sociales de cierta magnitud, tales como la reestructuración de valores e incremento de actitudes individualistas.

Estudios sociopsicológicos realizados últimamente han revelado el hecho de que, conjuntamente con el deterioro del principio de distribución socialista, del valor social del trabajo y del funcionamiento del modelo económico y las relaciones de propiedad socialistas, han aparecido determinados problemas y tendencias, a saber: repliegue individualista hacia el ámbito de lo personal y familiar y en general hacia lo que de modo más inmediato afecta al individuo; predominio del carácter utilitario de las necesidades, preocupación centrada en asuntos materiales como la vivienda, los ingresos, la organización del tiempo extra laboral y la dificultad para adquirir bienes materiales; disminución de la participación de determinados grupos sociales, así como revitalización de valores pequeño burgueses en torno a la familia y al papel del individuo en la sociedad, entre otros (Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociopsicológicas, 1991; Centro de Estudios sobre la Juventud, 1994).

Los rasgos propios del macrocontexto sociocultural y político actual condiciona fuertemente la construcción de sentidos sociales como resultado de la actividad constructiva del receptor.

- A diferencia de la tendencia universal creciente a la diversificación de los productos mediáticos y la fragmentación del consumo, a partir de la crisis económica de los 90 en Cuba se ha reducido la circulación de mensajes

comunicativos. Lejos de la tendencia a la descentralización, se mantiene una fuerte concentración de los medios de servicio público.

En tal sentido, en una de las investigaciones realizadas por el Grupo de Estudios de Recepción y Consumo Cultural de la Facultad de Comunicación de la Universidad de La Habana se señala:

"La infraestructura de los medios en Cuba presenta un panorama muy diferente a la sobresaturada atmósfera comunicativa del resto del mundo. La condición postmoderna no nos llega precisamente por la excesiva codificación del espacio sígnico. El atraso tecnológico y la carencia de recursos deja muchos espacios vacíos que necesariamente serán ocupados por elementos exteriores al sistema. A los públicos cubanos, por lo menos a la gran mayoría, no ha llegado el zapping ni la televisión por cable, ni siquiera el video doméstico. Los cambios que las nuevas tecnologías han traído a las audiencias de los países capitalistas no han llegado de esa manera a los cubanos. No obstante, algunos sectores específicos de la población sí pueden tener acceso a estas tecnologías, lo que siempre estará acompañado del consumo de productos ajenos al sistema nacional, de fuentes alternativas de información. (...) Aunque sea minoritario, el acceso de los cubanos a estas nuevas tecnologías y a estas fuentes alternativas es cada vez más creciente e influyente, por lo que un indicador importante de medición (...) sería el acceso de los distintos grupos y los niveles de consumo de periódicos, revistas, emisoras radiales, filmes, literatura, juegos electrónicos, servicios de Internet y otras producciones foráneas. El sistema cerrado de comunicación nacional con el desarrollo del turismo y la apertura económica está presentando también fisuras, cuya significación en los hábitos de consumo de nuestra población está totalmente inexplorada y que puede significar cambios lo mismo en el plano de las formas de interactuar con los medios que en los contenidos" (Gessa, 1996:73).

- La ausencia de publicidad comercial en la comunicación pudiera incidir en una diferente actitud del receptor, así como en su actividad perceptiva. No ha sido aún estudiado la manera en que esta ausencia se expresa en los procesos cognitivos tales como atención, percepción, memoria, especialmente en el grado de concentración de dichos fenómenos.

- Elevado nivel educacional del pueblo, lo que debe expresarse en la conformación de patrones peculiares de interacción comunicativa del receptor con los medios.

A partir de las propuestas teórico-metodológicas asumidas, nuestros estudios actuales buscan operacionalizar las categorías analíticas empleadas en investigaciones realizadas en contextos culturales, económicos y políticos muy diferentes al de nuestro país, donde son escasas las indagaciones que permitan dar cuenta de la especificidad de las prácticas de recepción y consumo del receptor cubano.

En particular, los estudios realizados en Cuba sobre la Recepción de Telenovelas, han retomado el concepto clave de *Mediación* desarrollado por el investigador mexicano Guillermo Orozco, quien la concibe como un "proceso estructurante que configura y reconfigura, tanto la interacción de los auditorios con los medios, como la creación por el auditorio del sentido de esa interacción" (Orozco, 1991:60).

Al estudiar el modo en que las audiencias negocian con los textos (telenovelas), nuestros estudios revelan la riqueza y carácter activo de este proceso, permitiendo un acercamiento a los rasgos que distinguen la producción social de significados y las estrategias interpretativas que caracterizan a los diversos grupos sociales.

Un estudio cualitativo de la recepción de la telenovela brasileña "Vale todo" por jóvenes estudiantes cubanos indagó las características del proceso real en que el discurso del mensaje es asimilado a las prácticas culturales concretas del receptor, a partir del contexto sociocultural específico de dichos grupos juveniles.

Esta investigación demostró la complejidad, riqueza y diversidad de dicha apropiación, caracterizada por la resignificación del mensaje que se produce mediante la actividad interpretativa de la audiencia y por la producción de nuevos sentidos sociales y personales, que rebasan ampliamente las lecturas anticipadas o posibles.

A pesar de la sustancial diferencia existente entre la "realidad" brasileña representada en la telenovela y la vida cotidiana de los jóvenes, el "reconocimiento de semejanzas" predominó sobre el descubrimiento de disimilitudes (Fuenzalida, 1989), tanto a nivel del contexto *micro* (familia, escuela) como *macrosocial* (la sociedad en general) de los sujetos estudiados.

El estudio demostró el papel que los elementos macrosociales (contexto socioeconómico caracterizado por una fuerte crisis) tienen en la negociación de significados que se produce entre la TV y la audiencia.

Ello permitió explicar la lectura eminentemente ética que efectuaron los jóvenes de la telenovela, el impacto que en ellos tuvieron los asuntos relacionados con el éxito profesional y el ascenso social, que se convirtieron en aspectos relevantes de la tematización resultante de su actividad de resemantización interpretativa.

Al estudiar el proceso de apropiación por parte de los televidentes, junto a mediaciones individuales como el sexo, el lugar de residencia y aspectos psicológicos o autobiográficos de cada sujeto, se reveló el papel que la *posición socioeconómica* del joven tiene como mediadora en la lectura que de la telenovela se realizaba.

Ello nos alertó sobre la necesidad de no descuidar la problemática de la clase social, al comprender que, como han señalado otros autores, la Recepción es un proceso profundamente politizado (Ang, 1994).

En lo adelante se nos hizo ineludible volver a la posición materialista en la interpretación de la relación sujeto-objeto.

Es así como partimos de la comprensión del sujeto, entendido como el "hombre que realmente actúa" y "su proceso de vida real".

Por otra parte, no se trata de un "hombre individual, genérico, abstractamente concebido" sino de "los individuos reales, actuantes, inmersos en una relación de transformación práctica con la realidad que los rodea" (Acanda y Sosa, 1991: 97-98).

Como vemos, el sujeto se encuentra objetivamente condicionado, no solo por elementos materiales sino por otros determinantes objetivos, tales como la pertenencia a clases, su entorno cultural, las tradiciones, etc.; todo lo cual regula "sus formas de interacción activa con la realidad que lo rodea" (Acanda y Sosa, 1991: 101-102).

Para los estudios de Recepción de medios estos postulados son esenciales, aún cuando es preciso llevar estas proposiciones a niveles mucho más concretos y específicos del campo de la apropiación de la cultura.

Nuestros estudios demuestran que la posición que ocupa el individuo en la estructura socioclasista tiene un efecto estructurador sobre sus estrategias y códigos receptivos, pero este efecto no es directo ni mecánico, pues como señala Morley (1996: 93) es necesario "abandonar el supuesto según el cual toda lectura específica ya está determinada por la estructura primaria de las posiciones del sujeto, e insistir

en que esas interpelaciones no están dadas ni son absolutas, sino que son más bien condicionales y transitorias..."

De esta forma, el punto de partida de nuestros estudios es la concepción del individuo social, inmerso en un contexto social determinado, pero no objeto de un determinismo mecanicista.

Pensamos, con Martín Barbero, que "el plural de las lógicas del uso no se agota en la diferencia social de las clases, pero esa diferencia articula las otras" (1993:53).

Los resultados de nuestros trabajos sobre recepción de telenovelas demuestran la complejidad de mediaciones que intervienen en este proceso, tales como la edad, el género y las competencias comunicativas, por solo hacer referencia al lado del sujeto; pues del otro polo se activan también una multiplicidad de condicionamientos textuales.

En la actualidad llevamos a cabo un conjunto de investigaciones de los procesos de recepción y consumo que desde diferentes perspectivas teórico-metodológicas permitan la profundización en la compleja interacción medios-audiencias, a la luz de los desarrollos actuales en el terreno internacional y dirigidos a la búsqueda de una conceptualización e instrumentación propias, a tenor de las realidades de nuestro entorno social, político, económico y cultural.

La aplicación creativa de la reflexión teórica internacional y latinoamericana a una sociedad en transformación, la búsqueda en los nuevos referentes y desarrollos actuales -evitando superficialidades, apologías y reduccionismos en la comprensión de un "proceso cultural profundamente politizado" (Ang, 1994:55)- la dialéctica entre el enfoque crítico y la investigación empírica, son algunos de los retos que en el estudio de la Recepción se impone a la investigación comunicacional cubana ante la complejidad creciente de los procesos culturales y massmediáticos en la sociedad contemporánea.

Conclusiones

- La trayectoria de los estudios cubanos sobre Recepción y Consumo en la Comunicación de Masas ha atravesado diversas etapas en su evolución, en cada una de las cuales se expresan condicionamientos histórico-sociales,

además de factores propios de la lógica científica interna que explican las contradicciones y a la vez las fuerzas motrices de su desarrollo y progreso.

- Entre los condicionamientos más importantes que sobre la investigación de la Recepción han incidido pueden señalarse las demandas del momento histórico en que se han producido los diferentes estudios, así como las perspectivas epistemológicas que los han orientado.
- La investigación y la reflexión teórica sobre los procesos de Recepción y Audiencias recibió una fuerte influencia de modelos foráneos, especialmente del funcionalismo y empirismo norteamericanos, durante las décadas de los años 70 y 80.
- Condicionada por un conjunto de factores sociales de orden externo, así como por la propia madurez de la comunidad científica y por el proceso acumulativo del conocimiento, la perspectiva de análisis que distingue el momento actual de estos estudios se orienta a:
 - la búsqueda de los principales referentes en la reflexión teórica latinoamericana.
 - el rescate que de los postulados marxistas han realizado algunas corrientes comunicacionales. Ello permite ubicar la problemática de la Recepción en el contexto histórico real en que desarrollan los actores sociales concretos.
 - el interés por la creación de una reflexión autóctona, que de cuenta de la especificidad y complejidad de estos procesos en la realidad cubana.
- Privilegiar el estudio de la Recepción es preciso hoy no sólo desde el punto de vista científico sino ante todo para una sociedad preocupada por el perfeccionamiento de sus modos de representación simbólica y de sus prácticas culturales y comunicativas en el contexto de la globalización hegemónica.

BIBLIOGRAFÍA

- ACANDA, J. L. y SOSA, M. I. (1991), *Orientaciones teórico/metodológicas sobre Filosofía Marxista para las Ciencias Sociales*. La Habana, Facultad de Filosofía e Historia, UH.
- ACOSTA, J. y JARPA, J. (1993), *Recepción crítica del mensaje televisivo: Una aproximación a su estudio*. Trabajo de Diploma, La Habana, Facultad de Comunicación, Universidad de La Habana.
- ALONSO, M; RAMOS, P y RIVERA, R. (1987), *Sistematización y análisis crítico de las investigaciones sobre la juventud y los medios de difusión masiva en Cuba*. La Habana, Programa Científico Técnico sobre la Juventud, Academia de Ciencias de Cuba.
- ALONSO, M. y PRIETO, I. (1986), *La eficacia de los seriales televisivos para jóvenes. Análisis de una experiencia La Habana*. Instituto Cubano de Radio y Televisión, 1986.
- ALONSO, M.; SÁNCHEZ E.; RIVERA R., *La investigación sobre la comunicación en Cuba: En busca de una identidad propia*, en *Comunicacao & Política na America Latina*, Año XII, No. 20, CBELA (Centro Brasileño de Estudios Latinoamericanos).
- ANG, I. (1993), *Buscado: audiencias. Sobre las políticas de los estudios empíricos de audiencia*, en *Cuadernos de Comunicación y Cultura No. 24*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- ANG, I (1994), *Cultura y Comunicación: Por una crítica etnográfica del consumo de medios en el sistema mediático transnacional*, en *Causas y Azares*. Buenos Aires, Año I, No. 1.
- CALETI, S. (1992), *La recepción ya no alcanza*, en Luna Carlos et al (Ed.), *Generación de conocimientos y formación de comunicadores*, VII Encuentro Latinoamericano de Facultades de Comunicación Social, Comunicación, Identidad e Integración Latinoamericana IV, México, Opción.
- De FLEUR, M. L. y S. BALL-ROKEACH (1986), *Teorías de la comunicación de masas*, 4ta edición. 1era. Reimpresión. Barcelona, Editorial Paidós.
- ESPINA, M. (1998), *Componentes y tendencias de la estructura social cubana actual*. La Habana, Fondos del CIPS.

- FUENZALIDA, V. y HERMOSILLA, M. E. (1991), *El televidente activo. Manual para la recepción de televisión*. Santiago de Chile, CPU.
- FUENZALIDA, V. (1996), *La apropiación educativa de la telenovela*, en *Diálogos de la Comunicación* No. 44. FELAFACS, Lima, pp. 91-104.
- Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC) (1987), Departamento de Investigaciones. Centro de Información Cinematográfica, Síntesis del trabajo de investigaciones sobre los jóvenes. 1976-1986. La Habana.
- JENSEN, K. B. (1993), *El análisis de la recepción: la comunicación de masas como producción social de significado*, en Jensen, K. B. y N. W. Jankowski (eds), *Metodologías cualitativas de investigación en comunicación de masas*, 2^{da} edición, trad. Joan Soler, Barcelona, Ed. Bosch.
- KAPLUN, M., (1988), *Los Mattelart hoy: entre la continuidad y la ruptura* (entrevista), en *Diálogos de la Comunicación* No. 21. FELAFACS, Lima.
- LULL, J. (1992), *La estructuración de las audiencias masivas*, en *Diálogos de la Comunicación* No. 32. FELAFACS, Lima, pp. 50-57.
- MARTIN BARBERO, J. (1993), *La telenovela en Colombia: Televisión, Melodrama y vida cotidiana*, en Mazziotti, Nora (comp), *El espectáculo de la pasión. Las telenovelas latinoamericanas*. Buenos Aires, Ediciones Colihue, pp. 43-62.
- MARTIN BARBERO, J. (1991), *Recepción: uso de medios y consumo cultural*, en *Diálogos de la Comunicación* No. 30. FELAFACS, Lima, pp. 4-5.
- MARX, C y ENGELS, F. (1966), *La Ideología Alemana*. La Habana, Edición Revolucionaria.
- MATTELART, A. y MATTELART, M. (1991), *La Recepción: el retorno al sujeto*, en *Diálogos de la Comunicación* No. 30. FELAFACS, Lima. pp. 10-17.
- MEDINA, I. (1995), *Desde el otro lado: Una aproximación teórica a los estudios latinoamericanos sobre Recepción y Consumo en la Comunicación de Masas*. La Habana, Facultad de Comunicación, Universidad de La Habana.
- MORLEY, D. y ROGER, S. (1991), *Comunicación y contexto: La perspectiva etnográfica*, en Orozco, Guillermo, *La audiencia frente a la pantalla: Una exploración del proceso de recepción televisiva*. En *Diálogos de la Comunicación* No. 30. FELAFACS, Lima, 1991, pp. 54-63.
- MORLEY, D. (1996), *Televisión, audiencias y estudios culturales*, 2^{da} edición, trad. Alcira Bixio. Buenos Aires, Amorrortu Editores.

MUÑIZ, M. (1990), *Publicidad: Mito y realidad en el socialismo*. La Habana, Editorial Pablo de la Torriente.

MURDOCK, G. (1990), *La investigación crítica y las audiencias activas. Estudios sobre las culturas contemporáneas*. Universidad de Colima, México, Vol. IV, No. 10, 1990, pp 187-230.

OROZCO, G. (1993), *Hacia una dialéctica de la recepción televisiva: La estructuración de estrategias por los televidentes*, en *Comunicacao & Política na América Latina* No. 22-23-24-25. CBELA, Sao Paulo.

RODRIGUEZ, A. (1991), *Transitando por la Psicología*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

VALDEA, R. T. (1995), *Comunidades de apropiación y recepción de telenovelas: una aproximación etnográfica*. Trabajo de Diploma, La Habana, Facultad de Comunicación, Universidad de La Habana.

Capítulo IX

Algunos problemas del campo comunicacional: revisión de sus posibilidades como ciencia⁴⁰

Cristian Bessone

Universidad Nacional de la Patagonia Austral / CONICET (Argentina)

«Cada época de la historia humana produce a través de las prácticas sociales cotidianas y su lenguaje, una estructura imaginaria. La ciencia forma parte de estas prácticas sociales y las ideas científicas acerca de la naturaleza constituyen apenas una dimensión de esta estructura imaginaria. Los historiadores y filósofos modernos han demostrado que la imaginación científica sufre mutaciones radicales de una época a otra y que las ciencias se parecen más a una epopeya novelística que a un progreso lineal. La historia humana de la naturaleza es una narración que merece ser contada de más de un modo».

Francisco Varela

Introducción

Si miramos retrospectivamente, hace cien años no existía en sentido estricto ninguna teoría de la comunicación ni se podía pensar en algo llamado ciencias de la comunicación, ni mucho menos esbozar una posible comunicología. Tampoco había ni grupos de trabajo, ni instituciones o carreras con centro en la comunicación (Galindo, 2006^a). En esa dirección, pensar todo lo que ha ocurrido en este breve lapso de tiempo nos permite vislumbrar la importancia que ha ido adquiriendo esta área de estudio.

⁴⁰ Publicado originalmente en Question N° 28 - 2010

Incluso, en un período más cercano, pensemos en los años 70, cuando ya se contaba con numerosos trabajos y hasta cierta madurez en algunos trayectos de investigación, todavía era dificultoso pensar en una posible ciencia, pues muchos de los teóricos de las ciencias sociales no consideraban a la comunicación como un objeto de estudio que mereciera una disciplina específica. En parte esto se debe a que el fenómeno era abordado por psicólogos, sociólogos, matemáticos o políticos, sólo como un objeto de estudio y no una disciplina o campo de saber específico. Podría decirse que en esta etapa se hablaba más de *investigación en comunicación* que de *ciencias de la comunicación*, donde lo que se analizaba primordialmente era la comunicación de los medios masivos.

Esta inclinación a mirar los medios masivos marcó mucho tiempo las investigaciones, constituyéndose en el núcleo duro de los estudios la historia de las tecnologías y el análisis y transmisión de los mensajes, en varias de sus facetas –como herramienta, o en sus aspectos semiológicos, pragmáticos, imaginarios, sistémicos, etcétera–. Pero también, al margen de que es en este núcleo donde aparecen objetos y un terreno empírico sólido para las investigaciones, al desplegar el análisis de los medios, aparece el tema de los usos o los efectos simbólicos y con ello todo lo social y lo interpersonal que también abarca la comunicación, extendiendo el espacio de trabajo (Bougnoux, 1999).

Al ampliar el campo de lo que se considera comunicación, también se ingresa en la necesidad de una distinción entre todas las actividades humanas, de aquellas que se originan específicamente en la comunicación, y en el ámbito técnico, de las construcciones o actividades relacionadas con las cosas. En esa distinción, para Bougnoux (1999), el concepto de comunicación, “parecería implicar una acción sobre el pensamiento de las personas; la acción comunicativa no relaciona al sujeto y al objeto (pareja técnica) sino al sujeto con el sujeto (pareja pragmática). *Es el hombre que actúa sobre (las representaciones del) hombre por medio de los signos*”.

Desde una visión de compartimentación moderna o tradicional del conocimiento, las trayectorias de investigación en comunicación han tenido su asiento principal en las ciencias sociales y en las humanidades, y sólo secundariamente en las ciencias naturales. Esto nos sirve para entender que a lo largo de su corta historia, las investigaciones en el campo de la comunicación han experimentado la influencia enorme de las mismas grandes corrientes que atravesaron las ciencias sociales: el

funcionalismo, el conductismo, el marxismo, el estructuralismo, el liberalismo. Por otro lado, las trayectorias comunicacionales sufrieron al igual que todas las ciencias sociales las influencias y las modas de los autores principales –de Marx a Sartre o de Foucault a Bourdieu– siendo atravesadas por dos posturas, una corriente administrativa y ampliamente dominante, y otra corriente con una visión más crítica. De tal manera que los mismos grandes dilemas, discordias y tormentos que atravesaron las ciencias sociales concurren en el espacio de las ciencias de la comunicación –como los conflictos entre el actor y el sistema, entre el voluntarismo y el determinismo, entre otros– (Temblay, 2004).

También habría que señalar que las influencias de modelos y paradigmas alternativos en las ciencias sociales tuvieron –y tienen– sus consecuencias en las ciencias de la comunicación en la elaboración de proyectos de experimentación, transformación e intervención que han dado como resultado no solo experiencias distintas, sino una filosofía de desarrollo de conocimiento bastante alejado de la construcción tradicional.

En los últimos años han proliferado los estudios sobre las génesis o sobre las trayectorias del pensamiento científico en comunicación,⁴¹ en parte porque la distancia del fin de siglo permite observar mejor la situación de si la ciencia de la comunicación es posible. En este asunto es importante la historia de la ciencia en general y la epistemología, y algunos aspectos específicos de la sociología de la ciencia y de la tecnología.

Los estudios científicos sobre la comunicación parecen moverse en una visión de ciencia que pertenece al siglo XIX, pero que se construye en el siglo XX, y que necesita despojarse de algunos elementos de ese pasado para ofrecer nuevas posibilidades como propuesta (Galindo, 2008). En ese sentido, tiene mucho que aportar una Filosofía de la ciencia que a través de la Historia de la Ciencia permita analizar del progreso científico, y que a través de la Sociología de la Ciencia nos contextualice los procesos de producción en lo comunicacional.

⁴¹ Señala al respecto Galindo (2006b) que solo el trabajo Armand Matteralt y Michèle Mattelart (1997) *Historia de las teorías de la comunicación* puede llevar el nombre de historia de las teorías de la comunicación con toda legitimidad, aclarando que el resto son apuntes y ensayos dispersos en obras con otros objetivos, algunos más cercanos y otros más lejanos de la imagen de un oficio de historia de la ciencia.

Al avanzar en la idea de constituir “las ciencias de la comunicación”, entre otras cosas, aparece en el seno mismo de la discusión sobre la posibilidad de construir una *teoría general de la comunicación* como elemento constitutivo de su cientificidad, que no es ajena a la discusión posmoderna de si este tipo de gran relato es posible. Mientras que para algunos, sencillamente esto no es posible, no solo para la comunicación, sino para cualquier tipo de conocimiento, para otros, se puede avanzar en esa dirección con ciertas salvedades.

Sentido del debate sobre la cientificidad de la comunicación

La controversia sobre la especificidad de la ciencia o ciencias que pueden y deben ocuparse de la comunicación sigue siendo completamente abierta. Al mismo tiempo, como señalábamos, es el alcanzar un estatus de saber científico, el que se pone en duda. Y no deja de relacionarse un malestar propio de la comunicación con uno más general que afecta a las ciencias sociales como forma de saber en construcción. Por lo tanto, el sentido del debate tiene al menos dos aspectos importantes por los cuales adentrarse.

En el primer intento, la revisión de las ciencias que han hecho los aportes más gruesos desde el seno de sus disciplinas nos lleva a considerar una variedad amplia de aportes que llegan al campo de la comunicación. En ese abanico de posibilidades encontramos posturas muy diferentes, incluso encontradas, que a pesar de sus diferencias, conviven temporalmente, sin negarse unas a otras pero sin llegar tampoco a integraciones completas. Ni parciales. Para explicar esta idea, por ejemplo Schmucler señala que lo que aparecen son constelaciones de trabajos, en tres grandes esferas con ejes en la sociología, en las ciencias de la conducta, y una última, separada casi insalvablemente, con un eje en la filosofía (Schmucler, 1997).

Un segundo intento de acercamiento, nos muestra una doble inestabilidad al preguntarnos por la cientificidad de la comunicación. Por un lado, en forma general, con la llegada de una mirada posmoderna más abierta sobre el razonamiento, aparece el cuestionamiento más profundo desde la filosofía de la ciencia sobre los elementos a considerar para la construcción de saberes científicos, lo que nos remite a debates sobre las condiciones actuales, métodos y trayectos epistemológicos existentes en

diferentes disciplinas, pero también en muchos casos con posturas opuestas –como señalamos anteriormente–, en el seno de ellas mismas. En forma más particular, por otro lado, aparece la condición propia de episteme en construcción, con apenas esbozos relativos de institucionalización de la comunicación, y con problemas propios de un área que es construida más por fuera que por dentro, y que tampoco deja de relacionarse con el juego cruzado entre las posiciones generales de las consideraciones de la filosofía de la ciencia.

Siguiendo en parte a Karam (2008), el debate de la científicidad tiene al menos varios sentidos, porque nos permitiría:

- Dar respuestas a diferentes aplicaciones, desde la formación de currículos, hasta la mayor fundamentación en la reflexión sobre los objetos y métodos de la comunicación,
- Entablar un diálogo entre los saberes científicos –la referencia sobre lo que señala la filosofía de la ciencia acerca de los distintos saberes y disciplinas, como así también los paradigmas emergentes, en las ciencias sociales, nos permite ver la comunicación no sólo como medio, sino como objeto método–, que posibilita incluso reflexionar sobre las limitaciones y abusos de la razón moderna,
- Repensar si en un contexto posmoderno de gran conexión entre las ciencias, la pretensión de asegurar positiva o negativamente algo con contundencia, no esconde nuevos retos para la reflexión interdisciplinaria de las ciencias sociales,
- Repensar también la consideración de la comunicación como agrupamiento de saberes y preocupaciones no atendidos por las ciencias “hermanas mayores” que miran a la comunicación como tema, objeto genérico, actividad, o en todo caso, como algo práctico asociado a técnicas, usos y lenguajes, impactos y configuraciones. En ese sentido, lo “único científico” serían los conocimientos específicos que ayudan a explicar fenómenos vinculados a estas prácticas.

Al acercarnos al debate del estatus epistemológico de la comunicación – comunicología le van a llamar algunos a la ciencia posible de la comunicación, como

Galindo, y el grupo GUCOM-⁴² lo que van a aparecer son los problemas de un campo que se construye con elementos prestados, pero que también tiene cada vez más, elementos que le son únicos y propios, pero que no terminan de tener un cuerpo más o menos uniforme. Y al mismo tiempo, para tener una visión más completa y acabada, se va a encadenar con problemas metodológicos. Con respecto a esto último, Cortassa (2001) nos recuerda parafraseando a Kant, que “la reflexión epistemológica sin preceptiva metodológica es ciega, y la preceptiva metodológica sin reflexión epistemológica es vacía”, esto es, la necesidad de reflexionar en paralelo los fundamentos teóricos con las prescripciones metodológicas para la generación de conocimientos.

Problemas del campo comunicacional

Con la formación de las ciencias modernas aparece un tipo de conocimiento que con diversos recortes de la realidad se terminó especializando en diversas disciplinas. En el interior de cada área de conocimiento se dieron miradas incluso contrapuestas sobre los objetos recortados y sobre el tipo de recorte mismo (Carvajal, 1996).

Pensar la epistemología de las ciencias sociales trae en sí mismo un problema del paradigma de ciencia en el que estamos pensando. No existe uno solo, y sus condiciones de construcción varían en cuanto a las necesidades internas de falsabilidad, contrastación, y aproximación y “ajuste” a la realidad. Por lo tanto, a fin de evitar los obstáculos del conocimiento, en la vigilancia de su construcción conviene hacer explícito los principios ordenadores de la realidad que se utilizan en dicho proceso de edificación (Papalini, 2008).

Por lo tanto, la existencia de varios paradigmas, dificulta la aparición de un solo modelo de abordaje de la realidad comunicativa, aunque la concurrencia desde varias disciplinas en un diálogo para la construcción de un conocimiento menos fragmentario viene a formar parte de los antídotos contra esta situación.

La posible constitución de una interdisciplina –una multidisciplina es señalada como más apropiada– de las Ciencias de la Información y de la Comunicación

⁴² Con respecto a la historia de GUCOM se puede ver Galindo (2007).

provoca un entusiasmo evidente debido a la cantidad de espacios que abarca y a que implica a casi todo el mundo. Ahora, eso mismo también genera bastantes problemas. En parte, se pueden señalar aquellos que nacen de la extensión de la materia de su injerencia, y de la necesidad de articular todas las áreas cubiertas –sobre todo porque existe bastante conocimiento disperso, que no tiene más que un título por eje en común–. Pero igualmente se pueden señalar otros que derivan de su rápido desarrollo, y de la dificultad de generar saber desde una especificidad comunicacional.

Problemas de los paradigmas

Cuando pensamos en *ciencias* de la comunicación, estamos incluyendo la idea de producción de conocimiento científico, pero al aproximarnos a los grandes paradigmas de ciencias vigentes en la actualidad, encontramos que el paradigma positivista ha tenido una enorme influencia y control sobre el conocimiento, destacándose al menos dos pretensiones. La primera en relación con el término *científico*, que ha sido apropiado por el positivismo en particular, y durante mucho tiempo ha impuesto sus propias condiciones para la consideración de la científicidad de los demás paradigmas⁴³. Algunos autores prefieren evitar ese sentido del término *científico*, y otros, proponen establecer una diferencia entre lo *no científico* –producido con rigor, compartible, verificable y reproducible de otras maneras distintas a la validación empírica–, y lo *acientífico* –un conocimiento sin método o rigor, sin posibilidad de ser compartido o criticado–. La segunda radica en la predicción y en la verificación y/o comprobación de algún hecho. Pero en cierta medida, la predicción es, cuando se confirma, una forma de *explicación* del hecho. El problema que se plantea para las ciencias sociales en general es que este paradigma por ejemplo tiene dificultad de predicción o de explicación de un acontecimiento cuando estos no están dados en el acontecimiento en sí sino en el contexto (Orozco Gómez, 1997).

Además, la división a partir de las metodologías de verificación-cuantitativa o de comprensión-cualitativa, y su aplicación por arquetipos de ciencias naturales y ciencias sociales, también es una discusión sobre las posibilidades de cada paradigma.

⁴³ En extremo se llega a una descalificación de los paradigmas no científicos como no reconocibles como buenos o productivos, pues el foco se pone fuera de la validez y pertinencia de estos otros enfoques para ver aspectos distintos de la realidad.

En todo caso, conocer en profundidad cada modelo, permite al investigador, saber dónde ubicarse a la hora de generar conocimiento, porque aunque ninguno es mejor que otro, las limitaciones epistemológicas de cada uno nos llevan a distintos puertos. Conviene recordar en todo caso, que las decisiones epistemológicas, también se vinculan con las ideologías detrás de las investigaciones.

Se pueden enumerar muchas diferencias y dificultades entre distintos paradigmas, pero los puntos anteriores nos sirven de aclaración importante, de que cada paradigma tiene una intencionalidad, una trayectoria, una manera de producir conocimiento, una epistemología, muy distintas. Como cada uno tiene una vinculación fuerte con ciertos métodos, en esto último existe una posibilidad de ampliar las construcciones teóricas.

Para Galindo (2008), no hay un trabajo académico sistemático en una Epistemología de la comunicación, y lo que contamos son apenas con trabajos aislados que parten de distintas áreas hasta llegar a la comunicación. El poco trabajo restante no está consensuado, y en definitiva existe una “diversidad de nociones y perspectivas conceptuales sobre la comunicación sin ningún telón de fondo común o un esquema organizador”. Se han señalado como intentos en esa dirección los trabajos de Bateson y los de Martín Serrano (2007). Este último propone –y no duda en afirmar– que los aportes teóricos que se van produciendo son científicos porque se producen con reglas de realización que permiten la investigación.

Por otro lado, no es fácil servirse de conocimientos generados dentro de un paradigma por otro. Se pueden intercambiar nociones, o podríamos decir pistas, y generar comprensiones complementarias, pero es más difícil pensar en conocimientos epistemológicamente compatibles (Orozco Gómez, 1997). Esto deriva en desafíos metodológicos bien visibles en la comunicación.

Áreas disciplinares

Si tomamos en cuenta las divisiones marcadas por la ciencia moderna, existe un solapamiento de áreas disciplinares, donde las ciencias sociales a través de la Sociología y la Psicología han sido las mayores contribuyentes. Tanto la Antropología como la Historia, han estado en cambio, un poco más lejanas, pero apareciendo la primera ligada más en el caso de problemas rurales o étnicos y pre-modernos. En el caso de las Humanidades, la Lingüística y la Filosofía son las ramas con presencia más

sobresalientes en la comunicación. La Economía Política debido al fuerte impulso del pensamiento marxista, se ha vinculado a la sociología y a la geografía económica y humana, con vertientes que llegan a la comunicación a través de varias perspectivas.

En toda esta enumeración resulta imprescindible hacer una distinción entre la comunicación –o fenómenos comunicacionales– tomada por objeto por las mencionadas disciplinas (medios masivos de comunicación, propagandas, campañas políticas, etc.) que son abordados por cualquiera de las ciencias mencionadas, y los objetos que son mirados desde la comunicación, entendiendo esta última, como una mirada particular, con cierta especificidad. Es la mirada desde las ciencias de la comunicación lo que hace diferente el acercamiento.

La singularidad que daría la identidad a las ciencias de la comunicación está sin dudas dentro de los problemas a resolver. Problema que se plantea sólo desde adentro y no desde puntos de partida que plantean las demás disciplinas, a través de los investigadores formados principalmente en ellas y que se abocan a la comunicación como lugar de trabajo. Para describir esta situación, Follari (2005) señala que un aspecto decisivo de la especificidad epistemológica de las ciencias de la comunicación es “haberse establecido desde el campo de lo profesional hacia el de lo científico, y no a la inversa”. A diferencia de la Física o la Sociología que son disciplinas prioritariamente académicas, que se constituyeron desde la investigación teórica y empírica, y que desde su enseñanza sistemática en las universidades dieron luego lugar a profesiones correlativas. Las ciencias de la comunicación, en cambio, “surgen desde necesidades operativas provenientes del auge mediático, y por ello hacen un camino inverso, desde la definición de la profesión y su rol social, hacia la constitución posterior y correlativa de un discurso académico sistemático en las universidades”. Para este investigador, esto no es un dato menor en cuanto a los problemas de conformación teórica en la disciplina, porque dado que según se observa, el interés prioritario nunca ha sido el propiamente científico, a la vez que el recorte mismo del objeto de análisis surge no desde lo que sería un “objeto teórico”, sino a partir del “objeto real”, en el sentido que señala Bourdieu.

En la misma dirección, Galindo (2006b) también señala que en la necesidad de revisar y distinguir de manera clara las fuentes históricas desde las que se ha nutrido la construcción académica, se observa que “el peso teórico en comunicación es muy poco, el sustento y la propuesta teóricas son muy pobres”. Ensayando algunas pistas

de indagación, si es la sociología la mayor contribuyente, lo que se piensa con conceptos y organización teórica de la comunicación parece ser en lo básico de filiación a esa disciplina. Pero avanzando un poco más, agrega que siendo distinta la influencia en según los contextos geográficos,⁴⁴ lo que hay que pensar también, son las “hegemonías históricas, las luchas, los debates, la ignorancia, y la desinformación, la organización formal e informal del campo, y otros asuntos asociados” (Galindo, 2006 b).

La referencia a la política académica, no deja de ser menor, lo mismo que la influencia del mercado editorial, la predominancia del idioma inglés en publicaciones, y la gravitación de la referencia pendular de América Latina hacia EE.UU. y Europa.

El objeto - proceso

Con relación a la condición de establecimiento de un objeto sobre el cual hacer un recorte de la realidad, aparece el problema de la delimitación, y en general, lo que aqueja a las teorías que alguna vez aspiraron a constituir una ciencia, es la dilución del objeto comunicacional como algo único. A su vez, la vinculación entre el “conocer” y el “objeto” es una relación, en la cual la acción de aproximación hacia lo estudiado no es “desde fuera” como sostenía el empirismo tradicional, ni desde “estructuras internas” que se imponen del sujeto al objeto, sino que resulta de las interacciones que se producen a mitad de camino entre ambos y remiten por lo tanto a ambas fuerzas simultáneamente (Massoni, 2000).

La comunicación, entonces, no constituye en el sentido clásico del término, una disciplina particular, caracterizada por un objeto que le sería totalmente y exclusivamente específico y por ciertos métodos propios. Aparece más bien como un campo, como se ha señalado, en el que los problemas son analizados e interpelados por una gama de competencias muy diferentes.

Pero en primer lugar, haciendo un resumen apretado, son los objetos tan distintos como los medios masivos de difusión, las nuevas tecnologías de información y comunicación, los lenguajes, las relaciones interpersonales y los contextos económico-políticos de los espacios socioculturales los que han atraído mayormente las miradas.

⁴⁴ En el caso latinoamericano, por ejemplo, la hegemonía ha sido del marxismo, por lo que la sociología crítica, la sociología cultural, la economía política, han sido el centro discursivo, con aportes de la Lingüística y la Semiología, y con algunas referencias a la Sociología Funcionalista de EE.UU.

Y dentro de resumen, en el trayecto de su configuración, aparecen una y otra vez, el predominio de la comunicación a través de los medios masivos. Como señala, “hoy, todo es habitado por la comunicación masiva” (Schmucler, 1997), de una manera tal que el objeto del saber comunicativo no hace sino agrandar su presencia de manera casi indetenible. En consonancia con el predominio de los medios como objeto, por señalar una de las propuestas más tempranas, Régis Debray realiza en los años 1970 la propuesta constructiva de la Mediología, siendo una de las fuentes sólidas para la consolidación del proyecto de una ciencia dentro de la comunicación al elevar la *palabra* “medios” a constructo teórico, y al *objeto* “medios” a dimensión comprensiva de la vida humana en todo tiempo y espacio posible (Galindo 2006 a). Y dentro de los medios, como señala Tremblay (2004) el factor técnico es el que se pone al centro de la emergencia y del desarrollo de las ciencias de la comunicación, con tanta fuerza, que “se podría decir que son más ciencias de la mediatización que ciencias de la comunicación”.

Ampliando el abordaje, para Galindo, el espacio conceptual de los objetos estudiados podría ser abordado en cuatro dimensiones diferentes, en donde cada una de estas últimas se hace cargo de por lo menos un macro objeto:⁴⁵

- Primera dimensión.- La Difusión. Donde bien podría ocupar el sitio central la propuesta de la Mediología. Aquí estarían todos los fenómenos asociados a la reproducción y expansión de los sistemas de información social-culturales a través de los diversos medios.
- Segunda dimensión.- La Expresión. Aquí el lugar central sería ocupado por una perspectiva que combine elementos de composición estética, con elementos de configuración formal semiótico-lingüística. Aquí estarían todos los fenómenos de producción, de creación discursiva y semiótica, incluidos los mediáticos.
- Tercera dimensión.- La Interacción. El centro estaría ocupado por una perspectiva que combine elementos de Psicología social de las relaciones interpersonales, grupales y colectivas, con elementos de Sociología de los vínculos, contactos, asociaciones, redes. Aquí estarían todos los fenómenos de

⁴⁵ La posible articulación entre cada dimensión, para Galindo quedaría en manos de una sola perspectiva, que sería el objetivo y fundamento de una *comunicología* general, Galindo (2006a).

acción simultánea de afectación humana intencional o no, lo que se ha llamado comunicación interpersonal.

- Cuarta dimensión.- La Estructuración. El centro lo ocuparía una combinación entre elementos de Economía Política y Sociología de los sistemas socio-culturales. Aquí se incluirían todos los elementos de configuración de estructuras complejas sociales y culturales desde una perspectiva de comunicación-información.

En segundo lugar, para agregar otra dificultad, la relación del objeto con la base epistemológica es crucial para entender la investigación posible. Desde posturas más contemporáneas, se señala que las respuestas genéricas de las ciencias sociales tradicionales han resultado insuficientes para explicar fenómenos complejos, por lo que muchos científicos acuerdan en que uno de los principales desafíos es encontrar formas de asumir que en ciencias sociales se trabaja “con objetos que en realidad son procesos”,⁴⁶ donde la base epistemológica permite hablar de paradigmas que estudian lo fluido, y donde más que objetos, se intenta captar los “fenómenos de comunicación como emergentes, como productos/producidos del debate de la ciencia y la cultura” (Massoni, 2000). Lo que abre esta configuración es el estudio de la comunicación como fenómeno complejo, que intenta trabajar desde una metaperspectiva con una base de multiparadigmas.

Metodología

La discusión de los aspectos teóricos y epistemológicos de la comunicación nos lleva a pensar su vinculación estrecha con los aspectos de la metodología de investigación en comunicación. En su necesidad de adaptación a los múltiples objetos de investigación, una de las condiciones de la metodología es su flexibilidad, aunque no puede alejarse demasiado de su función prescriptiva y normativa, es decir, de su “saber hacer” instrumental.

Por otro lado, la imbricación entre teoría y práctica, replantea no sólo los aspectos teóricos, sino también, como se ha señalado anteriormente, la reflexión sobre los supuestos epistemológicos. En este sentido, el avance de construcción en términos de

⁴⁶ Concepto de Heinz von Foerster, citado en Massoni, (2000).

reflexión y sentido de la construcción disciplinar, se vuelve lento y trabajoso, porque encuentra a cada paso obstáculos difícilmente superables, que provienen en grado importante, del enlace con las posturas teóricas, y en parte por los objetos mismos y sus demandas.

Otras de las grandes críticas ha sido la pérdida de un discurso coherente de interrelación común entre los investigadores de comunicación. Como problema común del campo en todo el mundo, se ha visto potenciado por la masificación del uso de las tecnologías digitales junto con la aparición y consolidación de Internet. Estos cambios generaron nuevos rumbos de trabajo y abrieron el campo investigable a casi todos los aspectos de las ciencias sociales. Desde la década de 1990, muchos autores observan que la investigación en comunicación, con su profunda expansión, sufre problemas de pérdida de cohesión, control de calidad y una concentración en aspectos descriptivos, mucho más que en dar una respuesta analítica a las grandes cuestiones sociales de nuestro tiempo. Con el desarrollo tecnológico, se colocó a la comunicación en el centro del cambio social, y aunque ganó en interés y visibilidad, también ganó ambigüedad, con la consecuencia de agregar nuevas dificultades a la construcción de un conjunto específico de conocimiento y de un cuerpo metodológico común.

En ese mismo sentido, Follari (2005) al repasar el campo de la epistemología, y señalar que también es un concepto que ha estado en discusión en los últimos años, recuerda con firmeza que los valores atraviesen la ciencia social, está lejos de significar que esta se limite a ser mera transcripción de valores previamente establecidos, o exclusivamente producción de otros nuevos. “Las precisiones acerca de qué puede entenderse por teoría vigente, qué por material empírico relevante y válido, qué por relación de coherencia entre lo teórico y lo empírico deben sostenerse con fuerza, a riesgo de que si no se lo hace, se convierta a las ciencias sociales en un espacio más cercano a la especulación de la filosofía tradicional, que a uno propiamente científico”.

Dada la intervención multidisciplinar, el mantenimiento –construcción– de cierta autonomía relativa de lo comunicacional, requiere evitar cierta dilución tanto epistemológica como metodológica. Tal cual lo señala Cortassa (2001), “la persistente discusión acerca de la naturaleza de la comunicación no dispensa a la investigación en

el ámbito de cumplir con ciertos requisitos mínimos que todo estudio –por difuso que sea su carácter epistemológico– debería sustentar”.

Conviene recordar que, al mismo tiempo que es un terreno arenoso, esta situación de dificultad metodológica no ha paralizado la producción trabajos en comunicación. Sin embargo, en relación con la grado de validez, existe una deuda no saldada de generación de conocimiento con parámetros compartidos por una comunidad científica.

Entre los aportes de Samaja (1995) que ayudan a distinguir las aportaciones con carácter científico, Cortassa (2001) rescata para evitar esta situación de dificultad metodológica en el campo de la comunicación, la revisión y aplicación de “invariantes estructurales” que corresponden a cualquier proceso de producción de conocimiento científico y que de esa forma pasarían a formar parte de la base de su teoría de la investigación. Dentro de las invariantes señaladas, se recuerda primero que la producción de conocimiento científico conlleva –sea como descripción, explicación o comprensión del fenómeno estudiado– la composición de elementos teóricos y de elementos empíricos, normativos y constatativos. En segundo lugar, que todo proceso de investigación supone en su desarrollo el empleo de ciertos métodos que no son ad hoc, sea para construir conocimiento nuevo como para validarlo. Y en tercer lugar, recordar que todo proceso de investigación se enmarca en ciertas condiciones de realización –sea de recursos, como técnicas y normativas– que constituyen ciertos límites.

La identificación de los elementos observables, así como los de su análisis y la integración con las propuestas teóricas que se usan para su construcción es para algunas posturas clave, y para otras no tanto. En el caso de lo observable y de las propuestas empiristas, se alejan de aquellas relacionadas con la especulación teórica y de las que tienen otros procedimientos. La integración entonces de contenidos, formas y conceptos es un punto también a saldar.

Reflexionar sobre las posibilidades científicas de la comunicación

El investigador brasileiro Marques de Melo (2001), recuerda que al definir Comunicación como “proceso social básico”, Wilbur Schramm (1954)⁴⁷ vislumbró un campo científico caracterizado por amplitud cognitiva y pluralidad metodológica. Por eso, algunos años después, al revisar el avance de las investigaciones en el área, exhortó a los comunicólogos a no considerarla como su “territorio exclusivo” de estudios. Marques de Melo resume que el argumento de Schramm era que la naturaleza de los fenómenos comunicacionales los convertía en “focos de interés” de cualquier “disciplina relacionada con la sociedad humana y el comportamiento humano”. De manera clara se ve expresada la tensión, por un lado, entre la necesidad de constituir conocimiento con estatus científico, con sus dificultades dentro de paradigmas clásicos con necesidad de objetos exclusivos para la legitimación en la producción conocimiento dentro de la comunidad académica. Y por el otro, con la idea sostenida por muchos, de que no consustanciarse con ninguna disciplina en particular es parte del requerimiento para que la comunicación conserve su fuerza.

La posibilidad de la científicidad de la comunicación implica reflexionar no sólo acerca del proceso de producción, sino también acceder a otras posibilidades también, como la vigilancia adecuada a efectos de evitar obstáculos en el avance del conocimiento, reconocimiento de los paradigmas utilizados como principios ordenadores para producir y reproducir la realidad, y la relación entre disciplinas, entre otras cosas (Carvajal, 1996).

La reflexión sobre epistemología en la tradición científica occidental ha estado preocupada, fundamentalmente, por determinar las condiciones necesarias y suficientes que deben tener los constructos teóricos y metodológicos para ser aceptados como válidos y verdaderos. En ese sentido, la mirada sobre el campo comunicacional no puede ser hecha desde una visión de la ciencia ni de la comunicación como la que se tenía en el siglo XIX o incluso del siglo XX. En la actualidad, el flujo de afectaciones múltiples y sucesivas, los intercambios de información, la diversidad de panoramas y la constante mutación nos brindan un

⁴⁷ Citado por Marques de Melo, SCHRAMM, Wilbur. 1954 – How communication works, In: Schramm ed. The process and effects of mass communication, 1ª ed. 1972 – The nature of communication between humans. En SCHRAMM and ROBERTS, eds. – Process and effects of mass communication, revised edition. Urbana, University of Illinois Press.

espectro de complejidad que no es comparable con la simplificación apenas suficiente de las primeras nociones en el campo de la comunicación.

Para avanzar en la construcción de conocimiento en el campo comunicacional, se ha hecho evidente un planteo de fondo en los paradigmas que habilitan y/u obstaculizan ciertas áreas de investigación. Además de seguir discutiendo la naturaleza intrínseca de lo comunicacional, las reflexiones en teóricas han aportado con mayor claridad cuáles son los problemas, aun cuando no haya consenso total en cuanto a su planteo y resolución. Si bien es cierto que la teorización en el campo comunicacional no ha sido el área de trabajo mayor, no es menos importante señalar que la investigación no se ha detenido, aunque la profundidad de las articulaciones hacia las teorías, y hacia los diferentes aportes disciplinares, sea penosa.

Por esa razón son importantes los programas de investigación que proponen como basamento revisar la genealogía y los orígenes históricos de la comunicación, en dirección de ahondar en la construcción histórica de las teorías que intervienen, profundizando en varios planos los aspectos que pueden ser comparados y poniendo en evidencia los que muestran mayor grado de dificultad para una integración.

Para la revisión, las estructuras básicas de cada fuente histórica de conocimiento, como la causalidad, la explicación, la comprensión, la interpretación, la dialéctica o la implicación suponen las guías de construcción que corresponde a cada modelo. Si lo que se busca son los puntos de contacto, hay que empezar a buscarlos desde ahí, que es donde está la mayor dificultad de diálogo.

La especificación de objetos dentro de los objetos a estudiar suele llevar a un proceso de diversificación que contrasta paradójicamente con los esfuerzos de otro proceso, el de síntesis y de integración para la construcción conceptual. El primer proceso puede incluir la incorporación de aproximaciones que no provengan de la corriente que permite ver el objeto mayor. El segundo implica, en el estado actual de la ciencia, la opción por algún paradigma.

La maduración del espacio o campo disciplinar, incluye períodos de disputas fuertes, con incertidumbres en la cristalización de propuestas teóricas en el núcleo central de ideas básicas. También incluye el trabajo solitario y el rechazo fuerte de esas propuestas. Pero en gran medida estas situaciones son necesarias para el avance de la construcción del campo (Martín Serrano, 2007).

Tampoco deja de ser importante pensar en la existencia de necesidades reales de avance del conocimiento dentro de contextos académicos, donde la demarcación de su estatus científico tiene que ver con otro tipo de necesidades como mero producto de demandas institucionales y políticas. En muchos casos, las perspectivas y las metodologías no son valoradas por sí mismas o por lo que pueden aportar, sino fundamentalmente por la comunidad que decide si se implantan o no se implantan, por las tendencias que existen. Y hacer ciencia, hacer investigación, tiene mucho de instrumental: hay que conocer técnicas, hay que tener una serie de destrezas, pero tiene mucho de política y tiene mucho de ideológico (Orozco Gómez, 1997).

Haciendo una suma en esta etapa de la ciencia en general, la apertura científica como modelo de conocimiento y las estructuras sociales como contexto de complejidad creciente, preparan el terreno avanzando hacia un salto en la relación comunicación y ciencia, con un desafío teórico que incluye el peligro de desplazar las fronteras, y apostando a miradas distintas, que no intenten reducir a saberes puntuales. Recuperando el muy citado párrafo de Schmucler, el reto prioritario para los académicos de la comunicación, en cualquier parte del mundo, podría sintetizarse en avanzar, reflexiva y sistemáticamente, en producir sentido sobre la producción social de sentido:

“Pero, justamente, de eso se trata: de establecer nuevos límites, de definir nuevos espacios de contacto, nuevas síntesis. En vez de insistir en una especialización reductora, se propone una complejidad que enriquezca. (...) La comunicación no es todo, pero debe ser hablada desde todas partes; debe dejar de ser un objeto constituido, para ser un objetivo a lograr. Desde la cultura, desde ese mundo de símbolos que los seres humanos elaboran en sus actos materiales y espirituales, la comunicación tendrá sentido transferible a la vida cotidiana” (Schmucler, 1997).

BIBLIOGRAFÍA

BOUGNOUX, D. (1999), *Introducción a las ciencias de la comunicación*. Buenos Aires, Nueva Visión.

CARVAJAL, J. (1996), *Juegos cruzados: en el pensamiento antropológico* (5° ed.). Buenos Aires, Oficina de Publicaciones del C.B.C., Universidad de Buenos Aires.

CORTASSA, C. (2001), *Cuestiones epistemológicas y metodológicas de la investigación en comunicación*, en *Culturas. Debates y perspectivas de un mundo de cambio*. Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral.

De FLEUR, M; BALL-ROKEACH, S. J. (1989), *Teoría de la comunicación de Masas*, 5ª Edición. Buenos Aires, Paidós.

FOLLARI, R. (2005), *La moldura en espejo: encrucijadas epistemológicas de las Ciencias de la Comunicación*, en Portal de la Comunicación InCom-UAB, enero de 2005. Consultado en: http://www.portalcomunicacion.com/both/aab/txt/follari_2.pdf

GALINDO, J. (2006a), *Fuentes científicas históricas hacia una comunicología posible esquema de un proceso de investigación*, en portal de Fundación de la Comunicología, Consultado en: <http://www.fundacioncomunicologia.org/art20.htm>

GALINDO, J. (2006b), *Introducción a la comunicología. Un esquema del programa de trabajo en su primera fase*. Documentos del GUCOM. Consultado en: <http://www.geocities.com/arewara/arewara.htm>

GALINDO, J. (2007), *Apuntes de Historia del Proyecto hacia una Comunicología Posible. Presentación sintética del programa de trabajo en sus primeras fases*, en *Revista Question*, N° 14, Junio 2007. Facultad de Periodismo y comunicación social de la Universidad Nacional de La Plata, Consultado en http://www.perio.unlp.edu.ar/question/nivel2/informe_de_investigacion.htm

GALINDO, J. (2008), *La epistemología constructivista hacia una comunicología posible. Bases para una propuesta general de trabajo epistemológico*, en *Revista Razón y Palabra* N° 61 (mar-abr 08). Consultado en:

<http://www.razonypalabra.org.mx/anteriores/n61/jgalindo.html>

HUGHES, J. y SHARROCKI, W. (1987, 1999), *La filosofía de la investigación social*. México, Fondo de Cultura Económica.

- KARAM, T. (2008), *Epistemología y comunicación. Notas para un debate*, en *Revista Razón y Palabra* N° 61 (mar-abr 08). Consultado en:
<http://www.razonypalabra.org.mx/antecedentes/n61/tkaram.html>
- MARQUES DE MELO, J. (2001), *Identidad del campo de la comunicación: estrategias para salir del gueto académico*, en *Revista Diálogos de la Comunicación - Edición* N° 62 (jul-01). Consultado en:
http://www.dialogosfelafacs.net/dialogos_epoca/pdf/62-02JoseMarques.pdf
- MARTIN SERRANO, M. (2007), *La producción de Teoría de la comunicación con procedimientos científicos*, en *Revista Razón y Palabra* N° 59 (oct-dic 07). Consultado en:
<http://www.razonypalabra.org.mx/antecedentes/n59/especialserrano/mserrano.html>
- MASSONI, S. (2000) “Estrategias de comunicación: tiempo de investigarnos vivos”, en *Revista Comunicación y Sociedad* N° 37, México, Universidad de Guadalajara.
- MATTELART, A. y MATTELART, M. (1997), *Historia de las teorías de la comunicación*. Barcelona, Paidós.
- MATTELART, A. (1998), *La mundialización de la comunicación*. Barcelona, Paidós.
- MATTELART, A. (2003), *La comunicación-mundo: historia de las ideas y de las estrategias* (2° ed.). México, Siglo XXI.
- OROZCO GOMEZ, G. (1997), *La investigación en comunicación desde la perspectiva cualitativa*. Guadalajara, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de periodismo y comunicación social, e Instituto Mexicano para el Desarrollo Comunitario.
- PAPALINI, V. (2006), *Reflexiones epistemológicas en torno al campo comunicacional*, versión de *La cuestión de la subjetividad en el campo de la comunicación: una reflexión epistemológica*, *Revista Astrolabio* N° 3. Córdoba.
- PAPALINI, V. (2008), *Apuntes de seminario Epistemología y Trayectos Teóricos en Comunicación*, Clase 3. Bernal. Universidad Nacional de Quilmes.
- SAMAJA, J. (1995), *Epistemología y Metodología, Elementos para una teoría de la investigación científica*. Buenos Aires, EUDEBA.
- SCHMUCLER, H. (1997), *Sobre los efectos de la comunicación*, en *Memoria de la comunicación*. Buenos Aires, Biblos.
- TREMBLAY, G. (2004), *El Sitio Virtual de las Ciencias de la Comunicación en la Revista Comunicología@: indicios y conjeturas*. Publicación Electrónica del

Departamento de Comunicación de la Universidad Iberoamericana Ciudad de México, Primera Época, N°1, consultado en:
http://revistacomunicologia.org/index.php?option=com_content&task=view&id=35&Itemid=89

VARELA, F. (1990), *Conocer. Las ciencias cognitivas: tendencias y perspectivas. Cartografía de las ideas actuales*. Barcelona, Gedisa.

VERON, E. (1998/1999), *Entre la epistemología y la comunicación, Cuadernos de Información y Comunicación*, núm.4. Consultado en

<http://www.ucm.es/BUCM/revistasBUC/portal/abrir.php?url=http://www.ucm.es/BUCM/revistas/inf/11357991/articulos/CIYC9899110149A.PDF>

WOLF, M. (1987), *La investigación de la comunicación de masas*. Barcelona, Paidós.

Capítulo X

El signo de la “Sociedad de la información”. De cómo la cibernética y el estructuralismo reinventaron la comunicación⁴⁸

Pablo E. Rodríguez

Universidad de Buenos Aires (Argentina)

“Mi tesis consiste en que sólo puede entenderse la sociedad mediante el estudio de los mensajes y de las facilidades de comunicación de que ella dispone y, además, que, en el futuro, desempeñarán un papel cada vez más preponderante los mensajes cursados entre hombres y máquinas, entre máquinas y hombres y entre máquina y máquina”
(Norbert Wiener, *Cibernética y sociedad*, p. 16).

Pocas sociedades han hablado tanto de la comunicación como la nuestra. Ninguna, sin dudas, se había atrevido a desligar la comunicación de su aspecto más íntimamente humano, como lo hace Wiener en 1948 cuando escribe acerca de los mensajes cursados “entre máquina y máquina” y “entre máquinas y hombres”; hasta ese momento, lo más normal hubiese sido considerar que son los hombres quienes se comunican y que las máquinas constituyen apenas su instrumento. Esto señala lo más característico de la llamada “sociedad de la información”, esto es, que a través del concepto filosófico, científico y técnico de información, la comunicación se ha convertido en un núcleo simbólico central de las sociedades contemporáneas mientras se “desantromorfiza”, para retomar la reflexión de Philippe Breton en *La utopía de la comunicación*.

No se trata de que las tecnologías de la información y de la comunicación, cuya expansión comenzó a fines del siglo XVIII hasta llegar a la explosión del siglo XX, “impacten” con sus desarrollos espectaculares en una “sociedad” que recibe pasiva

⁴⁸ Publicado en Question N° 11 año 2006

sus influjos. Este determinismo tecnológico, todavía muy presente en los discursos sobre la “sociedad de la información”, debe ser contrarrestado con un estudio detallado de las condiciones por las cuales las sociedades occidentales recorrieron el camino de la modernidad con un énfasis muy especial en la comunicación. La expansión de las tecnologías de la información es una de las expresiones de una transformación simbólica de grandes proporciones de los últimos dos siglos. En este caso, el término “expresión” no remite a ninguna cadena causal, porque si las tecnologías no determinan a las sociedades como si fueran entidades extraterrestres superpoderosas, tampoco se puede afirmar que las tecnologías son meras consecuencias materiales de causas imaginarias mucho más profundas. En su desarrollo, cada tecnología abre senderos simbólicos y cada sendero simbólico abre la puerta a la existencia de nuevas tecnologías.

El objetivo de este trabajo es recortar algunos aspectos de este proceso de ida y vuelta entre lo simbólico y lo tecnológico en el caso particular de las llamadas “nuevas tecnologías de la información”. Entre estos aspectos están la cibernética, el estructuralismo, el cognitivismo, la psicología sistémica y un conjunto de disciplinas poco encuadrables en la división clásica de los saberes como la kinésica (el estudio de los gestos y de los movimientos) y la proxémica (el análisis de la manera de construir y modificar el espacio en las relaciones sociales). La hipótesis es que todos estos aspectos convergieron en la construcción de una tensión en las teorías del signo y de la significación que fue constitutiva para la “desantromorfización” y la “tecnologización” de la comunicación.

No hay dudas de que el siglo XX fue muy profuso en cuanto a las teorías del signo y de la significación. Desde la lingüística saussureana y la semiótica peirceana de fines del siglo XIX y principios del XX hasta las teorías contemporáneas del cognitivismo y el “giro lingüístico”, pasando por el importante tamiz de la corriente estructuralista, la dimensión significativa de la sociedad adquirió autonomía en el campo de las ciencias sociales y humanas respecto de los campos que habían estado a cargo de la reflexión sobre lo simbólico (la filosofía, la antropología, la filología), al punto de atravesar a estos mismos campos; el estructuralismo es quizás el mejor ejemplo, de allí su importancia para este recorrido. Sin embargo, el punto de partida de este trabajo no será el estructuralismo sino la cibernética, en la medida en que ambas teorías macro comparten importantes rasgos, pero con la diferencia de que la

cibernética estuvo en el centro de la creación y desarrollo de las tecnologías digitales de la información, mientras el estructuralismo se constituyó como una corriente de pensamiento al interior de las humanidades. Dicho de otro modo, la eficacia simbólica de la cibernética en la vida cotidiana de la “sociedad de la información” es mucho más grande que la del estructuralismo.

Tanto la cibernética como el estructuralismo son territorios demasiado vastos como para poder abarcarlos con algunas proposiciones generales. Lo que se intentará hacer aquí es, en primer lugar, señalar las coincidencias entre la cibernética y el estructuralismo, y en segundo lugar, identificar en el interior de la cibernética la tensión antes mencionada en el terreno de las teorías del signo alrededor del carácter antropomórfico o tecnológico de la comunicación. Esta tensión se manifestó en la contraposición entre el cognitivismo y las disciplinas que Yves Winkin agrupó bajo el término de “la nueva comunicación” (psicología sistémica, kinésica, proxémica). Esta misma contraposición será luego relativizada y puesta en crisis por el cuestionamiento, dentro de estas corrientes, a las bases mismas de la coincidencia entre la cibernética y el estructuralismo. De este modo, se pretende demostrar que todo el continente de las “ciencias del significante” ha construido el problema de la significación de un modo que permitía, efectivamente, sostener la afirmación de que no sólo los hombres, sino también las máquinas, soportan procesos de significación.

Cibernética

En primer lugar, es necesario delimitar qué entendemos por cibernética. Norbert Wiener, quien inventó el término, la definió como “la ciencia que estudia la comunicación y el control en animales, hombres y máquinas”. La formulación es de 1948, fecha de publicación de *Cybernetics* y de su versión más accesible para no matemáticos, *The human use of human beings*, y los avatares de los años posteriores indicarán que, en esta definición, caben demasiadas teorías. En algunos textos, el término “cibernética” quedó confinado al área de conocimiento que estudia mecanismos autorregulados, desde pequeños autómatas hasta grandes robots. En otros, como algunos de Edgar Morin, la cibernética significó un radical cambio epistemológico, un giro en el punto de vista científico del mundo que bien podría ser

estudiado, si no se hizo ya, como un nuevo paradigma científico tal y como definiera Thomas Kuhn. Por último, en la actualidad, “cibernética” es una palabra asociada sin demasiados reparos a todo lo que tenga que ver con el mundo de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación. El prefijo “ciber”, por ejemplo, ya inundó los discursos mediáticos sobre el tema.

Esta diversidad y hasta heterogeneidad puede inducir a la confusión, o en todo caso a realizar un esfuerzo muy atento para circunscribir a qué nos vamos a referir aquí cuando hablemos de cibernética. A poco de plantearse tal esfuerzo, aparece con claridad que semejante amplitud temática está en el centro de la definición de cibernética. Efectivamente, los primeros años de la cibernética, sus experiencias y experimentos iniciales, tuvieron mucho que ver justamente con los mecanismos autorregulados (fenómeno estudiado justamente por Wiener) y con robots (Grey Walter y su tortuga electrónica, Albert Ducrocq y su pato robot). Esos primeros años también vieron crecer a la cibernética como un gran movimiento científico que comenzaba a cuestionarse las nociones básicas de las ciencias exactas y naturales y a engendrar otros conceptos inclasificables. Quizás Gregory Bateson, con su entusiasmo por la cuestión, sea quien mejor documente este nuevo rumbo epistemológico. Por último, el hecho de que cibernética y nuevas tecnologías vayan de la mano es casi obvio, porque la computadora y los principios técnicos de artefactos (teléfonos celulares, sistemas de radiollamado, agendas electrónicas, etc.) y sistemas tecnológicos generales (satélite, fibras ópticas, etc.) fueron inventados en el marco del movimiento cibernético: la separación de memoria y cálculo, la digitalización de señales, la lógica de operación binaria, etc.

Ubicados en el plano teórico, podríamos reunir esta diversidad en algunos factores comunes que la cibernética inauguró en la historia de la ciencia y la técnica:

- *La noción de información:* Wiener (1969) dice claramente en su *Cibernética* que “la información no es materia ni energía: es información”; esto es, la información es una nueva categoría física del universo. No se trata de datos, como indica el sentido corriente de información, sino más bien de la medida de organización de un ente cualquiera, una organización sin la cual los sistemas materiales y energéticos no podrían sobrevivir. No se trata de que la información no mantenga relaciones con la materia o con la energía, porque

las tres constituyen a todos los entes del universo. Si las ciencias naturales, hasta los años '40, consideraban básicamente al universo compuesto de materia y energía (sin entrar en las complicadas relaciones entre ellas), la cibernética afirmó y afirma que también está compuesto, y sobre todo aún, de información.

- *La noción de comunicación:* La comunicación ha sido siempre un atributo de lo humano, Pues bien, la cibernética considerará en adelante que la comunicación es un atributo universal, y que como tal pertenece a “animales, hombres y máquinas”, o sea, a lo natural, lo social y lo artificial. En la cibernética, la comunicación es en buena medida la transmisión de información, lo cual no quiere decir que dicha transmisión pertenezca necesariamente al orden tecnológico. Y si la información es la medida de organización de sus entes, entonces la comunicación es lo que pone en marcha a la información. Así, para la cibernética, la comunicación es tanto como la información una dimensión básica de la existencia en todos sus niveles.
- *Las nociones de sistema y contexto:* en el discurso de la cibernética, es esencial el papel de las leyes de la termodinámica, que están en relación con las consideraciones de la teoría de los sistemas. En definitiva, lo que tanto la teoría de los sistemas como la cibernética subrayan es que de la termodinámica se puede deducir que el concepto de sistema es la piedra de toque para comprender cómo funcionan la información y la comunicación, fundamentalmente a través de la distinción entre sistemas cerrados (como los que describen las leyes de la termodinámica) y sistemas abiertos, que son los que interesan a la cibernética porque desmienten que el esquema energético del universo derive en su disolución y de esa manera obliga a introducir la distinción entre energía e información. Los sistemas abiertos, como los organismos vivos, son aquellos basados en la información, y por lo tanto, en la comunicación. Por eso información, comunicación y sistema forman parte del mismo esquema teórico y se complementan en tanto partes de él. La noción de sistema abierto tendrá especial importancia para la definición de ciertas disciplinas cibernéticas, como la terapia sistémica, de lo que se puede llamar “el contexto”. Se podría decir que la noción de contexto es la traducción de los

sistemas abiertos a la vertiente de la cibernética que se desarrolló en las ciencias sociales.

Un conjunto de disciplinas, viejas y nuevas, organizaron una división del trabajo, en algunos casos, y una disputa por los ejes centrales, en otros, en torno de estos tres puntos básicos. Al movimiento cibernético inicial le siguieron diversas direcciones de análisis que se pueden derivar de la definición de la cibernética: por un lado, las investigaciones sobre la base tecnológica de la información y de la comunicación, que comprende desde la teoría de la información de Shanon y Weaver hasta las derivadas de la aparición de la computadora, como la inteligencia artificial en particular o las ciencias cognitivas en general; por otro, lo que Yves Winkin, en su compilación de textos, denomina “la nueva comunicación”, y que tematiza la pragmática de la comunicación tal como ocurre en los seres humanos, y que abarca desde el sistemismo hasta investigaciones menos directamente cibernéticas como las de Ray Birdwhistell sobre la kinésica o Edward T. Hall sobre la proxémica. El mismo Bateson, padre del sistemismo, se encargó durante un tiempo de las investigaciones sobre comunicación en animales, y la etología también recibió la llegada de la cibernética con un impulso notable en sus teorías.

Lo que aquí interesa son los territorios en disputa. Nuestra hipótesis es que las regiones de la cibernética dedicadas a dispositivos tecnológicos y la llamada “nueva comunicación” (centrada en los seres humanos) construyeron una tensión alrededor de los conceptos de información, comunicación y contexto y, sobre todo, de una teoría del signo. En cierta manera, Wiener ya había colocado la primera piedra de la disputa, con la expresa analogía entre el hombre y la máquina:

En mi opinión, lo mejor es evitar epítetos que son una petición de principios, tales como ‘vida’, ‘alma’, ‘vitalismo’ y otros parecidos; en lo que respecta a las máquinas, diremos simplemente que no hay ninguna razón para que no se asemejen a los seres humanos, pues unas y otros representan bolsones de entropía decreciente, dentro de una estructura en la cual la más amplia entropía tiende a aumentar (Wiener; 1988, 31)

La disputa es muy amplia, pero creemos que para una teoría del signo tiene particular importancia considerar el despliegue de la tensión en torno a uno de los puntos de la cibernética: el de la ya citada analogía hombre-máquina, expresada en las obras de Wiener y en la primera etapa de la cibernética en general. Existen muchas disciplinas para analizar desde este punto de vista. Para los fines del trabajo, hemos elegido dos: las ciencias cognitivas, del lado de la tecnología, y el sistemismo, del lado de las ciencias sociales. Esto implica considerar en algún punto a la inteligencia artificial, que según varios autores es una de las ramas más importantes de las ciencias cognitivas, y a elementos que, estando fuera del sistemismo, comparte muchos puntos de vista con él, como las obras de Birdwhistell y Hall, reunidos todos en “la nueva comunicación”. Si el sistemismo fue quien más lejos llevó la reflexión cibernética sobre la comunicación, fueron las ciencias cognitivas las que hicieron la apuesta decisiva de la cibernética por “inventar” una comunicación no humana. Dicha comunicación no humana no es simplemente transmisión de datos; más bien alude a la capacidad de una máquina de significar algo. ¿Es que la máquina, como el hombre, puede construir procesos de significación? Las ciencias cognitivas dieron una respuesta compleja al problema. Si la comunicación está sostenida en procesos de significación, entonces la tensión podría aparecer en toda su dimensión si se la observa a la luz de ciertos temas propios de la semiótica, la ciencia de los signos, como ser: la naturaleza del signo (como elemento de significación y como elemento de comunicación), su relación con otras entidades (como en la trilogía semántica, sintáctica y pragmática expuesta por Charles Morris), su composición (binaria o ternaria), sus tipos (signos verbales o no verbales), su vinculación con su afuera (el problema del referente y de la construcción de lo real) y aun las características del signo para los sujetos que lo significan (la diferencia entre natural, social y artificial).

La cibernética y el estructuralismo

Quizás la vía más rápida para examinar a la cibernética desde una teoría del signo sea la de las relaciones estrechas que se verifican entre ella y el estructuralismo, una corriente de pensamiento que se constituye, precisamente, a partir de la obra de Ferdinand de Saussure, una obra fundadora para la lingüística y para la teoría del

signo en general. Dichas relaciones fueron planteadas explícitamente por la figura más importante del estructuralismo francés, Claude Lévi-Strauss, y por un lingüista que en un momento de su trayectoria practicó la conjunción entre la teoría matemática de la información y ciertos conceptos de la lingüística: Roman Jakobson.

Las analogías generales entre cibernética-teoría de los sistemas y estructuralismo son varias. En primer lugar, existen rasgos comunes al concepto de estructura y el de sistema: ambos designan totalidades cuyos elementos mantienen relaciones recíprocas e insolubles. Tanto para un análisis estructural como para uno cibernético, lo que importan nunca son los elementos sino las relaciones entre ellos, lo que en definitiva les da su entidad como tales. Como sugiere Yves Winkin en su compilación *La nueva comunicación*, estas relaciones no siempre aparecen claras por los recelos mutuos entre el paisaje intelectual norteamericano de la cibernética y el francés del estructuralismo. El mismo Lévi-Strauss, en *Antropología estructural*, veía cómo en el campo de la antropología se podía llegar a ciertos “descubrimientos” comunes con quienes, como Bateson, parten del funcionalismo que el autor francés rechaza.

Bateson y Mead han trabajado en la dirección indicada por Radcliffe-Brown. Sin embargo, ya en *Naven* (1936), Bateson sobrepasaba el nivel de las relaciones diádicas puras, puesto que se preocupaba por clasificarlas en categorías, admitiendo de este modo que en la estructura social hay algo más que las relaciones mismas y distinto de ellas: ¿qué otra cosa, pues si no la estructura, planteada antes que las relaciones? (Levi-Strauss, 1973; 275).

En segundo lugar, podría señalarse la coincidencia entre cibernética y estructuralismo en la búsqueda de lo formalizable, comprendiendo en ello tanto a la lógica moderna como a la matemática, en el tipo de fenómenos que analizan. Lévi-Strauss dedica un capítulo de *Antropología estructural* a una discusión con Wiener al respecto, buscando refutar su afirmación de Wiener de que los fenómenos sociales no se abren a la formación de series estadísticas, y cita como ejemplo los avances de la lingüística estructural derivados del desarrollo de la fonología en el Círculo de Praga (Trubetzkoy, Jakobson). En tercer lugar, como aclaran Verón y Winkin entre otros,

tanto la cibernética como el estructuralismo forman parte del proyecto de una ciencia unificada de la comunicación, partiendo de que los fenómenos sociales se definen como lenguaje y por lo tanto como un proceso de comunicación:

Lévi-Strauss llega así a considerar las reglas del parentesco del lenguaje y de los intercambios económicos como modalidades (o niveles) de un fenómeno de comunicación. Plantea entonces las posibles relaciones entre antropología social, ciencia económica y lingüística, evocando la teoría de los juegos de Von Neumann y Morgenstern y la teoría de la información de Shannon y Weaver, y sugiere que estas disciplinas “se asociarán un día para fundar una disciplina común que será la ciencia de la comunicación” (Winkin, 1992:109).

En relación con estos rasgos generales y pero centrándolos en el tema que nos ocupa, lo que Winkin llama el modelo telegráfico de la comunicación marca un hito en lo que respecta a las relaciones cibernética-estructuralismo: el modelo de Shannon y Weaver se asemeja al propuesto por Jakobson. Y aunque la teoría matemática de la información no sea la cibernética ni la obra de Jakobson una Biblia del estructuralismo, dicho modelo telegráfico sirve, en perspectiva, para mostrar cómo cierto enfoque de la comunicación presupone otra cierta concepción del signo lingüístico en común. El modelo de Shannon-Weaver presentaba una fuente de información y un emisor de un lado y un receptor y un destino del otro. Era un modelo técnico al que Jakobson, aplicándolo a la situación de dos hablantes, resumió en emisor y receptor intencionales (esto es, que se comunican voluntariamente) e incluyendo el contexto que funciona como el referente. Pero si Jakobson pudo hacer esto es porque en ambos modelos subyace el hecho de que la comunicación puede prescindir de la materialidad que la realiza, si es hombre o máquina. Aquí aparece cómo el modelo binario (significante-significado) de Saussure pudo pasar a la teoría matemática de la información y a alguna zona de la cibernética: lo hizo a través de una lingüística de la comunicación, la correspondiente al estructuralismo francés, que se convirtió en la caja de resonancia más palpable e influyente del modelo saussureano. En Saussure, la autonomía y especificidad de la lengua estaba en relación

con su carácter fundamentalmente social; algo que, como dice Verón (1987), fue una afirmación sin consecuencias. Por otro lado, si el signo aparecía como una entidad psíquica, era para “lograr el ‘despegue’ de la lengua en relación con el orden natural”. En el camino de la fonología del Círculo de Praga a la teoría matemática de la información, concentrar la atención en el significante llevó a que esa especificidad de la lengua se vaciara de carácter social alguno. La relación entre el significante y el significado, es decir, el problema de la significación, fue evacuada. Saussure afirmaba el carácter arbitrario de dicha relación y su carácter inmotivado (donde desaparece el referente) para romper con la naturalidad de la relación entre el signo y la cosa a que alude. Más tarde, la arbitrariedad y el carácter no motivado del signo fueron las llaves para cerrar el cajón del problema de la significación, o sea, el de explicar cómo un signo se refiere a una cosa por más que sepamos que la relación entre ellos no es natural; el problema, en suma, de la construcción de lo real. Cuando Eco (1976) describe al signo en tanto elemento del proceso de comunicación, afirma que éste “se utiliza para transmitir una información, es decir, o para indicar a alguien algo que otro conoce y quiere decir que lo conozcan los demás también (...). Desde el punto de vista del que estamos hablando, el mensaje equivale al signo”. La pregunta de cómo se forma el signo, de cómo el signo es un elemento del proceso de significación, corresponderá a otras disciplinas cibernéticas.

Cognitivismo

Siguiendo a Howard Gardner, uno de los principales historiadores de las ciencias cognitivas, y aun a Francisco Varela, uno de los protagonistas de esta historia, puede decirse que las ciencias cognitivas surgieron en un doble movimiento: con el nacimiento de la computadora y con el rechazo paralelo, en el campo de la psicología, de las premisas conductistas contenidas en el esquema estímulo-respuesta. La analogía hombre-máquina empezaba a dar sus frutos. Si en los primeros años de la cibernética se planteó la semejanza entre los funcionamientos del cerebro y de la computadora, más tarde la primera ciencia cognitiva sacaría la primera conclusión fuerte de la analogía: el conocimiento del mundo no depende del ambiente, del estímulo previo

que genera una respuesta, sino de ciertas estructuras ya existentes en el hombre, que éste puede transferir a una computadora.

Gardner (1987) define a la ciencia cognitiva como “un empeño contemporáneo de base empírica por responder a interrogantes epistemológicos de antigua data, en particular los vinculados a la naturaleza del conocimiento, sus elementos componentes, sus fuentes, evolución y difusión”. De los rasgos que enumera como basales para la ciencia cognitiva, podríamos rescatar tres para nuestros propósitos: la necesidad de pensar las representaciones mentales del hombre en sus actividades cognitivas por fuera del nivel biológico-neurológico y también del sociológico-cultural, la utilización de la computadora como base experimental para comprender el funcionamiento de la mente, y la no consideración de los factores emocionales, históricos y aun el más directo papel del contexto en las actividades cognitivas.

En su primera etapa, la ciencia cognitiva afirmará que la cognición consiste en la computación de símbolos, entendidos como “elementos que representan algo” (Varela, 1996; 39). Podría traducirse, entonces, que se trata de la computación de signos, comprendidos no como elementos de comunicación sino más bien de significación. De acuerdo a los criterios científicos de validación del conocimiento, la ciencia cognitiva debió entonces formular esto en forma de hipótesis y proponer un experimento que funcione como contrastación. La computadora fue la sede de la experiencia y de allí a la generalización. Esto es: las experiencias con computadoras (datos pero sobre todo programas) demuestran que es posible “la computación física de símbolos” (Varela, 1996; 41), que para la primera ciencia cognitiva es sinónimo del pensamiento, más allá de la mente humana. Ahí comienza a invertirse la carga de la prueba, pues la computadora, diseñada como forma experimental para ver si es posible reproducir ciertos rasgos del pensamiento humano, termina convirtiéndose en el modelo del pensamiento, por lo cual rápidamente ella será una forma superior de inteligencia respecto de la del ser humano. Esta es la línea que siguió la inteligencia artificial.

Desde el punto de vista del signo, el cognitivismo (primera etapa de las ciencias cognitivas, siguiendo la clasificación de Varela) se ve obligado a considerar sólo un aspecto: la dimensión sintáctica, pues “un ordenador digital opera sólo sobre la forma física de los símbolos que computa; no tiene acceso a su valor semántico” (Varela, 1996; 40). Si los cognitivistas acuerdan con esto, ¿cómo pueden considerar que las

computadoras piensan, si ni siquiera acceden a la relación del signo con lo que significa? Porque subordinan la semántica a la sintáctica. La computadora piensa a través de un programa que da órdenes en forma de secuencias. Este programa es una formulación sintáctica que contiene todos los aspectos semánticos que el programador (el ser humano) considera necesarios para que se cumpla el objetivo previsto por la secuencia de programación. Pero la realidad es que, para los cognitivistas, desde el exterior de la computadora, ella ha pensado, porque ha cumplido un objetivo a partir de condiciones previas sin ninguna ayuda del exterior. Entonces, debe ser cierto que en el hombre también hay computación física de símbolos. Y, también, que el nivel sintáctico (en tanto secuencial) de esta computación expresa siempre la dimensión semántica a través de un programa. Es que, siguiendo una larga tradición de la cibernética, llegan a considerar al hombre como un individuo programado, en principio, por el nivel biológico de su existencia.

Podemos, a esta altura, señalar algunas cuestiones para el tema que nos interesa. Primero, que el cognitivismo, al considerar la sintáctica-semántica, descarta por completo la dimensión pragmática de la significación, pues equivaldría a herir la analogía mente-computadora. Segundo, que el cognitivismo considera que los únicos signos estudiables en el proceso de pensamiento son los verbales, porque a pesar de que la experimentación con robots es un capítulo de la inteligencia artificial, no se considera que los gestos de un robot ayuden a comprender la naturaleza de los signos no verbales. O sea: pensar, representar el mundo, no depende nunca de quién, cómo, cuándo, dónde y por qué piensa y representa, ni tampoco de todas las dimensiones significantes de la vida por fuera del proceso verbal.

Estas comprobaciones nos sirven para señalar una importante continuidad entre ciertos caminos de la tradición estructuralista acerca de la significación y el cognitivismo. La lingüística de Saussure se ocupa de la lengua (relaciones sintácticas y semánticas) y no del habla (pragmática). Por su parte, el Círculo de Praga, mediante sus estudios de fonología, llegó a la identificación entre sintáctica y semántica, descartando la pragmática, con el concepto de intencionalidad.

Estamos ya lejos del horizonte del positivismo; en la proclamación del círculo de Praga, el sujeto se convierte en fuente activa de una intención de comunicar, definida por el objetivo a alcanzar. Es esta

unidad intencional del acto la que proveerá el fundamento que permite dar cuenta del carácter invariable de las unidades lingüísticas, más allá de la diversidad empírica de las realizaciones (Verón, 1987; 93-94).

También es el caso de Noam Chomsky. Su obra aparece como una revitalización de largo aliento de las virtudes del racionalismo (*Lingüísticas cartesianas* es una de sus obras, y su discípulo Jerry Fodor dedicará largas alabanzas a Descartes contra cualquier clase de empirismo) que en el terreno que nos interesa privilegia el nivel sintáctico de la significación por sobre la semántica y mucho más aun la pragmática. Las “estructuras profundas” de su gramática transformacional se corresponden muy adecuadamente a los programas de las computadoras. Si la significación, en Saussure, era un fenómeno mental, el cognitivismo creyó haber abierto el cerebro con la computadora para ver de qué modo se producía. Sin duda, lo que encontró no fueron ni signos materiales ni corrientes de energía; en esto, el cognitivismo, la inteligencia artificial y todas las disciplinas organizadas en torno a la computadora (o el principio mismo de su creación) es consecuente con el descubrimiento cibernético de la información como dimensión del universo material.

“La nueva comunicación”

La sistémica, como se conoce a esa disciplina en principio correspondiente a la psiquiatría, también parece ser consecuencia de haber descubierto a la información. Pero la teoría iniciada por Gregory Bateson y continuada, entre otros, por Paul Watzlawick y el grupo de Palo Alto, es casi punto por punto lo opuesto de la orientación cognitivista. En realidad, de la misma manera en que la inteligencia artificial fue incluida como una de las ciencias cognitivas (algo que algunas corrientes cognitivas rechazarían hoy), incluiremos a la sistémica junto a la proxémica que desarrolló Edward T. Hall y a la kinésica de Ray Birdwhistell. Quizás sus relaciones sean menos explícitas que las que hay entre la inteligencia artificial y las ciencias cognitivas. Sin embargo, en la medida en que lo explícito de las relaciones no es un

indicador de su naturaleza, es preciso para este nivel considerar el compuesto que Winkin llama “la nueva comunicación”.

Con su cuerpo sentado en la psicología, el sistemismo comparte con el cognitivismo el rechazo de la corriente conductista, dominante en Estados Unidos, que aún pensaba en el esquema estímulo-respuesta, y al mismo tiempo se opone a la lectura más energética (quizás, también, dominante en Estados Unidos) de la obra de Freud. Se trata de un problema de información, allí donde antes se suponía un problema de energía. Si un hombre patea a un perro y éste contesta mordiéndolo, “el perro obtiene la energía de su propio metabolismo y no del puntapié, la energía para su reacción. Por ende, lo que se transfiere ya no es energía, sino más bien información” (Watzlawick, 1974; 30). Sin embargo, la orientación del sistemismo es claramente pragmática: pretende establecer los niveles que coexisten en la comunicación humana. Esto ubica en un lugar privilegiado al concepto de contexto y señala las diferencias entre el sistemismo y la teoría matemática de la información, por un lado, y el cognitivismo, por el otro. “Sin contexto no hay comunicación”, dice Bateson (1965), y en otro trabajo, en colaboración con Jürgen Ruesch, afirman que “la comunicación no se refiere solamente a la transmisión verbal, explícita e intencional de un mensaje; tal como lo utilizamos nosotros, el concepto de comunicación incluye todos los procesos a través de los cuales la gente se influye mutuamente”. Aquí se podría volver a objetar lo que advertíamos al principio acerca de la división cibernética del trabajo: unos se ocupan de las máquinas, otros de la aplicación de la cibernética a las ciencias sociales, por lo que es lógico que unos amplíen algunos aspectos en detrimento de otros. Sin embargo, quisiéramos reiterar que tal división se transforma en una “disputa” cuando lo que está en juego es una definición de signo, de representación, de comunicación y aun de información.

En cierta manera, el sistemismo coincide en algunos aspectos muy generales con el estructuralismo tal como lo formuló Lévi-Strauss. Este mismo autor lo había señalado: Bateson había descubierto algo parecido a la estructura cuando se despegó del análisis funcionalista de Radcliffe-Brown. Como señala Winkin, el supuesto de Lévi-Strauss es que todos los aspectos de la vida social deben ser estudiados como lenguaje, prestando por ello una atención excluyente a la lingüística estructural, que podría funcionar como modelo para las ciencias sociales. Si en Saussure la lengua es un sistema en tanto cada uno de sus elementos sólo pueden ser considerados a la luz

de los demás, entonces este modelo relacional de la estructura será la piedra de la renovación en las ciencias sociales. Lo que hará el análisis estructural es buscar reglas generales que son inconscientes para quienes las aplican, esto es, los sujetos sociales, y que está en la base de la réplica de Lévi-Strauss a Wiener respecto a la capacidad de formalización de las ciencias sociales. Pero la fundamentación en la lingüística tiene otra arista en el modelo antropológico de Lévi-Strauss: la consideración de que todos los aspectos de la vida social son en definitiva fenómenos de comunicación.

“La nueva comunicación” también supone la centralidad del modelo de la lingüística (aun cuando sus inspiraciones no sean directamente las de Saussure), la importancia de considerar la pertenencia de los elementos a un sistema (donde Lévi-Strauss hablaba de estructura) más que sus individualidades, la noción de que, como formulara Watzlawick (1974), “no se puede dejar de comunicar” (en tanto “toda conducta es comunicación”), y por último el carácter inconsciente de la comunicación, donde ésta aparece gobernada por reglas que los sujetos desconocen y, sin embargo, aplican. El caso más llamativo de esta coincidencia es el de Birdwhistell, porque pretende justamente llevar el modelo de la lingüística estructural, pensado para los signos verbales, a la kinésica, cuyo objeto de estudio son los signos no verbales.

Como hemos indicado antes, la teoría y la metodología de la kinésica han sido influenciadas de manera constante por las de la lingüística descriptiva y estructural. Desde los primeros descubrimientos morfológicos, ha resultado claro que el comportamiento comunicativo perceptible por el ojo presentaba propiedades formales al menos análogas a las que podía observarse en el comportamiento comunicativo perceptible por el oído. He tenido ocasión de encontrarme en contacto constante con investigadores en lingüística: este contacto ha determinado el modo de investigación y el aparato terminológico de la investigación en kinésica (winkin, 1992).

Sin embargo, la consideración del contexto y de la comunicación como una situación de interacción limita los alcances de la convergencia entre lingüística estructural y “la nueva comunicación”. Contexto e interacción remiten en definitiva al hecho de que el sistemismo considera fundamentalmente al signo en su relación con el uso en una situación concreta y específica, esto es, con la pragmática; justamente lo que el estructuralismo había dejado de lado. Podría decirse que la lingüística jamás excluyó al contexto, si se piensa por caso en el famoso modelo de la comunicación de Jakobson. Pero Birdwhistell (1992) aclara la diferencia: “Una definición sucinta de ‘contexto’ es que se trata de un aquí y ahora etnográfico verificado. No es un entorno ni un medio, sino un lugar de actividad y de reglas de significación de ésta, las cuales son también actividad”.

Para “la nueva comunicación”, las reglas de tipo lógico que la lingüística estructural y aun el cognitivismo observan en el funcionamiento de la significación sólo existen en la situación concreta de comunicación, en los diferentes niveles (verbales y no verbales, explícitos e implícitos, del orden de la comunicación o de la metacomunicación, comunicación sobre la comunicación) en que esta situación necesariamente se inserta. De allí que el problema de la significación sea desplazado del campo de la sintáctica y la semántica al de la pragmática en “la nueva comunicación”. “Cuando nos veamos enfrentados con una secuencia dada de señales, diferiremos cuanto sea posible la pregunta: ‘¿Qué significan esas señales?’. Nos plantearíamos más bien la pregunta indirecta: ‘¿Sería modificada la significación por un cambio dado en la secuencia o en el contexto?’”, dice Bateson (Winkin; 1992). “No es necesario recurrir a ninguna hipótesis infrapsíquica imposible de verificar en última instancia” porque “es posible limitarse a las relaciones observables entre entradas y salidas, esto es, a la comunicación”, dice Watzlawick (1974). Estos autores comparten con la lingüística estructural y con el cognitivismo el hecho de que, para los signos verbales, es válido postular la convencionalidad del signo. Sin embargo, considerado desde la pragmática, de cómo los hombres se comunican en cualquier contexto en que tiene lugar una interacción entre ellos, dicha convencionalidad no termina con el problema de la significación. Watzlawick considera que la comunicación digital (la que es objeto de la lingüística estructural y el cognitivismo) forma parte de la interacción tanto como la comunicación analógica, que incluye “la

postura, los gestos, la expresión facial, la inflexión de la voz, la secuencia, el ritmo y la cadencia de las palabras mismas”.

El proyecto de “la nueva comunicación” engloba, sin duda, a los problemas del signo a nivel sintáctico y semántico. Sin embargo, al considerar que estos niveles están suficientemente desarrollados, el sistemismo y la kinésica se concentran en el nivel pragmático. Esto produce la dinámica de alejamiento-acercamiento de “la nueva comunicación” respecto de la herencia lingüística; ésta queda a veces cerca del cognitivismo, y otras veces cerca del sistemismo y la kinésica. Y esta misma dinámica está en la base de los avatares de las ciencias cognitivas después del cognitivismo.

La convergencia

En los años '70, las ciencias cognitivas comenzaron a separarse, del cognitivismo y su hijo pródigo, la inteligencia artificial. Varias orientaciones cognitivas trazaron una historia distinta de la mente y se remontaron para ello a los primeros años de la cibernética, los de las conferencias Macy. La consideración del pensamiento como la computación física de símbolos fue la operación teórica correspondiente a la llamada “arquitectura Von Neumann” de la computadora, esto es, la presencia de un procesador lógico central vinculado a una memoria donde se almacenan los datos. Las distintas partes de la computadora tienen reglas de relación mutuas y el procesador sería el lugar de la computación física de símbolos a través de reglas lógicas. Pero ya en las conferencias Macy aparecía otra imagen de la mente, mucho más inspirada en los modelos neuronales y en el sustrato biológico que en la experimentación con computadoras. Gardner y Varela coinciden en que fue Donald Hebb, a fines de los años '40, quien inauguró un enfoque que años más tarde se llamará conexionismo. En el conexionismo no había funciones separadas (memoria por un lado y procesamiento por el otro), sino que “el cerebro operaba a partir de interconexiones masivas, de forma distribuida, de modo que las conexiones entre conjuntos de neuronas cambian como resultado de la experiencia. En síntesis, estos conjuntos presentan una capacidad autoorganizativa que no es propia de la lógica” (Varela, 1996). Karl Lashley, precursor de la neurociencia según Gardner, también rechazó para los

modelos neuronales la posibilidad de que hubiera localizaciones de funciones específicas, un poco a la manera de cómo funcionaba la computadora.

Lo que interesa destacar, en todo caso, es que de la inspiración biológica se deriva una concepción muy distinta de lo que es la representación. Ya no se trata de símbolos computables y de reglas lógicas que lo computan, sino de la historia del desarrollo de un organismo que va significando el mundo a medida que va pasando por él. Es lo que se llaman “las propiedades emergentes”: una red densa de autoorganización va acumulando, en su crecimiento, un conjunto de respuestas a sucesivas situaciones y escenarios y de esa manera va dándole significado al mundo. La analogía del cerebro humano y la computadora fue reemplazada por la del cerebro humano y el animal.

El conexionismo, entonces, se aparta de dos de las premisas que Gardner había asignado a la ciencia cognitiva, pues de algún modo, el contexto y la historia, que el cognitivismo dejaba voluntariamente de lado, comienza a ser parte explicativa de la cuestión de la significación. Sin embargo, Varela introduce un nuevo problema: no se ve cómo el conexionismo puede superar ciertas trabas puestas por el cognitivismo en cuanto a la representación. El cognitivismo se había aferrado a la relación arbitraria del signo saussureano entre significado y significante para evacuar rápidamente el problema de la significación en la computadora, que no puede adquirir sino mediante la introducción de un programa diseñado por humanos, lo cual lesiona la imagen de que ella piensa. Según Varela, el conexionismo se habría puesto a las puertas de romper con esto, al introducir el contexto y la historia, pero no lo hizo. “Tanto en el cognitivismo como en el conexionismo de la actualidad, el criterio de cognición continúa siendo una representación atinada de un mundo externo que está dado de antemano (...) Si el mundo en que vivimos va surgiendo o es modelado en vez de ser predefinido, la noción de representación ya no puede desempeñar un papel protagónico”. La alternativa de Varela es la enacción, en la que las cuestiones relevantes en cada momento de la vida “se las hace emerger desde un trasfondo, y lo relevante es aquello que nuestro sentido común juzga como tal, siempre dentro de un contexto” (Varela, 1996).

De esta manera, la orientación enactiva, inspirándose en el sentido común y en el contexto, opera dentro de las ciencias cognitivas como el máximo de distancia respecto del cognitivismo: ya se alejó de la analogía hombre-máquina, y también de la

de hombre-animal (presente en el conexionismo), para plantear que la noción de representación ya debe quedar fuera de la imagen del pensamiento, pues no se trata ni de “interpretar” un mundo ya dado no de que la cognición opera sobre la base de representaciones internas del mundo externo. Para lo que a nosotros nos interesa, la enacción marca el punto en el que las ciencias cognitivas (no en masa, puesto que hay en ellas diferentes corrientes; sólo se trata de marcar un hito) se atrevieron a salir del esquema del signo como entidad psíquica, algo que el cognitivismo y aun el conexionismo conservaron del impulso de la lingüística estructural, de la mano de Chomsky. De este modo, en la enacción las ciencias cognitivas se atrevieron a abandonar el interés por los aspectos sintácticos y semánticos del signo para concentrarse en la cuestión de la pragmática. Y, de este modo, el signo verbal dejó de ser el representante exclusivo de la cognición.

Poco a poco, las ciencias cognitivas pasaron de un máximo de distancia a un máximo de acercamiento a lo que llamamos “la nueva comunicación”. Si el cognitivismo, la principal corriente de las ciencias cognitivas en sus años mozos, aisló explícitamente la historia y el contexto del problema de la representación del mundo, el sendero que lleva a la enacción fue lentamente incorporando ambas cuestiones, casi como reconociendo la imposibilidad de la empresa de considerar que un artefacto inventado por el hombre piensa como él. El acercamiento es mayor si se recuerda que, en obras posteriores menos ligadas directamente al sistemismo, el mismo Watzlawick se preguntó sobre la construcción social de la realidad, que es un tipo de interrogante que subyace al planteo enactivo de Varela, aunque él lo diferencie del constructivismo del terapeuta sistémico. Repetimos que las ciencias cognitivas no realizaron este pasaje en bloque, pues el campo cognitivo está atravesado por múltiples corrientes y está lejos de poseer un objeto estabilizado de estudio, ni siquiera en los años de gloria de la inteligencia artificial.

Por último, es notable constatar que el camino de la cibernética, en las dos corrientes elegidas en este trabajo, sigue en alguna forma el derrotero del estructuralismo hacia su crisis en los años '70, y que da lugar a nuevas teorías del discurso que rescatan otras tradiciones en teorías del signo en lo que se podría definir como un pasaje de la semiología a la semiótica. La lingüística estructural también partió descartando el contexto y la historia. Saussure desestimó al referente como problema de una teoría del signo para resaltar el carácter no natural de la relación

entre significante y significado, y al mismo tiempo postuló que la naturaleza del signo es esencialmente social. Para una buena parte de la tradición estructuralista, retomada por disciplinas cibernéticas como la teoría matemática de la información y las primeras ciencias cognitivas (y aun en contacto con ciertos aspectos de “la nueva comunicación”, como hemos visto ejemplarmente en Birdwhistell), el primer punto derivó en una convencionalidad del signo sin problematizaciones, lo que hizo que el segundo punto (el carácter social del signo) no llevara a ningún desarrollo o consecuencia. Se podría decir que, en tanto alguna parte de la cibernética se abocó a la creación de dobles de lo humano (la computadora), era obvio que respetaran el aislamiento de lo social. Pero habría que invertir el razonamiento: es *porque* el carácter social del signo se convirtió en letra muerta, que alguna disciplina científica pudo plantearse alguna vez que una máquina podía soportar procesos de significación. Otras disciplinas, como hemos visto, siguieron el camino inverso para intentar restituir, a su manera, el carácter social del signo, lo cual lleva a problematizar, siguiendo el sentido inverso, su convencionalidad; Watzlawick dirá explícitamente que la convencionalidad existe, pero que la cuestión para una pragmática de la comunicación (como definen Bateson y él mismo al sistemismo) es observar cómo se crea y modifica la relación entre significante y significado. Se trata de un problema sobre la construcción de lo real, o sea, de volver a pensar la cuestión del referente. En definitiva, el modelo binario del signo estalla.

Conclusión

Decía Foucault en *Las palabras y las cosas* que el hombre fue la figura central de la episteme moderna y que se había constituido en el siglo XIX a partir de empiricidades agrupadas en tres grandes marcos: el trabajo, la vida y el lenguaje. Al mismo tiempo, ciertos saberes propios del siglo XX ejercieron el papel de contraciencias, señalando el revés de la trama y los límites de dicha episteme. Se trata del psicoanálisis, la lingüística y la etnología, que convergieron en el tiempo y espacio en el que Foucault escribió el libro (Francia, décadas del '50, '60 y '70) en la teoría estructural, en un intento de crear categorías explicativas que abandonaran la noción de conciencia, tanto a nivel individual como colectivo, y que abriera un campo de

formalización en el que, como se ha visto, las coincidencias con la cibernética no son pocas⁴⁹ (21). Como una provocación al panorama intelectual francés y también como la asunción del agotamiento del estructuralismo, Foucault ponía término al libro anunciando el final próximo del hombre como figura epistémica.

Vistas desde el prisma de la cibernética, las teorías del signo del siglo XX reconstruyeron esa empiricidad conocida como lenguaje proyectándola fuera del hombre y de su conciencia. No parece casual que algunas corrientes derivadas de la cibernética se alojaran precisamente en las contraciencias de las que hablaba Foucault: la psicología sistémica discutiendo con el psicoanálisis, la proxémica y la kinésica buscando importar las categorías de la lingüística a sus contextos de análisis, la antropología y la etnología desplegando el tráfico conceptual más claro entre cibernética y estructuralismo en las obras de Bateson y Lévi-Strauss. Si para Foucault la teoría estructural es el negativo de la episteme moderna que señala las inconsistencias de su figura central, la del hombre, bien podría afirmarse, según lo que se ha analizado aquí, que cuando el problema del lenguaje pasa a ser el problema de la significación y del carácter del signo, aparecen nuevas empiricidades que definen nuevas figuras que, más allá de cuál sean sus nombres, ya no se parecen a la del hombre. El estructuralismo y la cibernética ya no funcionarían entonces como un negativo sino como un punto de pasaje de un estrato de saber a otro. La convergencia entre el cognitivismo y “la nueva comunicación”, que marcan a su vez los límites del abandono de los referentes humanos y sociales de la comunicación y la información, no hace sino confirmar la importancia de la aventura intelectual del estructuralismo y la cibernética. Esta convergencia podría ser el negativo de las nuevas empiricidades de la significación, donde el hombre comparte el lugar con la máquina; un negativo que hace aun más nítidas las líneas principales de quiebre con el lenguaje de la episteme moderna. No es probable que esta convergencia derive en una vuelta a los términos del hombre de la episteme moderna, porque lo que se ha querido demostrar aquí es que en todo uso de cualquier tecnología de la información está ejerciéndose una manera particular de comprender la comunicación que destrona al hombre como centro de las operaciones simbólicas y significantes. Y esta nueva noción de

⁴⁹ La autora canadiense Céline Lafontaine ha trabajado en detalle estas coincidencias, que aquí sólo han sido señaladas a propósito de la teoría del signo, rastreándolas hasta en las obras de Jacques Lacan y Jacques Derrida.

comunicación se deja ver precisamente en el recorrido transitado por el cognitivismo, la psicología sistémica, la kinésica y la proxémica. Coinciden entonces los usos sociales de las tecnologías de la información con la manera en que corrientes y disciplinas filosóficas y científicas concibieron la comunicación. De este modo, la “sociedad de la información” no es tanto el resultado del desarrollo de algunas tecnologías sino la figura que reúne un conjunto de transformaciones mucho mayores en la que dicho desarrollo es apenas una de las aristas. La cuestión más abierta de todas es, entonces, si la “sociedad de la información” es o no la etiqueta de un cambio epismético y la realización de aquel fin del hombre anunciado por Foucault.

BIBLIOGRAFÍA

- BATESON, G. (1976), *Pasos para una ecología de la mente*. Buenos Aires, Carlos Lohlé.
- BATESON, G. y RUESCH, J. (1965), *Comunicación. La matriz social de la psiquiatría*. Buenos Aires, Paidós.
- BRETON, P. (2000), *La utopía de la comunicación*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- DUCROT, O. y TODOROV, T. (1972), *Dictionnaire encyclopédique des sciences du langage*. París, Seuil.
- ECO, U. (1976), *Signo*. Barcelona, Labor.
- GARDNER, (1987), *La nueva ciencia de la mente. Historia de la revolución cognitiva*, Buenos Aires, Paidós.
- HEIMS, S. (1993), *Constructing a social science for postwar America: The Cybernetics Group (1946-1953)*. Cambridge, MIT Press.
- JAKOBSON, R. (1975), *Ensayos de lingüística general*, Tomo I. Barcelona, Seix Barral.
- LAFONTAINE, C. (2004), *L'empire cybernétique. Des machines à penser à la pensée machine*. París, Seuil.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1973), *Antropología estructural*. Buenos Aires, Eudeba.
- MORIN, E. (1981), *La naturaleza de la naturaleza*, vol. III de *El método*. Madrid, Cátedra.
- PENROSE, R. (1996), *La mente nueva del emperador*. México, FCE.
- SFEZ, . (1995), *Crítica de la comunicación*. Buenos Aires, Amorrortu.
- VARELA, F. (1996), *Conocer*. Barcelona, Gedisa.
- VERÓN, E. (1968), *Conducta, estructura y comunicación*. Buenos Aires, Jorge Alvarez.
- VERÓN, E. (1987), *La semiosis social*. Buenos Aires, Gedisa.
- VON BERTALANFFY, L. (1993), *Teoría general de los sistemas*. México, FCE.
- WATZLAWICK, P. (1974), *Teoría de la comunicación humana*. Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo.
- WIENER, N. (1960), *Cibernética*. Madrid, Guadiana.
- WIENER, N. (1988), *Cibernética y sociedad*. Buenos Aires, Sudamericana.
- WINKIN, Y. (comp.) (1992), *La nueva comunicación*. Barcelona, Kairós.

AUTORES

Andrés Eduardo Vizer es Doctor en Sociología. Ex Profesor Visitante CNPq. cat. 1 PPGCOM Universidad Federal de Rio Grande do Sul (UFRGS) y UNISINOS (Capes) Profesor Consulto e Investigador Titular (CIN cat. 1). Facultad Ciencias Sociales, Instituto Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires. Coordinador proyecto, fundador y 1er. Director de la carrera de Ciencias de la Comunicación, UBA. Coord. Epistemología y Teoría del Conocimiento: Maestría en Estudios Sociales y Culturales, Universidad Nacional de La Pampa. Evaluador Posgrados CONEAU. Evaluador Communication Department, Universidad de Massachussets (UMASS-USA) y Secretaría de Ciencia y Tecnología (Argentina). Consultorías: International Council for Canadian Studies (ICCS), Human Resources Development Canada (HRDC), Canada-Fulbright Program “International Mobility in Higher Education Program” (IMHEP), Ottawa. Colab. Plan Nacional de Ciencia y Tecnología Secretaría de Ciencia y Técnica de la Nación (SECYT). Ex Fulbright Fellow (EEUU), becario Internationes (Berlín), ICCS (Ottawa, Canadá). Miembro International Board of Editors de Psychline (Chicago). Libro más relevante: “La trama (in)visible de la vida social: comunicación, sentido y realidad”, La Crujía, Bs. As, 2ª. Ed. traducida al portugués, en prensa en Brasil.

Cristian Bessone es Licenciado en Comunicación Social (Universidad Nacional de Córdoba). Docente en la Universidad Nacional de la Patagonia Austral. Doctorando en Ciencias Sociales (Universidad Nacional de Quilmes), becario doctoral CONICET.

Helenice Carvalho es Doctora en Ciências de la Comunicación, PPGCC/Unisinos; Máster en Administración, Universidad Federal de Río Grande do Sul/UFRGS; DEA en Comunicación e Información Estratégica, Universidad de Marselha III, Especialista en Marketing, Facultad de Administración, Pontificia Universidad Católica do Río Grande do Sul - PUC/RS; Especialista en Administración de Relaciones Públicas, Publicidad y Propaganda, Facultad dos Meios de Comunicação, FAMECOS- PUCRS. Actualmente es Profesora Concursada, nivel Adjunto, del Curso de Comunicación Social de la Universidad Federal do Río Grande do Sul – UFRGS e integra los

siguientes grupos de investigación: Comunicación, Economía Política y Sociedad, UBACYT. Teoría y práctica de la investigación y la intervención en comunidades y organizaciones sociales, cuyo director es el Dr. Eduardo Vizer. Miembro del Comité Científico de las Revistas Eptic On-Line (Brasil) y Perspectiva Latino Americana (Argentina).

Nicolás Sarale, es Licenciado en Comunicación Social, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo. Cursando la Maestría de Estudios Latinoamericanos en esa institución. Becario del Centro de Investigaciones de la FCPyS, con el proyecto denominado “Historia de la enseñanza de los saberes comunicacionales en Mendoza”. Integrante del proyecto de Investigación avalado por SeCTyP – UNCuyo: “Los derechos humanos en la prensa argentina desde la perspectiva teórico-metodológica de la Intencionalidad Editorial (1976-2006)”. Docente adscripto a la cátedra “Seminario Optativo de Periodismo y derechos humanos. Observatorio de medios y producción periodística”.

Pablo Rodríguez es Licenciado en Ciencias de la Comunicación Social (UBA) y máster en Comunicación, Tecnologías y Poder de la Universidad de París 1 (Panthéon-Sorbonne). Becario de Doctorado del Conicet (2006-2008). Doctorando de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). En el terreno académico ha publicado varios artículos sobre la “sociedad de la información” en revistas nacionales e internacionales. También es traductor para diversas editoriales. Como periodista, fue redactor y editor de la sección Internacionales del diario *Página/12* y actualmente es colaborador de los suplementos culturales de *Clarín* y *La Nación*.

Ramiro Segura es Licenciado en Antropología por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Doctorando del Programa de Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS) y el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES). Se desempeña como docente de grado en las facultades de Trabajo Social y Periodismo y Comunicación Social de la UNLP y en la Escuela de Humanidades de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM), y como docente de posgrado en la Maestría en Ciencias Sociales (UNGS-IDES). Durante el período 2000-2005 se desempeñó como becario de investigación de la UNLP y actualmente es

docente-investigador categoría IV en el sistema de incentivos y becario del Centro de Investigaciones Etnográficas (UNSAM). Se ha especializado en el campo de la antropología urbana, área sobre la cual desarrolla en la actualidad su formación de posgrado.

Verónica Tobeña es Licenciada en Ciencias de la Comunicación (UBA); Cursó estudios de Maestría en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural (IDAES – UNSAM); Doctoranda en Ciencias Sociales, Cohorte 2007 (FLACSO Argentina). Becaria del CONICET con sede en FLACSO Argentina y *staff* del equipo que edita la Revista Propuesta Educativa que publica FLACSO Argentina dos veces al año. Actualmente investiga temáticas vinculadas a los modos en los que el campo intelectual procesa y aborda las transformaciones culturales y sus efectos sobre la escuela; específicamente está trabajando sobre un proyecto de investigación que tiene por objetivo dar cuenta de cómo construyen los intelectuales la cuestión educativa en sus aspectos o dimensiones culturales, a partir del análisis de sus intervenciones en la prensa escrita, y al mismo tiempo analiza los distintos posicionamientos de estos agentes como estrategias para disputar posiciones de privilegio dentro del campo intelectual.

Verónica Vidarte Asorey (IICOM, FPyCS-UNLP / CONICET) es Licenciada en Comunicación en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. Magíster en Planificación y Gestión Comunicacional, PLANGESCO, UNLP. Doctoranda en Comunicación de la FPyCS-UNLP. Becaria tipo II del CONICET. Jefa de Trabajos Prácticos de la cátedra Seminario Permanente de Tesis de la FPyCS. Secretaria de Investigación del Instituto de Investigaciones en Comunicación, IICOM. Miembro de Staff permanente de la Revista Académica Question.

Los distintos artículos reunidos en este volumen, se pusieron en diálogo a partir del tópico “Epistemología, Teoría y Metodología en la Comunicación y las Ciencias Sociales”. Así estas voces, estas narrativas, forman un entramado de conceptos y argumentaciones al que subyacen preguntas propias de debates epistemológicos, ricos y complejos. Preguntas que atraviesan el campo de los estudios de comunicación y cultura, pero también los meta-discursos sobre el estatuto de las Ciencias Sociales, la Epistemología de la Ciencia, y el histórico y diverso campo de estudios sobre los modos de conocimiento humano. Así, el debate epistemológico de la comunicación se aloja en el debate de la epistemología del conocimiento y lo interpela desde su seno.

ISBN 978-950-34-0790-5